

N

CIUDAD AUTÓNOMA DE NUEVA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

FUNDAMEN

DE LA FE

BT21

A96

NO. 3

c. 1

RAL D



1080042858

José Angel Benavides.

E#2-C#43

238



FUNDAMENTOS DE LA FE,

PUESTOS AL ALCANCE

DE TODA CLASE DE PERSONAS:

Obra escrita y principalmente destinada á la instruccion de la juventud que está próxima á entrar en el trato del mundo.

Por Mr. Aymé, Canónigo de la Iglesia de Arrás;

Y

TRADUCIDA DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

Por D. Enrique Ataíde y Portugal, y dada á luz nuevamente por D. Santiago Hernández de Texada.

TOMO TERCERO.



MADRID IMPRENTA DE CANO

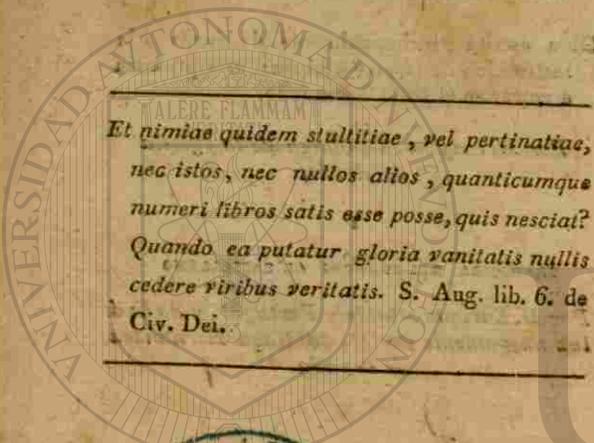
año 1819.

110466 37931

BT21

A 90

V. 3



VALERE FLAMMAM
*Et nimis quidem stultitiae, vel pertinaciae,
 nec istos, nec nullos alios, quantumque
 numeri libros satis esse posse, quis nesciat?
 Quando ea putatur gloria vanitatis nullis
 cedere viribus veritatis. S. Aug. lib. 6. de
 Civ. Del.*



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
 DEL ESTADO DE NUEVO LEON



CONTINUACION
 DE LA SEGUNDA PARTE.

CUARTA CONFERENCIA.

Donde se manifiesta que Jesucristo es un Dios Hombre.

En la conferencia que tendre mos hoy, mi querido Teotimo, me propongo manifestarte, que Jesucristo es un Dios Hombre, y que adorándole como á tal los cristianos, no le rinden sino el culto que legítimamente le es debido.

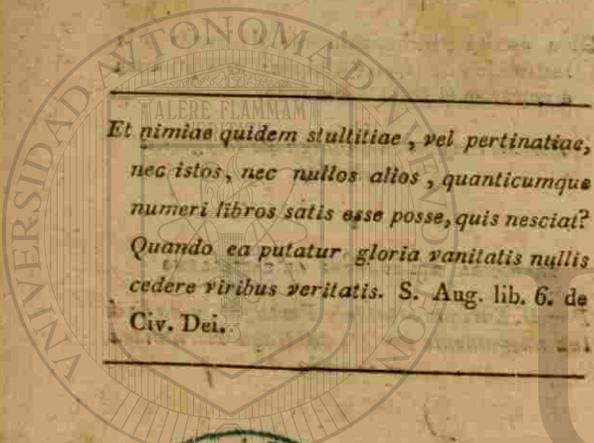
Hemos echado los primeros cimientos de esta demostracion en las dos conferencias precedentes: en la primera hemos dicho, que Jesucristo ha tenido toda la sabiduría, y toda la santidad que pueden convenir en un Dios-Hombre; y en la segunda, que la ley que ha dado al mundo, es digna de un Dios-Hombre.



BT21

A 90

V. 3



VALERE FLAMMAM
*Et nimis quidem stultitiae, vel pertinaciae,
 nec istos, nec nullos alios, quantumque
 numeri libros satis esse posse, quis nesciat?
 Quando ea putatur gloria vanitatis nullis
 cedere viribus veritatis. S. Aug. lib. 6. de
 Civ. Del.*



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
 DEL ESTADO DE NUEVO LEON



CONTINUACION
 DE LA SEGUNDA PARTE.

CUARTA CONFERENCIA.

*Donde se manifiesta que Jesucristo es
 un Dios Hombre.*

En la conferencia que tendre mos hoy, mi querido Teotimo, me propongo manifestarte, que Jesucristo es un Dios Hombre, y que adorándole como á tal los cristianos, no le rinden sino el culto que legítimamente le es debido.

Hemos echado los primeros cimientos de esta demostracion en las dos conferencias precedentes: en la primera hemos dicho, que Jesucristo ha tenido toda la sabiduría, y toda la santidad que pueden convenir en un Dios-Hombre; y en la segunda, que la ley que ha dado al mundo, es digna de un Dios-Hombre.



Si es cierto que hay un Dios Hombre, Jesucristo es este Hombre Dios.

Si un Dios hecho Hombre diese una ley al mundo, es indudable que daría la que Jesucristo ha dado. Ve aquí las dos consecuencias que resultan claramente de estas dos conferencias.

Sin embargo, todavía no nos es evidente que Jesucristo es un Dios; pero ya nos lo es, que la ley de Jesucristo es una ley que ha sido dada por inspiración de Dios, y por consecuencia, una ley divina; porque no se necesita más que un poco de buen juicio para convenir en que una ley que es bastante perfecta para ser la obra maestra de Dios mismo, jamás puede ser la obra del solo Hombre; y por consecuencia, es evidente que Jesucristo ha sido á lo menos un Hombre enviado de Dios á los otros hombres, para instruirlos y revelarles sus designios ó su voluntad: un Hombre, por el cual Dios ha hablado á los demás hombres, como por el órgano más noble que pudo escoger para ello:

un Hombre, cuyas palabras debemos mirar como oráculos emanados de la boca de Dios. En fin, es evidente que nada encontramos, ni en la persona de Jesucristo, ni en su doctrina, que pueda impedirnos el mirarlo como un Dios-Hombre: nada que no convenga exactamente á un Dios-Hombre: nada que no sea una completa prueba, á lo menos un principio de prueba de su divinidad; de suerte, que si yo establezco por pruebas directas é incontestables, que Jesucristo es verdaderamente Dios, no solo no podrán encontrar en su persona, ni aun en su ley, nada capaz de debilitar estas pruebas, sino que todavía hallarán todo cuanto puede confirmarlos, y conducirlos al último grado de evidencia.

Confieso, pues, mi querido Teófito, que el Evangelio nos presenta en los milagros de Jesucristo, pruebas tan claras y tan maravillosas de su divinidad, que después de haberlas examinado, el solo partido que nos queda, es el prosternarnos delante de

él, para adorarlo como Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra.

Y ve aquí cómo me esplico. Es evidente, por la relacion de los Evangelistas, que Jesucristo ha hecho milagros que no pueden ser obrados sino por el poder de Dios; y tambien es evidente, por la relacion de los mismos Evangelistas, que Jesucristo ha hecho estos milagros como Dios. En fin, es evidente, por la propia relacion, que Jesucristo ha hecho estos para atestiguar que él era Dios. Es así, que es imposible que un hombre haga semejantes milagros, con las mismas circunstancias, á menos que no sea Dios: luego Jesucristo es un Dios Hombre.

Este argumento es exacto, segun las reglas todas de la dialéctica. La consecuencia es, pues, evidente; y así no se trata ya sino de probar las proposiciones de donde se ha sacado, y ve aquí como procedo.

PRUEBAS

DE LA PRIMERA PROPOSICION.

A saber; que los milagros de Jesucristo no han podido obrarse sino por el poder de Dios.

Antes de entrar en materia, mi amado Teotimo, acuérdate de que en la primera conferencia, de esta segunda parte, se ha demostrado que los libros evangélicos son la historia mas auténtica y mas verdadera de todas las historias que conocemos, y que estos mismos libros tienen los caracteres de libros inspirados: que de allí hemos sacado esta consecuencia, que es bien justa y natural: que todos los hechos referidos en estos libros, son tan ciertos é incontestables, que no solo habria mala fe, sino estravagancia é impiedad, en negar alguno de estos hechos, ó ponerlo siquiera en duda. Ahora bien, los libros del

Evangelio traen muchos milagros de Jesucristo: luego es cierto que Jesucristo ha hecho estos milagros.

Siendo esto así, se trata aquí desde luego de saber cuales han sido estos milagros; porque solo por la naturaleza de estos milagros, podemos hacer juicio de si son superiores á todo otro poder que no sea el de Dios.

Abro los libros evangélicos, y encuentro en ellos, que Jesucristo ha curado, sin emplear socorro alguno del arte, sino con una sola palabra (cuyo efecto ha sido tan entero como repentino), las enfermedades mas inveteradas y mas incurables, como son: la parálisis, la hidropesía, la lepra, &c.: que ha hecho oír y hablar á hombres que nacieron sordos y mudos: que ha dado la vista á ciegos de nacimiento: que ha lanzado con imperio los demonios de los cuerpos de los poseídos: que lo han visto andar sobre las aguas, serenar las tempestades, mandando con voz amenazadora á la mar que se calmase, y á los vientos que cesasen de soplar: mudar el agua en vino: que en una oca-

sion con cinco panes y dos peces, dió de comer á cinco mil hombres: que en otra alimentó á cuatro mil, con siete panes y algunos pececillos; y que por un prodigio inaudito, los panes y los peces se reproducian entre las manos de los Apóstoles, que los distribuian por su mandado. Yo veo, en fin, que Jesucristo ha resucitado varios muertos: uno en el momento que acababa de espirar: otro mientras le enterraban, el tercero cuatro dias despues de sepultado, y quando ya exhalaba un olor de cadáver. Tales son los milagros que Jesucristo ha hecho durante su vida mortal; y observa, que muchos de estos milagros, son milagros de creacion, si puedo explicarme así, como la multiplicacion de los panes, en la cual eran criados nuevos panes entre las manos de los Apóstoles, á medida que distribuian los primeros: la cura perfecta del ciego de nacimiento, en la cual formó Jesucristo repentinamente ojos en la cara de este hombre, á quien la naturaleza se los había negado: la resur-

reccion de los muertos; y sobre todo, la de Lázaro, en la cual volvió Jesucristo la primera frescura á las carnes de este muerto, las cuales habian caído ya en la putrefacción; restableció sus órganos interiores: puso su sangre y sus humores en movimiento les dió su primer equilibrio; y en fin, volvió el alma al cuerpo, y la encerró de nuevo en él para gobernarlo; y todo esto en un solo instante.

Vé aqui, mi querido Teotimo, los milagros que Jesucristo ha hecho públicamente á la vista de toda la Judea, durante su vida mortal: milagros de quienes los Santos Evangelistas han escrito la historia en un tiempo en que su memoria estaba todavía reciente, y en donde sus pruebas y vestigios se hallaban en toda la Judea: milagros tan patentes, que los judíos que habian visto á Jesucristo, no dieron jamas por falsos, y que hasta los judíos mismos de nuestros días se ven obligados á confesar sobre el testimonio de sus mayores, aun-

que há diez y ocho siglos que sus padres los vieron: milagros estupendos en sí mismos, mas estupendos en sus circunstancias y milagros, por último, que no pueden obrarse sino por el poder de Dios.

Digo milagros que no pueden obrarse sino por el poder de Dios; en efecto, Teotimo, tanto quanto es evidente que al establecer Dios leyes para el gobierno del mundo, se reservó el poder de detener ó suspender su curso; tan evidente es tambien, que en sí solo quedó reservado; porque si Dios hubiera dejado este poder á alguna criatura, por egemplo, al demonio, sería preciso decir que este espíritu maligno puede desarreglar á su gusto toda la obra de Dios; confundiéndolo todo en el mundo; lo que es absurdo. Todos los hombres conocen que solo Dios puede obrar ciertos milagros; y asi, la primera impresion que hace un milagro semejante á los de Jesucristo en los que lo ven, es el hacerles adorar á Dios, el cual manifiesta sensiblemente su po-

to, y siempre con la misma facilidad, la misma prontitud, y el mismo favorable efecto: lanzar los demonios de los cuerpos de los poseidos: cambiar la naturaleza de los elementos: resucitar muertos, y muertos enterrados despues de quatro dias, experimentando ya los tristes efectos de la corrupcion; estos son prodigios que no pueden obrarse sino con todo el poder de Dios.

Esto es, mi querido Teotimo, lo que acabamos de probar, y por consecuencia, aquel que hace todos estos prodigios por un poder que le es propio, que está en él, y á él: aquel que hace todos estos prodigios en su propio nombre, y como obrando por sí mismo: aquel que hace todos estos prodigios con una libertad perfecta y una entera independendia de todo socorro extraño: aquel que hace asi todos estos prodigios, los hace como Dios. Esta consecuençie es incontestable, y yo creo, Teotimo, que tu lo conoces tambien como yo; y en efecto, si por una parte se conviene, co-

mo es preciso convenir, en que semejantes prodigios no pueden obrarse sino por el poder de Dios; debe convenirse por otra, en que aquel que obra tales prodigios por un poder que le es propio, ó que es su propio poder, posee verdaderamente el poder de Dios, y en que por consecuencia, él es Dios.

Ahora bien, es constante por la narracion de los Evangelistas, que Jesucristo ha hecho todos los milagros que hemos referido, y otros infinitos que hemos omitido. Es constante, digo, que Jesucristo ha hecho todos estos milagros en su nombre, y como obrado por su propio poder: luego los ha hecho como Dios: luego es Dios.

Volvamos á los libros evangélicos, leámoslos con atención, y hallaremos en ellos pruebas claras y admirables de todo lo que aqui digo.

Veremos que Jesucristo ha hecho los milagros mas grandes con una sola palabra.

En las bodas de Caná hizo obser-

var la Santísima Virgen á Jesucristo, que faltaba el vino. Jesucristo mandó á los domésticos que llenasen de agua seis grandes hidrias. Obedecieron; y Jesucristo les dijo: (S. Juan, cap. 2, v. 3.) *Sacad ahora*. Sacan en efecto, y el agua se halla mudada en excelente vino. Un leproso se arroja á los pies de Jesucristo, y adorándole, le dice: Señor; si vos quereis, podeis purificarme. Estendiendo Jesucristo la mano, le toca: diciendo: (S. Marcos, cap. 1, v. 41.) *Quiero: queda limpio*; y la lepra desapareció al instante. Un padre desolado presenta á Jesucristo su hijo, á quien el diablo, que lo poseia, lo hacia sordo y mudo. Jesucristo habla amenazando al espíritu impuro: San Marcos, cap. 9, v. 24.) *Espíritu sordo y mudo*, le dijo, *yo te mando que salgas de él, y no es tres mas en él*; y el espíritu impuro salió al instante. Un día, una violenta tempestad, agitaba la barca donde Jesucristo estaba con varios de sus discípulos: hallábanse próximos á naufragar: Jesucristo dormia: le despiertan con

grandes alaridos: se levanta: habla amenazando á los vientos, y dice á la mar: *calla, enmudece* (S. Marcos, cap. 4, v. 39); y al instante cesó el viento, y sobrevino una grande bonanza: S. Marcos, cap. 5, v. 41.) *Niña, levántate: yo te lo mando*: de este modo resucitó á la hija de Jairo: (San Lucas, cap. 7, v. 14.) *Mancebo, á tí te digo: levántate*: así resucitó al hijo de la viuda de Naím, que llevaban al sepulcro: (S. Juan, c. 11, v. 43.) *Lázaro, sal afuera*: de esta manera resucitó á Lázaro, muerto y sepultado ya cuatro dias. ¿Pueden obrarse milagros con mas facilidad, con mas imperio, y si me atrevo á decirlo, con un ayre mas absoluto y mas independiente?

Este ayre de libertad y de independencia se hace conocer en todo el evangelio. Todo es fácil á Jesucristo. Todo sale de su manantial. En ninguna parte se percibe esfuerzo. Cuando obra las maravillas mas estupendas, está tan en su estado natural, como cuando no las hace. Todos los medios

le son indiferentes , porque no tiene necesidad de ninguno , estando todo su poder en su voluntad. Ha hecho una infinidad de milagros , sin emplear ningun medio. Los ha hecho por medios , que por sí mismos no podian servir al efecto que han producido. Los ha hecho por medios , que debian por sí mismos producir un efecto contrario : (S. Juan , c. 9. v. 6.) “ Escupió en tierra , é hizo lo-
do con la saliva y ungió con el lo-
do los ojos del ciego , ” y le vuelve la vista con esta unción , capaz por sí misma de cegar á un hombre que hubiera tenido los ojos mas sanos del mundo. Jesucristo ha hecho una infinidad de milagros , con un solo acto de su voluntad manifestado esteriormente como ya lo hemos visto. Ha hecho otros infinitos con un acto de su voluntad , que no se manifestaba ; y así fue como multiplicó los panes en el desierto : como sanó á una muger , que doce años habia se hallaba padeciendo un flujo de sangre , que la consumia ; y así sanó varias veces á tro-

pas enteras de enfermos. En el evangelio se ve , que todos aquellos que solamente tocaban la orilla de sus vestiduras , quedaban libres de todas sus enfermedades , fueran las que fueran.

Ahora bien , Teotimo , hacer milagros de este modo , y milagros tan grandes é inauditos , ¿ no es hacerlos por un poder propio , el cual obra con una perfecta independenciam? Y hacer milagros , y milagros semejantes por un poder propio , ¿ no es hacerlos como Dios?

Se ve en la Escritura , que Moyses , Josué , Elías , Eliséo , y otros varios profetas ; y en fin , los Apóstoles , han hecho milagros , y milagros , si quieren , tan grandes como los de Jesucristo ; pero al mismo tiempo se ve , que los han hecho como hombres ; esto es , como instrumentos , de los cuales Dios se servia. Se ve que al hacer estos milagros salian , por decirlo así , fuera de sí , impulsados del Espíritu Santo , que los habia embargado. Se ve , en fin , que despues de haber he-

cho estos milagros , no los atribuian sino á Dios.

No es así con Jesucristo, porque ha hecho milagros como dueño , y obrando por sí mismo. Cuando hacia estos milagros , conservaba aquel ayre de tranquilidad , que caracteriza á un hombre que está en su estado natural, y que todo lo saca de su propio fondo. En fin , después de haber hecho estos milagros , no los ha atribuido á nadie , sino á sí mismo ; y no ha hablado de ellos , sino como de sus propias obras. Tales son las diferencias esenciales que se advierten entre el modo con que Jesucristo y los santos hombres , de los cuales he hablado arriba , han hecho milagros. Con mucha verdad , pues , decia Jesucristo á sus Apóstoles , hablando de los judios : (S. Juan , cap. 15 , v. 24.) “ Si „ yo no hubiese hecho en ellos obras „ que ninguno otro hizo jamas , no „ tendrían pecado . “ Porque para hablar en términos propios , y según la verdad , es preciso decir de Moyses , de Josué , de Elias , y de los otros,

que Dios ha hecho por medio de ellos grandes milagros ; y de Jesucristo , que él ha hecho grandes milagros.

Cuando digo que Jesucristo no ha atribuido sus milagros sino á sí mismo , no ignoro tampoco , que los ha atribuido á Dios. Pero , ¿ cómo los ha atribuido á Dios ? Como á su Padre , como á aquel con quien él no tenia sino un mismo poder , y una misma naturaleza : como á aquel con quien hacia todas sus obras por una misma é indivisible operacion. “ Mi „ Padre , que permanece en mí (decia „ á sus discípulos) , es quien hace las „ obras que yo hago . „ Y hablando á los judios : “ En verdad , en verdad , „ os digo , que el Hijo no puede obrar „ por sí mismo , sino que hace lo que „ ve hacer al Padre ; y todo lo que el „ Padre hace , el Hijo lo hace tam- „ bien como él . „ Esto es que Jesucristo ha referido sus milagros á Dios su Padre , como á aquel con quien era un mismo Dios ; lo que evidentemente era atribuirlos á sí mismo , supuesto que era decir , que él los obra-

ba como Dios ; luego es evidente, Teotimo , que Jesucristo ha hecho estos milagros como Dios.

TERCERA PROPOSICION.

Jesucristo ha hecho sus milagros para testificar que era Dios.

El método que seguiré en la prueba de esta tercera proposicion , será nuevo para tí , mi querido Teotimo , pero no dejará por eso de serte mas agradable. Este consistirá en una continuacion de aserciones que apoyaré en el testo del evangelio , á medida que las vaya proponiendo. Cada una de estas aserciones será como un nuevo rayo de luz ; y reunidos todos estos rayos , formarán el gran día de la evidencia. Estas aserciones por su encadenamiento , y por la fuerza que se comunicarán mutuamente , producirán una de aquellas convicciones tan completas , que es imposible á un

entendimiento recto el negarse á ellas. Pídote , pues , que escuches con atencion.

Primera asercion. Jesucristo ha hecho milagros , que no pueden obrarse sino con el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios ; y entretanto que hacia estos milagros , daba leyes á los hombres con toda la autoridad de un Dios. El evangelio nos ofrece una infinidad de pruebas: (San Mateo , cap. 5. v. 21.) "Oisteis que „ fue dicho á los antiguos : no matarás , y quien matare reo será en el „ juicio. Mas yo os digo , que todo „ aquel que se enoja contra su herman „ no reo será en el juicio. „ En el mismo capítulo se encuentra la misma forma de precepto , repetida hasta seis veces. Aquí da Jesucristo leyes , cuyo objeto es el reformar el interior del hombre , y arreglar los afectos del alma. Los da á todo el género humano : los da en su propio nombre : luego los da con la autoridad de un Dios ; porque solo pertenece á Dios el dar semejantes leyes , y darlas de

ba como Dios ; luego es evidente, Teotimo , que Jesucristo ha hecho estos milagros como Dios.

TERCERA PROPOSICION.

Jesucristo ha hecho sus milagros para testificar que era Dios.

El método que seguiré en la prueba de esta tercera proposicion , será nuevo para tí , mi querido Teotimo , pero no dejará por eso de serte mas agradable. Este consistirá en una continuacion de aserciones que apoyaré en el testo del evangelio , á medida que las vaya proponiendo. Cada una de estas aserciones será como un nuevo rayo de luz ; y reunidos todos estos rayos , formarán el gran día de la evidencia. Estas aserciones por su encadenamiento , y por la fuerza que se comunicarán mutuamente , producirán una de aquellas convicciones tan completas , que es imposible á un

entendimiento recto el negarse á ellas. Pídote , pues , que escuches con atencion.

Primera asercion. Jesucristo ha hecho milagros , que no pueden obrarse sino con el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios ; y entretanto que hacia estos milagros , daba leyes á los hombres con toda la autoridad de un Dios. El evangelio nos ofrece una infinidad de pruebas: (San Mateo , cap. 5. v. 21.) "Oisteis que „ fue dicho á los antiguos : no matarás , y quien matare reo será en el „ juicio. Mas yo os digo , que todo „ aquel que se enoja contra su herman „ no reo será en el juicio. „ En el mismo capítulo se encuentra la misma forma de precepto , repetida hasta seis veces. Aquí da Jesucristo leyes , cuyo objeto es el reformar el interior del hombre , y arreglar los afectos del alma. Los da á todo el género humano : los da en su propio nombre : luego los da con la autoridad de un Dios ; porque solo pertenece á Dios el dar semejantes leyes , y darlas de

esta manera. Escuchemos todavía á Jesucristo: (S. Lucas, cap. 14, v. 26 y 33.) "Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. Si alguno viene á mí, y no aborrece; esto es, (pospone) á su padre y madre, y muger é hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo." (S. Mateo, cap. 10, v. 37.) "El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí," (ibid. v. 39.) "El que perdiere su vida por mí la hallará: (S. Mateo, cap. 5, v. 11.) Bienaventurados sois, cuando os maldigieren y os persiguieren, y mintiendo digieren todo mal contra vosotros por mí. Gozáos, y alegráos, porque vuestro galardón es muy grande en los cielos, &c." Jesucristo exige aquí de los hombres una preferencia de amor á él, que no puede ser debida sino á Dios. Solo por Dios debemos estar dispuestos á perder nuestros bienes, nuestros padres, nuestras madres,

nuestro honor y nuestra vida; solamente por Dios debemos sacrificarlo. todo, y sacrificarnos nosotros mismos. Y así es claro, que Jesucristo ha dado estas leyes con la autoridad de un Dios.

Segunda asercion. Jesucristo ha hecho milagros, que no pueden obrarse sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y mientras que los hacia, se manifestaba abiertamente Hijo de Dios. Jamas llama á Dios de otro modo, que su Padre, ó su Padre Celestial. El mismo se dice el Hijo de Dios; y lo que hace observar bien, su Hijo único: (San Juan, cap. 3, v. 16.) "Dios ha amado al mundo, hasta dar á su Hijo único." Ahora, es evidente que esta afectacion perpetua de llamar á Dios su Padre, y de decirse él mismo el Hijo de Dios, y sobre todo el Hijo único de Dios; es evidente, dice, que esta afectacion manifiesta que Jesucristo no queria que se le mirase como el Hijo de Dios, solamente en el sentido segun el cual

los justos son hijos de Dios; sino que tenia pretensiones mas altas, queriendo se le mirase como Hijo de Dios en un sentido que le distinguiese de todos los demas justos, y por consecuencia en el sentido propio de esta palabra; esto es, que queria le mirasen como á Dios mismo. Pero, Teotimo, prestemos una atencion mas particular á estas palabras de Jesucristo: "Como el Padre tiene la vida en sí mismo, del mismo modo ha dado al Hijo el tener la vida en sí mismo. Todo lo que hace el Padre, el Hijo lo hace tambien como él. Si el Hijo os pone en libertad, sereis verdaderamente libres."

Seria preciso necesariamente no tener idea alguna de las reglas del lenguaje humano, para dejar de convenir en que estos modos de hablar, *el Padre, el Hijo*, explican una paternidad, que toda entera se acaba en uno solo; y una filiacion, que toda entera se concentra en uno solo, que es Jesucristo. Una filiacion, que ninguno otro parte, ni puede partir con

Jesucristo, y por consecuencia una filiacion que constituye á Jesucristo Hijo de Dios, segun la naturaleza, Hijo consubstancial á su Padre, Dios como él, y el mismo Dios que él. Los judios no se equivocaron sobre esto. El Evangelio está espreso acerca de ello; y nosotros vemos, sobre todo en la historia de la pasion, que el Senado de esta nacion declaró blasfemo á Jesucristo, y digno de muerte, porque se habia declarado Hijo de Dios, y que el punto principal de la acusacion que el senado mismo intentó contra él ante Pilatos fue, que se habia predicado el Hijo de Dios.

Tercera asercion. Jesucristo ha hecho milagros, que no pueden obrarse sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y mientras que los hacia, se apropió el mayor de los atributos de Dios. La eternidad de Dios: (San Juan, cap. 8, v. 58.) "En verdad, en verdad os digo, que yo soy, antes que Abraham naciese; y en el mismo lugar, v. 25. Yo soy el principio." Y en el cap. 17, v. 4.

“Yo te he glorificado sobre la tierra...
 „ahora, pues, Padre, glorificame tú,
 „en tí mismo, con aquella gloria que
 „tuve en tí, antes que fuese el mun-
 „do.“ La inmensidad de Dios: (En
 San Juan, cap. 8, v. 13.) Jesucristo
 declara que descendió del cielo, y que
 no obstante, está todavía en el cielo.
 El todo poder de Dios: (San Juan,
 cap. 15, v. 19.) “Todo lo que hace
 „el Padre, el Hijo lo hace también
 „como él.“ Y en otra parte: “Nin-
 „guno puede venir á mí, si mi Padre,
 „que me ha enviado, no lo llama á sí,
 „y yo lo resucitaré en el último día.“
 En fin, la plenitud de la divinidad,
 si puedo explicarme así, por estas pa-
 labras: (San Juan, cap. 14, v. 6.) “Yo
 „soy el camino, la verdad y la vida.“

Cuarta asercion. Jesucristo ha he-
 cho milagros, que no pueden obrarse
 sino por el poder de Dios. Ha hecho
 estos milagros como Dios, y en tan-
 to que los hacia, se hizo adorar como
 Dios. Varios ejemplos de esto se en-
 cuentran en el Evangelio; pero entre
 otros los dos siguientes: Cuando Je-

sucristo hizo andar con él á San Pedro
 sobre las aguas, segun se refiere en el
 cap. 14 de San Mateo: “Y luego que
 „subieron al barco cesó el viento; y
 „los que estaban en el barco vinieron,
 „y le adoraron, diciendo: Verdade-
 „ramente eres Hijo de Dios.“ (Y en
 otra parte): Habiendo sabido Jesús
 que los fariseos habian arrojado de su
 presencia al ciego de nacimiento, que
 habia sanado, y encontrándole, le di-
 jo: “¿Crees en el Hijo de Dios?“
 Este hombre le respondió: “¿Quién
 „es, á fin de que yo crea en él?“ Je-
 sus le dijo: “Tu lo has visto, y aquel
 „mismo es el que te habla.“ Enton-
 ces le respondió: “Yo creo, Señor;
 „y prosternandose, le adoró.“

Observa aquí, Teotimo, que en el
 Nuevo testamento, la palabra adorar,
 no explica jamás sino el culto de la tría
 ó la adoracion, dicho propiamente,
 que solo se debe al Sér Supremo.

Quinta asercion. Jesucristo ha he-
 cho milagros, que no podian obrarse
 sino por el poder de Dios, y ha hecho
 estos milagros como Dios, y al mismo

tiempo que los hacia, declaraba abiertamente, que él era Dios, y el mismo Dios que su Padre. Lee los capítulos 5 y 6 del evangelio de San Juan, y reconocerás al punto el language de un Hombre que se trata como Dios, y que quiere ser reconocido como tal. En el cap. 10, v. 30, leerás estas palabras: "Mi Padre y Yo, somos una misma cosa." Y allí verás, que habiéndolo oido los judios, tomaron piedras para apedrearle. Jesus les dijo: "Muchas buenas obras os mostré de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais?" Respondiéronle los judios: "No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia; y porque tu, siendo hombre, te has ces Hijo de Dios." En el cap. 22, v. 44, leerás estas palabras: "El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado; y aquel que me ha enviado." (En el cap. 14, v. 7.) hace Jesucristo este discurso á sus discipulos: "Si me conocieseis á mi, ciertamente conocerais tambien á mi Padre; y desde ahora le cono-

„cereis, y lo habeis visto." Dícele Felipe: "Señor, muéstranos al Padre y esto nos basta." Dícele Jesus: "¿Tanto tiempo há que estoy con vosotros, y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿Cómo, pues, tu dices, muéstranos al Padre? ¿No creéis, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo. Mas el Padre, estando en mí, él hace las obras. ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Creedlo á lo menos por mis obras." El cap. 2 de San Marcos trae, que estando Jesus en Cafarnaum, trageron delante de él un paralítico á fin de que lo sanase. Y cuando Jesus vió la fe de ellos, dijo al paralítico: "Hijo, perdonados te són tus pecados." Y habia allí sentados algunos escribas, que pensaban en su interior de este modo: "¿Cómo este hombre habla así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?" Jesus, conociendo luego en su espíritu, que

pensaban esto dentro de si, les dijo: „¿Por qué pensais de ese modo, dentro de vuestros corazones? ¿Qué es mas facil, decir al paralítico: Perdonados te son tus pecados, ó decirle: Levántate, toma tu cama, y anda? Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra de perdonar los pecados, dijo al paralítico, á tí te digo: Levántate, toma tu cama, y vete á tu casa.“ Y al punto se levantó él, y tomando su cama, fuese á vista de todos, &c.

Jesucristo, como lo ves, prueba aqui á los escribas que es Dios, por un argumento tanto mas convincente para ellos, como que está sacado de su propio principio. Ve aqui el argumento.

Segun vosotros, solo Dios puede perdonar los pecados; es así que yo puedo perdonar los pecados, y lo pruebo sanando á vuestra vista á este paralítico con una sola palabra: luego soy Dios.

No necesito, Teotimo, de esponer

mas razones acerca de los pasages que acabo de citar, para probar mi quinta asercion. Ellos son claros, y dicen por sí mismos todo lo que se necesita para hacerla incontestable.

Sesta asercion. Jesucristo ha hecho milagros, que no pueden obrarse sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y al mismo tiempo que los hacia, los citaba como pruebas de su divinidad. Tu acabas de ver un egeemplo bien señalado en la cura del paralítico. Vemos en el evangelio (segun San Juan, cap. 5, v. 17.) que los judios perseguian á Jesucristo porque hacia milagros el dia Sábado. Jesucristo les dijo, para justificarse: „Mi Padre obra hasta ahora, y Yo obro. Y por esto los judios tanto mas querian matar; porque no solamente quebrantaba el Sábado, sino porque tambien decia que era Dios su Padre, haciéndose igual á Dios. Y así Jesus respondió, y les dijo: En verdad, en verdad os digo, que el Hijo no puede hacer por sí cosa alguna,

„sino lo que quiere hacer al Padre,
 „porque todo lo que el Padre hicie-
 „re, lo hace tambien igualmente el
 „Hijo. Porque el Padre ama al Hijo;
 „y le demuestra todas las cosas que
 „él hace. . . Porque asi como el Pa-
 „dre resucita los muertos y les da
 „vida; asi el Hijo da vida á los
 „que quiere. . . para que todos
 „honren al Hijo como honran al
 „Padre.“

Jesucristo dice aqui, que hace sus milagros con Dios su Padre, y que Dios los hace con él por una misma accion. Dice que Dios su Padre hace milagros con él, para hacer conocer á los hombres que deben honrar al Hijo como honran al Padre. ¿No es esto decir que sus milagros prueban que él es Dios?

Estando un dia los judios juntos al rededor de Jesucristo, le digeron: (San Juan, cap. 10, v. 24.) „¿Hasta „cuando nos acabas el alma? Si tu „eres el Cristo, dínoslo abiertamen- „te.“ Jesus les respondió: „Os lo di- „go, y no me creéis: las obras que

„yo hago en nombre de mi Padre,
 „estas dan testimonio de mí. . . Mis
 „ovejas oyen mi voz; y Yo las co-
 „nozco, y me siguen; y Yo les doy
 „vida eterna, y no perecerán jamas,
 „y no las robará ninguno de mi ma-
 „no. . . Mi Padre y Yo somos una
 „misma cosa.“ Ya ves que Jesucristo prueba aqui con sus milagros que es el Mesias enviado de Dios, y que él es el mismo Dios que el que lo ha enviado.

Añade á todos estos pasages estas palabras de Jesucristo, que ya hemos citado: „¿No creéis que Yo estoy en „el Padre y el Padre en Mí? Las pa- „labras que Yo os hablo, no las hablo „de Mí mismo. Mas el Padre, estan- „do en Mí, el hace las obras. ¿No „creéis que Yo estoy en el Padre, y „el Padre en Mí? Pues creedlo á lo „menos por mis mismas obras.“

Este último pasage manifiesta, como los antecedentes, que Jesucristo ha hecho estos milagros directamente para probar que él era Dios, y que él ha citado estos mismos milagros

como otras tantas pruebas incontestables de su divinidad.

Ahora, Teotimo, volvamos á tomar todas estas aserciones, unámoslas, y así se conocerá mejor su fuerza. Jesucristo ha hecho milagros, que no pueden obrarse sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y al propio tiempo que los hacia daba leyes á los hombres con toda la autoridad de un Dios; y al mismo tiempo que hacia estos milagros, se decia abiertamente el Unigenito de Dios; y al mismo tiempo que los hacia se apropiaba los mas grandes atributos de Dios; y en tanto que hacia estos milagros se declaraba Dios, y el mismo Dios que su Padre, y se hacia adorar como Dios; y en fin, al mismo tiempo que hacia estos milagros, los citaba como pruebas de su divinidad. Estos son, Teotimo, hechos claramente señalados en el evangelio, y por consecuencia hechos incontestables.

Ahora, supuestos estos hechos, consideremos con atención la conduc-

ta que Dios tenia con Jesucristo mientras que todas estas cosas estaban pasando á la vista de toda la Judea. Jesucristo hacia los milagros mas estupendos é inauditos. Su designio al hacerlos, era el hacerse reconocer por Dios, y no lo disimulaba. Ya le adoraban muchos judios, y todo el universo debia adorarle algun dia á causa de sus milagros. Dios, á quien nada se le oculta, veia todo esto, y callaba. ¿Qué digo y callaba? favorecia con todo su poder los designios de Jesucristo, dejándolo disponer á su gusto de toda la naturaleza; y aun no quedaba aqui, pues daba á Jesucristo la mas auténtica y solemne aprobacion. Dos veces hizo oír su voz desde lo alto de los cielos, para declarar que Jesucristo era su Hijo muy amado, y para mandar á los hombres que lo escuchasen: la primera vez sobre las riberas del Jordan; y la segunda sobre el monte Tabor. „Este es, dijo, mi „Hijo muy amado, en quien me com- „plazco; escuchadle: De parte mia os „habla, ó mas bien, Yo mismo os ha-

„blo por él: escuchadle como á otro
 „Yo mismo. Escuchadle, sea que os
 „revele misterios, sea que os dé leyes:
 „escuchadle, sea cuando os hable de
 „Mí, sea cuando os habla de Si mis-
 „mo, y recibid sus palabras como
 „oráculos de la verdad eterna“

¡O Teotimo! Dígolo con con-
 fianza; ó nada en el mundo es suscep-
 tible de demostracion, ó está demos-
 trado por la serie de estos hechos, y
 por la trabazon necesaria que entre
 ellos tienen, que Jesucristo es Dios
 verdaderamente. Es menester, ó con-
 venir en que Jesucristo es Dios, ó ne-
 gar todos estos hechos; y para negar
 estos hechos, es necesario no admitir
 la certidumbre de ningun hecho, y
 precipitar la razon (si me es permiti-
 do usar de esta espresion) en el abis-
 mo del pirronismo universal.

Supongamos en efecto que Jesu-
 cristo no es Dios, sino solamente un
 hombre: vé aqui como discurro en
 esta suposicion. Si Jesucristo no es
 Dios, es, pues, un impostor, y el ma-
 yor criminal de todos los impostores;

porque se ha predicado Dios, y se ha
 atrevido á hacerse adorar como Dios.
 Todo esto es evidente; pero por otra
 parte, si Jesucristo es un impostor, es
 un impostor, contra el cual Dios no
 ha hecho jamas reclamacion alguna:
 un impostor, cuyos designios y em-
 presas ha favorecido Dios con todos
 los esfuerzos de su poder: un impos-
 tor á quien ha aprobado solemnemen-
 te desde lo alto de los cielos: un im-
 postor, en fin, que deja le adoren en
 todo el universo, despues de mil ocho-
 cientos y mas años, sin haber hecho
 columbrar á los hombres ni una sola
 vez durante el curso de tantos siglos,
 que el culto impio que le rinden le
 ofende. Todo esto es tambien eviden-
 te; y siendo así, Jesucristo, pues, es
 un impostor, de quien Dios ha sido
 y es el cómplice: un impostor, en
 cuyo favor Dios ha hecho traycion á
 todos los intereses de la divinidad: un
 impostor, por cuya gloria Dios se
 burla (despues de tantos siglos) de la
 buena fe de los hombres del modo
 mas bajo y mas indigno de él. Todas

estas consecuencias horrorizan. Son otras tantas blasfemias, de las cuales se indignaria el mismo infierno. Todas estas consecuencias son sin embargo ciertas, si Jesucristo no es Dios: luego Jesucristo es Dios, ó no hay Dios.

Acabemos esta conferencia, mi querido Teotimo, con una observacion sobre el carácter de Jesucristo, que es muy interesante, la cual te suplico no olvides jamas. Si Jesucristo es un puro hombre y nada mas, ó si es Dios sin ser hombre, es un ente lleno de contradicciones inconciliables. El entendimiento humano se abisma, y se pierde en el estudio de este carácter único é inaudito. Es un enigma, es una quimera; pero si Jesucristo es á la vez Dios y Hombre, es el mas hermoso y mas bello conjunto que puede concebirse, y todas las contradicciones aparentes de su carácter se concilian. La razon queda satisfecha de lo justo de las relaciones que percibe en él, y nada mas desea.

Yo examino á Jesucristo con cuidado, y descubro en él una razon tan perfecta, una profundidad de doctrina, una sublimidad de virtud, que sobrepujan á todas las ideas que mi entendimiento pudo formarse por sí mismo en todos estos géneros. ¡Qué modestia! ¡qué humildad! ¡qué desprendimiento de sus propios intereses, y sobre todo, de su propia gloria! ¡qué zelo por la gloria de su Padre! ¡qué sumision á la voluntad de este Padre adorable! Jesucristo sacrifica por agradarle, su reposo, su honor y su vida; y para decirlo todo en una palabra, muere crucificado entre dos ladrones por obedecerle.

Yo considero todavia desde mas cerca á Jesucristo, y veo que este mismo Hombre da leyes á los demas hombres, con un aire y un tono de Dios; se dice abiertamente Dios, se hace adorar como Dios, se dice igual á aquel mismo Dios á quien llama Padre, y el mismo Dios que él; de aquel mismo Dios, lo repito, á quien tambien llama algunas veces su Dios,

que dice ser mas grande que él, y al cual obedece como un siervo.

Sobre esto me digo á mí mismo, si Jesucristo no es en el fondo sino un puro Hombre, es sin duda á un tiempo el mas humilde y el mas soberbio de todos los hombres; el mas desprendido de su propia gloria, y el mas ambicioso; el mas sumiso, y el mas revoltoso; sumiso hasta la muerte de cruz, y revoltoso hasta querer colocarse en el trono de Dios, al lado de Dios como igual suyo: mas ¿cómo puede ser todo esto á la vez? ¿Cómo dos vicios y dos virtudes enteramente contrarios, pueden formar el carácter habitual de un mismo hombre? ¿Cómo un mismo hombre puede ser constantemente en todo el curso de su vida un prodigio de humildad, y un monstruo de orgullo, un prodigio de sumision y un monstruo de rebelion? ¿Se ha visto jamas esto? ¿Puede verse jamas?

Por una parte, si Jesucristo es Dios, sin ser hombre, cómo se ha olvidado tanto á sí mismo, cómo se ha

degradado hasta el punto de llamar á Dios, su Dios, y hasta obedecerle efectivamente como á su Dios? En dos palabras, si Jesucristo es un puro Hombre es un enigma inesplicable, porque es evidente que ha hablado y obrado como Dios. Si Jesucristo es solamente Dios, tambien es un enigma mas inesplicable todavia, porque ha hablado y obrado, obedecido y sufrido como hombre.

Pero si supongó que Jesucristo es Dios y Hombre á un tiempo, entonces todo se esplica en él todo se compone, y todas las contradicciones aparentes de su caracter, se concilian. Veo que Jesucristo ha podido decir con verdad, que su Padre era mayor que él, y que él era igual suyo; que él era su Dios, y el mismo Dios que él. Veo que Jesucristo ha sido todo lo que debia ser: que ha representado (permítaseme este modo de hablar) el personage de Dios y el de Hombre con toda la dignidad que convenia al uno, y con toda la humildad que convenia al otro. Mi razon lo aprueba: él

es el mismo que debía ser, según concibo. De este modo quiero yo que un Dios sea hombre, y que un Hombre sea Dios.

CATECISMO.

DE LA CUARTA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de Jesucristo, probada por sus milagros.

P. Jesucristo tuvo toda la sabiduría y toda la santidad que conviene á un Dios-Hombre. La ley que Jesucristo ha dado al mundo, es digna de un Dios-Hombre. Habeis aclarado tanto estas dos verdades, que me es imposible el negarlas. Pero no es bastante: Vos me habeis prometido todavía manifestarme que Jesucristo es verdaderamente un Dios-Hombre, y así os suplico me cumplais la promesa. ¿Cómo probais que Jesucristo es verdaderamente un Dios-Hombre?

R. Yo pruebo que Jesucristo es un Dios-Hombre, con los milagros que ha hecho; y toda mi demostración está encerrada en este razonamiento. Jesucristo ha hecho milagros, que no podían obrarse sino con el poder de Dios. Jesucristo ha hecho estos milagros como Dios: es así que es imposible que un hombre haga semejantes milagros, á menos que no sea Dios: luego Jesucristo es Dios.

P. Vuestro razonamiento es exacto. Admito la consecuencia que sacais de él; pero es preciso probar las proposiciones de las cuales la sacais, y esto es lo que os suplico hagais. Manifestadme desde luego que Jesucristo ha hecho milagros que no pueden obrarse sino por el poder de Dios.

R. Jesucristo convirtió el agua en vino: muchas veces multiplicó un pequeño número de panes de un modo tan prodigioso, que bastaron para alimentar á millares de personas: sanó ciegos de nacimiento: resucitó varios muertos, y entre otros á Lázaro, que había cuatro días que estaba en el se-

pulcro, y cuyo cadáver comenzaba á corromperse: luego es evidente, que todos estos milagros, y muchos otros que no cito, no pueden obrarse sino por el poder de Dios.

P. ¿No pueden ser estos milagros efectos de la casualidad, de las leyes de la naturaleza, ó del poder del demonio?

R. Los milagros de Jesucristo no pueden ser efecto de la casualidad, porque la casualidad no es nada, y lo que no es nada, no puede nada. Los milagros de Jesucristo no pueden ser efecto de las leyes de la naturaleza, porque han sido hechos contra estas mismas leyes. Los milagros de Jesucristo no pueden ser efecto del poder del demonio, porque es evidente, que Dios se ha reservado el poder para ó suspender el curso de las leyes de la naturaleza. Si hubiera dado este poder al demonio, éste podría desarreglar á su gusto las obras de Dios, y confundirlo todo en el mundo; lo que no puede pensarse sin estar locos.

P. ¿Cómo probais que Jesucristo

ha hecho estos milagros como Dios?

R. Lo pruebo con este razonamiento que está al alcance de todo el mundo. Los milagros que Jesucristo ha hecho no pueden obrarse sino por el poder de Dios: luego aquel que hace semejantes milagros, obrando por su propio poder, los hace como Dios: es así que Jesucristo ha hecho estos milagros, obrando por su propio poder, luego los ha hecho como Dios.

P. Mostradme, pues, que Jesucristo ha hecho estos milagros, obrando por su propio poder.

R. El evangelio nos ofrece una multitud de ejemplos; pero me contentaré con referirte dos de ellos. Habiéndose prosternado un leproso á los pies de Jesucristo, le dijo: “ Señor, si vos quereis podeis sanarme.” Jesucristo le dijo: “ Lo quiero, sé sano;” y al instante desapareció la lepra. . . Iban á enterrar á un mozo, Jesucristo detiene á los que le llevaban, y le dice: “ Mancebo, levántate: Yo soy quien te lo digo;” y al momento se levantó lleno de vida.

P. ¿Cómo probais que Jesucristo ha hecho estos milagros para testificar que era Dios?

R. Lo pruebo por este otro razonamiento, que no es menos simple ni menos claro que el antecedente. Jesucristo ha hecho estos milagros, que no pueden obrarse sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y mientras que hacia estos milagros, daba leyes á los hombres con toda la autoridad de un Dios: se decia el Unigénito de Dios: se publicaba abiertamente Dios, y el mismo Dios que su Padre: se apropiaba los mas grandes atributos de Dios: se hacia adorar como Dios; y en fin, citaba estos milagros como prueba de su divinidad: es asi que un hombre que hace los milagros que obró Jesucristo, y que los hace con todas estas circunstancias, no hace estos milagros sino para testificar que es Dios: luego Jesucristo ha hecho todos estos milagros para testificar que es Dios. Tu encontrarás la justificacion de todas estas aserciones que espongo en este

mismo razonamiento, esparcida en todo el evangelio.

P. Ya veo que Jesucristo ha hecho todos estos milagros para testificar que era Dios. Pero ¿qué inferís de esto?

R. Infero de todo esto, que en efecto era Dios; porque es evidente, que sino hubiera sido Dios, no le habria prestado Dios su poder para hacer estos milagros.

P. Mientras que Jesucristo hacia estos milagros para testificar que era Dios, Dios prestaba su poder á Jesucristo para hacer estos milagros. Convento en que esta es una fuerte razon para creer que Jesucristo es Dios. Sin embargo, quisiera que añadiéreis algo mas. Por egemplo, que Dios hubiese hecho conocer solemnemente que apoyaba las pretensiones de Jesucristo.

R. Asi lo ha hecho Dios, supuesto que en dos solemnes ocasiones ha declarado que Jesucristo era su Hijo muy amado, y á esta declaracion ha añadido un precepto espreso de escucharle á todos los hombres.

P. Pero si Jesucristo es Dios, ¿por qué llama á Dios, su Dios? ¿por qué dice que su Padre es mas grande que él, y que ha recibido mandamientos de su Padre?

R. Y yo respondo: si Jesucristo es Hombre, ¿por qué ha dicho que su Padre y él eran una misma cosa? Yo veo en el evangelio, que Jesucristo ha hablado y obrado como Hombre; y al mismo tiempo veo en él, que ha hablado y obrado como Dios. Deduzcamos de aqui, tu y yo, que Jesucristo es Dios y Hombre, porque sin esto seria su carácter inesplicable.

QUINTA CONFERENCIA.

Donde se prueba la divinidad de Jesucristo, por el grande milagro de su resurreccion obrada por él mismo.

Los milagros que Jesucristo ha hecho durante su vida, prueban evidentemente que es Dios. Este, mi querido Teotimo, ha sido el asunto de nuestra última conferencia. Pero el milagro que hizo despues de su muerte: quiero decir, el de su resurreccion, obrada por sí mismo, y sin otro socorro que su propio poder, lo prueba con mas evidencia todavia; lo cual será la materia de la conferencia que tendremos hoy. Esta conferencia girará toda entera sobre este razonamiento, que es muy simple, y al alcance de todo el mundo.

El que se resucita á sí mismo, y

P. Pero si Jesucristo es Dios, ¿por qué llama á Dios, su Dios? ¿por qué dice que su Padre es mas grande que él, y que ha recibido mandamientos de su Padre?

R. Y yo respondo: si Jesucristo es Hombre, ¿por qué ha dicho que su Padre y él eran una misma cosa? Yo veo en el evangelio, que Jesucristo ha hablado y obrado como Hombre; y al mismo tiempo veo en él, que ha hablado y obrado como Dios. Deduzcamos de aqui, tu y yo, que Jesucristo es Dios y Hombre, porque sin esto seria su carácter inesplicable.

QUINTA CONFERENCIA.

Donde se prueba la divinidad de Jesucristo, por el grande milagro de su resurreccion obrada por él mismo.

Los milagros que Jesucristo ha hecho durante su vida, prueban evidentemente que es Dios. Este, mi querido Teotimo, ha sido el asunto de nuestra última conferencia. Pero el milagro que hizo despues de su muerte: quiero decir, el de su resurreccion, obrada por sí mismo, y sin otro socorro que su propio poder, lo prueba con mas evidencia todavia; lo cual será la materia de la conferencia que tendremos hoy. Esta conferencia girará toda entera sobre este razonamiento, que es muy simple, y al alcance de todo el mundo.

El que se resucita á sí mismo, y

por su propio poder, es Dios. Jesucristo se ha resucitado á sí mismo, y por su propio poder: luego Jesucristo es Dios.

La primera proposicion de este razonamiento es incontestable; y en efecto, nadie la contesta, ni los judios, ni los paganos, ni los nuevos filósofos; porque desde que un muerto se resucita á sí mismo, esto es, que él mismo se vuelve á la vida, y reúne su alma á su cuerpo, los cuales habia se parado libremente; es evidente que se resucita por su propio poder: de otro modo no seria él mismo el que se resucitaba, sino que seria resucitado por otro: es así que la resurreccion de un muerto no puede obrarse sino por el poder de Dios, segun lo hemos demostrado en la conferencia precedente, luego un muerto que se resucita á sí mismo posee el poder Divino, y por consecuencia es Dios; porque solo Dios posee el poder Divino. Ya no se trata de otra cosa, sino de hacer ver que Jesucristo se ha resucitado á sí mismo: si este hecho

está probado, es incontestable que Jesucristo es Dios. Nadie habrá que lo dude.

Ahora, digo, que de todos los milagros de Jesucristo no hay ninguno tan evidentemente probado como el de su resurreccion obrada por sí mismo. Adelanto mas, y no temo decir, que la resurreccion de Jesucristo obrada por sí mismo, es el mas constante y mas averiguado de todos los hechos consignados en todas las historias que conocemos.

Para establecer esta asercion, tengo á las manos tres pruebás: cada una de por sí es una demostracion; pero unidas todas, y por la fuerza que recíprocamente se comunican, forman la demostracion mas invencible de todas las demostraciones; y así es necesario indicarlas desde luego.

Primera prueba. La resurreccion de Jesucristo obrada por sí mismo, está demostrada en la sola prediccion que de ella hizo el mismo Jesucristo antes de su muerte.

Segunda prueba. La resurreccion

de Jesucristo obrada por sí mismo, está demostrada en la relacion de los Evangelistas, considerada como puramente histórica.

Tercera prueba. La resurreccion de Jesucristo obrada por sí mismo, está demostrada en el testimonio que los Apóstoles y demas discípulos de Jesucristo dieron de ella desde luego á los judios, y seguidamente á todo el universo.



ARTICULO I.

Resurreccion de Jesucristo obrada por sí mismo, demostrada por la prediccion que de ella hizo el mismo Jesucristo antes de su muerte.

Es constante, segun la relacion de todos los Evangelistas, mi querido Teotimo, que Jesucristo antes de morir, habia anunciado varias veces, no solo á sus discípulos privadamente, sino tambien á los judios públicamen-

te, que tres dias despues de su muerte resucitaria por su propia virtud: que habia anunciado esta resurreccion como un milagro decisivo para probar la divinidad de su mision y de su persona: como un milagro que daria una nueva fuerza y un nuevo peso á todos los que le habian precedido, y que seria como su confirmacion auténtica, en fin como un milagro, despues del cual no tuvieran los judios mas nada que pedir para su perfecto convencimiento, haciéndose enteramente inescusables, si no creian en él.

Como Jesus iba á Jerusalem (dice S. Mateo, cap. 20, v. 17.), llamó aparte á sus discípulos, y les dijo: „Ved que vamos á Jerusalem, y el Hijo del Hombre será entregado á los Príncipes de los Sacerdotes, y á los Escribas, y lo condenarán á muerte. Y lo entregarán á los gentiles, para que lo escarnezcán y azoten, y crucifiquen, y el tercero dia resucitará.“

Nada puede desearse que sea mas

claro y mas formal que esta prediccion. El mismo Evangelista trae al cap. 12, v. 38, que habiendo dicho á Jesucristo algunos de los escribas y de los fariseos: "Maestro, quisiéramos que „nos hicieses ver algun prodigio; „Jesucristo les respondió: "Esta nacion corrompida y adúltera, pide „un prodigio, y no le será dado otro „sino el del profeta Jonás, porque „como Jonás estuvo tres dias y tres „noches en el vientre de la Ballena, „asi el Hijo del Hombre estará tres „dias y tres noches en el corazon de „la tierra. „

Aquí vemos dos cosas. 1.º: Que Jesucristo declara á los judios, que Jonás, tragado por una Ballena milagrosamente conservado durante tres dias en el vientre de este enorme pescado, que al cabo de este tiempo lo arrojó sobre la costa del mar, habia sido la figura de su muerte, de su sepultura y de su resurreccion.

2.º: Que Jesucristo presenta á los judios el milagro de su resurreccion, como un signo ó un prodigio por es-

celencia; esto es como una prueba auténtica de la divinidad de su mision, y de su persona.

Escucha todavia estas palabras de Jesucristo, relacionadas en el cap. 20 de S. Juan, v. 17. „Yo deixo mi vida „para volver á tomarla. No me la quita „ninguno: mas yo la doy por mí „mismo; poder tengo para dejarla, y „poder tengo para volver á tomarla.“ Estas palabras, como se vé, no dejan obscuridad alguna en los entendimientos. Jesucristo dice limpiamente, que sus enemigos no pueden quitarle la vida; y en consecuencia de esta notoriedad, el dia siguiente al de su muerte, los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos fueron juntos á Pilatos, y le digeron: (segun se vé en el cap. 27 de S. Mateo) „Señor: nos acordamos, „que dijo aquel impostor, cuando todavia estaba en vida: despues de tres „dias resucitaré. Manda, pues, que „guarden el sepulcro hasta el tercero „dia, no sea que vengan sus discipulos „y lo hurten, y digan á la plebe: resucitó de entre los muertos; y será

„el postrero error peor que el prime-
 „ro.“ En adelante haremos un grande
 uso de este paso de los Príncipes de los
 Sacerdotes y de los fariseos. Bástanos
 saber ahora que él prueba dos cosas,
 á saber, 1.º: Que es cierto que Jesu-
 cristo habia anunciado públicamente
 que él resucitara al tercero dia des-
 pues de su muerte. 2.º: Que los Prín-
 cipes de los Sacerdotes y los fariseos
 comprendian muy bien, que si la Re-
 surreccion de Jesucristo sucedia, sería
 un milagro, despues del cual no se-
 ria ya posible negar que él era el Me-
 sias, pues que temian que la sola opi-
 nion de esta resurreccion, si llegaba á
 esparcirse y á acreditarse, no le hicie-
 ra mirar como el Mesias por todo el
 pueblo Judayco; y asi hicieron de es-
 te milagro el mismo juicio que los
 cristianos, atribuyéndole la misma
 fuerza y el mismo peso.

Es, pues, constante, mi querido
 Teotimo, que mucho tiempo antes
 que Jesucristo muriera, habia anun-
 ciado su Resurreccion: que la habia
 anunciado varias veces, y en público:

que la habia anunciado, señalando el
 dia preciso en que sucederia; que la
 habia anunciado, como que debía ser
 la obra de su sola voluntad: que la
 habia, en fin, anunciado como el mi-
 lagro mas á proposito para probar
 que él era el Mesias, y para con-
 firmar todo lo que habia dicho de sí
 mismo.

Ahora digo, que esta admirable
 Resurreccion sucedió; y la primera
 prueba que doy de ella, es la predi-
 cion misma que Jesucristo hizo antes
 de su muerte. Sí, Teotimo, este ra-
 zonamiento: Jesucristo habia predi-
 cho su Resurreccion. . . luego Jesu-
 cristo ha resucitado: este razonamien-
 to, que desde luego parece una parado-
 ja, y hasta algo mas de una paradoja,
 si se quiere; este razonamiento es una
 verdadera demostracion. Jamas con-
 secuencia alguna estuvo tan ligada
 á su principio, como la consecuen-
 cia de este razonamiento. De suer-
 te, que nosotros deberiamos creer la
 Resurreccion de Jesucristo, aunque
 no tuviéramos mas prueba que la

prediccion que él hizo de ella antes de su muerte.

Aclaremos ahora este razonamiento. Pídotte, Teotimo, que peses con la mayor atencion las reflexiones que voy á hacer, y sobre todo que comprendas bien la ilacion y el conjunto de estas reflexiones. Estoy cierto en que entonces resultará en tu entendimiento una conviccion tan plena, que no podrás resistirte á ella.

1.º Cuando Jesucristo predecia su futura Resurreccion, hacia á vista de toda la Judea los milagros mas estupendos é inauditos. Arrojava con imperio á los demonios de los cuerpos de los poseidos: mandaba á los vientos y á la mar que se hicieran dóciles á su voz: sanaba las enfermedades mas inveteradas y mas incurables: resucitaba los muertos, y muertos de quatro dias, cuando empezaban á corromperse; y en fin (nota bien esta circunstancia), hacia todos estos milagros y otros mil por su propio poder, como latamente lo hemos pro-

bado en la conferencia precedente: luego es evidente, segun todos los principios de la buena filosofia, que el milagro con el cual resucita un hombre á otro, es tan grande como aquel con el cual se resucita uno á sí mismo, aunque el segundo sea mas raro que el primero. No es mas difícil ciertamente á un hombre el volver á hacer entrar su propia alma en su cuerpo, que la de otro en el de este otro. Lo segundo parece tambien mas difícil que lo primero, porque parece que cada ser tiene naturalmente mas poder sobre sí mismo que sobre otro. Si Jesucristo ha resucitado á Lázaro por su propio poder; tenia, pues, el poder de resucitarse á sí mismo; y sería ridículo decir que Jesucristo habia perdido este poder con su muerte; porque es mas claro que el día, que estando este poder en su sola voluntad, la cual nada tenia de comun con su cuerpo, la muerte no podia ejercer su imperio sobre él.

2.º Al leer los Evangelios has observado sin duda que Jesucristo jamas

anunciaba su muerte, fuese á sus discípulos privadamente, fuese en público á los judios, sin anunciar al mismo tiempo su Resurreccion. Pero observa todavia (pues, segun las apariencias, no lo has hecho) que hablando Jesucristo á los judios de su muerte, jamas les habla de las circunstancias de esta muerte; y que jamas habla á sus discípulos de su muerte, sin descubrirles sus principales circunstancias. Les declara que uno de entre ellos lo entregará á los judios, y designa á este pérfido: les declara que los judios lo entregarán á los gentiles para que lo crucifiquen; y que antes de padecer y sufrir este cruel vergonzoso suplicio, será azotado: que le escupirán á la cara, y que lo escarnerán é insultarán. Los Apóstoles se hallaban advertidos de todas estas particularidades de la Pasion y Muerte de su divino Maestro largo tiempo antes del suceso; pero los judios, que debian hacerle sufrir todas estas indignidades, ni sabian nada, ni podian saberlo. En el Evangelio se vé que

estos habian conspirado contra Jesucristo, y que su partido estaba tomado de hacerle morir; pero nada habia determinado, ni tocante al tiempo, ni al modo con que egecutarian este designio. La denuncia de Judas, y la oferta que este traydor les hizo, sin que lo hubiesen previsto, de entregarlo, los determinó de un golpe; aprovecharon esta ocasion que les pareció buena, temiendo no se presentase otra, y atropellaron toda consideracion relativa á su religion, la cual les obligaba á esperar, para consumir su proyecto, que pasase el tiempo en que se hallaban que era la Pascua. Tambien se ve en los mismos Evangelistas que todo se hizo tumultuariamente en esta sangrienta tragedia, y que no se habia premeditado nada, escepto el designio general de perder á Jesucristo. Cada escena de esta pasion fue una escena imprevista para los mismos que la egecutaban, y lo mismo para los simples espectadores, la cual á todos los habria sorprendido estrañamente, si hubieran sido capaces de

mirarla á sangre fria. Determináronse súbitamente, segun los diversos incidentes que produjo el movimiento en que estaban los espíritus. La pasion de estas gentes se arrebató hasta el extremo del furor, segun las declaraciones que presentaba el momento presente. Vé aqui lo que leemos en los Evangelistas. Sin embargo, todo lo que Jesucristo habia descubierto á sus Apóstoles sobre este particular, fue egecutado tan puntualmente por los judíos y por los gentiles, que habria podido decirse que Jesucristo se habia puesto de acuerdo con ellos, y que á cada uno le habia dado su papel, si se me permite este modo de hablar.

No habia Jesucristo predicho solamente todas las circunstancias de su Pasion y de su Muerte, sino que habia anunciado tambien todos sus efectos y todas sus consecuencias. Habia declarado, que en castigo de la incredulidad y de la ingratitud de los judíos, Jerusalem seria sitiada, tomada y destrózada por el hierro y el fuego, y trastornada de alto á bajo: que el Templo tendria

la misma suerte, y no quedaria en él piedra sobre piedra: que los judíos se dispersarian en todas las naciones: que su Evangelio seria predicado en todas partes; y que aunque perseguido en todas partes, en todas ellas haria progresos. Todas estas predicciones se cumplieron, y se cumpliran todavia á nuestra vista.

Los hechos que acabo de esponer, son incontestables, mi querido Teotimo, y nadie los contradice. Ahora preguntó sobre esto á todo hombre que tiene entendimiento y un alma imparcial; ¿cuál es la razon que podria hacer creer, que habiéndose cumplido todas las profecias de Jesucristo en orden á su pasion y á su muerte, y las consecuencias de la una y de la otra, no se ha cumplido la de su resurreccion? Pregunto todavia á este hombre, si puede imaginar una razon probable de esta escepcion, y lo desafio á que no la halla.

¡Qué! Teotimo, Jesucristo ha predicho una multitud de sucesos singulares y extraordinarios, de los cua-

les eran los unos próximos mas sin apariencia, y los otros remotos de muchos siglos, y todos dependian del libre concurso de la voluntad de una multitud infinita de hombres. Entre estos sucesos señaló tambien su propia resurrección. Todo lo demas ha sucedido segun lo ha predicho; ¿pero su resurrección no se ha verificado? ¿Es esto creible, ni puede imaginarse?

Pero voy mas adelante, y vé aqui un razonamiento sin réplica: Jesucristo, como acabo de decirlo, ha predicho, durante su vida, una multitud de sucesos singulares y extraordinarios, de los cuales unos estaban próximos, mas sin apariencia, y los otros estaban distantes de muchos siglos; y todas estas predicciones se han verificado. Prediciendo Jesucristo los sucesos, de que acabo de hablar, predijo tambien su propia resurrección; y esta predicción (supóngolo asi por un momento) no ha tenido efecto. Insto, y digo: solo Dios, ó aquel á quien Dios ilumina con su luz, puede conocer infaliblemente los su-

cesos futuros, que dependen del libre concurso de las voluntades humanas. Luego Jesucristo se hallaba asistido del Espíritu de Dios, quando predica tantos sucesos que se han cumplido. Entre los sucesos que Jesucristo ha predicho, se encuentra su resurrección, y no se ha cumplido; luego Jesucristo era impulsado por el espíritu del demonio á hacer esta predicción. Es asi que es constante que Jesucristo predijo este suceso al mismo tiempo que los otros: luego Jesucristo era á un propio tiempo el órgano de Dios, y el del demonio: era en aquella ocasion el mas grande de los profetas, y el mas insigne impostor. Por la mas sacrilega de todas las prevaricaciones, se servia de la verdad de Dios para acreditar las mentiras del demonio. No, Teotimo, no hay un hombre entre los nuevos filósofos que sea capaz de mirar sin asombro semejantes absurdos. Convengamos en que Jesucristo resucitó.

3.^o: Jesucristo, antes de morir, habia declarado solemnemente á los

judíos que si moría, era porque lo quería así. "Yo dejo mi vida para volver á tomarla, les decía: nadie me la arrebató; mas Yo la dejo por mí mismo. Yo tengo poder para dejarla, y poder para volverla á tomar." Jesucristo declara por estas palabras, que morirá libremente, y que resucitará con la misma libertad. Jesucristo ha cumplido la primera parte de esta predicción, ya lo hemos visto en otro lugar. Transportase al Huerto de las Olivas, donde sabe que han de ir á prenderlo: se presenta delante de sus enemigos: los echa por tierra con una sola palabra, y seguidamente se entrega á su discrecion. Arroja un gran grito despues de haber sufrido tormentos capaces de aniquilar al hombre mas robusto, y de reducirlo á una extrema debilidad; y muriendo pronuncia estas palabras: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu." Ahora, si Jesucristo ha cumplido la primera parte de la profecía, de que hablamos, es evidente que ha debido cumplir la segunda, y que ha resuci-

tado por un solo acto de su voluntad, así como murió por otro acto de su voluntad. Porque nadie concebirá jamas que ha podido ser tan imprudente, que se haya entregado voluntariamente á la muerte, despues de haber anunciado su resurreccion, sino estaba bien cierto de que resucitaria.

4.º: Mientras que Jesucristo estaba en la cruz, y pocas horas antes que espirase, el sol se eclipsó. Este eclipse sucedió contra todas las leyes de la naturaleza; pues este día era el plenilunio, y este eclipse fue, además, total y universal; de manera, que las tinieblas de la noche se esparcieron sobre toda la superficie de la tierra. El Senado Romano fue tan sorprendido de este extraordinario fenómeno, que hizo se conservase su relacion en los archivos públicos, como lo trae Tertuliano, hablando él mismo al Senado. En el momento que Jesucristo espiró, acaeció un gran terremoto: el velo del Templo se rasgó de alto abajo; y en fin, despues de la muerte de Jesucristo, varios justos resucitaron;

y saliendo de sus sepulcros en cuerpo y alma, se aparecieron á una multitud de personas de Jerusalem.

Si Jesucristo es quien ha hecho todos estos milagros antes de su muerte, en su muerte, y despues de su muerte, es visible que tambien ha podido hacer el de su propia resurreccion, y por consecuencia que lo ha hecho; y si el Dios que Jesucristo llamaba su Padre, es quien ha hecho estos milagros, es visible que él los ha hecho para testificar la santidad de Jesucristo, y para confirmar auténticamente todo quanto Jesucristo habia dicho y hecho durante su vida: luego Dios ha hecho estos milagros para testificar las profecias de Jesucristo, y principalmente la de su resurreccion: luego estos milagros eran prendas seguras de la resurreccion de Jesucristo; ó es preciso decir, que Dios los ha hecho para engañar al mundo; lo que es una blasfemia.

5.º Ve aquí, Teotimo la última reflexion, á la cual te pido prestes toda tu atencion. Hemos visto en la con-

ferencia precedente, que los milagros que Jesucristo obró antes de su muerte habian sido, ya por sí mismos, y ya por la fuerza que sacaban de las circunstancias que los acompañaban, pruebas incontestables de su divinidad; porque estos milagros eran de tal naturaleza, que no podian obrarse sino por el poder de Dios; porque Jesucristo hizo estos milagros como Dios; y porque Jesucristo hizo estos milagros para testificar que era Dios. ¿Qué se sigue de aquí? Tu lo ves sin duda, Teotimo; se sigue, que si Jesucristo no hubiera anunciado antes de morir su resurreccion, y que en efecto no hubiera resucitado; en esta suposicion sus milagros habrian conservado toda su fuerza, y todas las pretensiones de Jesucristo habrian quedado en su integridad. Siempre sería cierto que Jesucristo ha sido un Dios-Hombre. Todo quanto podemos deducir de su no resurreccion (permíteme este modo de hablar) es, que despues de la muerte de Jesucristo, Dios se separó de la naturaleza hu-

mana; de la cual se habia revestido por un cierto tiempo.

Pero habiendo Jesucristo anunciado su resurreccion del modo mas espreso y afirmativo, desde entonces el efecto de sus milagros quedaba suspendido hasta el cumplimiento de esta prediccion; de suerte que si, como es imposible, Jesucristo no hubiera resucitado, el solo hecho de su no-resurreccion habria debilitado todos sus milagros precedentes, y habria sido decidido, por esto solo, que Jesucristo no era Dios. Lo que aqui digo es muy claro, y creo que lo comprendes perfectamente.

Segun estas observaciones sostengo; Teotimo, que es un absurdo suponer que Jesucristo haya anunciado su resurreccion sin estar cierto de que resucitaria efectivamente; porque si Jesucristo sabia que no resucitaria, anunciando su resurreccion, y anunciandola tan afirmativamente como lo hacia, aruinaba todo el efecto de sus milagros precedentes, les quitaba todo su peso, ponía en su reputacion un lunar irre-

parable; se cubria de un oprobio eterno; acababa este hombre tan sabio la mas bella, y la mas ilustre carrera que jamas se vió por un rasgo inconcebible de locura, y acababa su vida colocándose él mismo en la clase de los impostores y bufones: en vez que callando acerca de su resurreccion futura, dejaba sus milagros en toda su fuerza, se aseguraba en todos los siglos sucesivos, no solo la veneracion que es debida al mayor de los profetas, sino tambien los homenajes debidos á Dios: luego es un absurdo (y lo repito) suponer que Jesucristo haya anunciado su resurreccion futura sin estar cierto de que resucitaria: luego Jesucristo resucitó: luego debemos creer la resurreccion de Jesucristo, aunque no tuviéramos mas prueba de ella que su prediccion. Pero quando Jesucristo no hubiera predicho su Resurreccion, nosotros deberiamos creerla sobre el testimonio que nos dan los Evangelistas.

mana; de la cual se habia revestido por un cierto tiempo.

Pero habiendo Jesucristo anunciado su resurreccion del modo mas espreso y afirmativo, desde entonces el efecto de sus milagros quedaba suspendido hasta el cumplimiento de esta prediccion; de suerte que si, como es imposible, Jesucristo no hubiera resucitado, el solo hecho de su no-resurreccion habria debilitado todos sus milagros precedentes, y habria sido decidido, por esto solo, que Jesucristo no era Dios. Lo que aqui digo es muy claro, y creo que lo comprendes perfectamente.

Segun estas observaciones sostengo; Teotimo, que es un absurdo suponer que Jesucristo haya anunciado su resurreccion sin estar cierto de que resucitaria efectivamente; porque si Jesucristo sabia que no resucitaria, anunciando su resurreccion, y anunciandola tan afirmativamente como lo hacia, aruinaba todo el efecto de sus milagros precedentes, les quitaba todo su peso, ponía en su reputacion un lunar irre-

parable; se cubria de un oprobio eterno; acababa este hombre tan sabio la mas bella, y la mas ilustre carrera que jamas se vió por un rasgo inconcebible de locura, y acababa su vida colocándose él mismo en la clase de los impostores y bufones: en vez que callando acerca de su resurreccion futura, dejaba sus milagros en toda su fuerza, se aseguraba en todos los siglos sucesivos, no solo la veneracion que es debida al mayor de los profetas, sino tambien los homenajes debidos á Dios: luego es un absurdo (y lo repito) suponer que Jesucristo haya anunciado su resurreccion futura sin estar cierto de que resucitaria: luego Jesucristo resucitó: luego debemos creer la resurreccion de Jesucristo, aunque no tuviéramos mas prueba de ella que su prediccion. Pero quando Jesucristo no hubiera predicho su Resurreccion, nosotros deberiamos creerla sobre el testimonio que nos dan los Evangelistas.

ARTICULO II.

La resurreccion de Jesucristo demostrada por la relacion que de ella hacen los Evangelistas, considerada como puramente histórica.

Los cuatro Evangelistas cuentan que Jesucristo resucitó al tercero día después de su muerte, y que aquel día se apareció lleno de vida á varias personas. Vé aqui como refiere este gran suceso S. Mateo, cap. 27 y 28: "Y cuando fue noche vino un hombre rico de Arimathéa, llamado José, &c. (a).

En esta narracion, como lo ves, reyna una sencillez, un candor, un ayre de sinceridad y de buena fe, que convence al lector de la probidad del historiador, y de la verdad de su relacion. Pero nada sorprende

(a) Lee estos dos capítulos enteros.

tanto, como el modo con el cual espone S. Mateo el indigno y pueril medio que emplearon los Príncipes de los Sacerdotes para sofocar las pruebas de la resurreccion de Jesucristo. ¿Qué campo mas hermoso podian ofrecerle los autores de esta impostura, para hacerlos tan ridículos como odiosos? ¿Qué ventaja no tenia contra ellos? ¿Qué no podia decir acerca de aquellos testigos dormidos, que habian depuesto sobre lo que habia pasado durante el sueño, y cuya deposicion habia sido recibida? ¿Qué reflexiones no podia hacer sobre una contradiccion tan vergonzosa, tan manifiesta, y tan absurda al mismo tiempo? Pues sin embargo, no emplea el menor rasgo de sátira, la menor reflexion dice lo que ha pasado, y á ello se ciñe solamente.

Las relaciones que hacen los otros tres Evangelistas de la resurreccion de Jesucristo, todas tienen los mismos caracteres. Leámoslas, pues, mi querido Teotimo.

Relacion de S. Marcos desde el

v. 42 del cap. 15, hasta el fin del cap. 16.

Relación de S. Lucas, desde el v. 50 del cap. 23, hasta el fin del cap. 24.

Relación de S. Juan, desde el v. 38 del cap. 19, hasta el fin del último capítulo.

Ya ves, Teotimo, que las diferentes relaciones de la resurrección de Jesucristo han sido dictadas por la buena fe y el candor. Ninguna se encuentra que contradiga á las otras, y ninguna se parece exactamente á otra.

El fondo de estas cuatro relaciones es el mismo, pero la forma no lo es. Cada Evangelista hace mención de alguna particularidad, que han omitido todos los otros, y ninguno de ellos refiere en términos iguales, ó del mismo modo, las particularidades que otro ha referido. El estilo de cada una de estas relaciones es original, y propio del escritor que la ha hecho; y así no pueden acusar á los Evangelistas de haberse concertado entre sí, y mucho menos sospechar que inventaron

los hechos que componen sus cuatro relaciones. Digo mas todavía: el entendimiento humano no finge de este modo. Los Evangelistas eran hombres simples, como se ve en sus mismos escritos; pero aunque hubieran sido los mayores ingenios de su siglo, no habrían jamas podido inventar una historia de la resurrección, como la que nos han dejado. No puede imputarse á los Evangelistas el haber hermoseado sus relaciones. Nada se ve en ellas que huelga á retórica, nada que anuncie el designio de realzar la gloria de su Maestro: todo es en ellas simple é inocente: no pueden decirse los hechos mas naturalmente, y con un ayre mas verdadero: la verdad misma no podría decir de otro modo las mismas cosas. En fin, no puede pretenderse que los Evangelistas han pecado contra la verosimilitud. En esta última parte de su obra, ó de su historia los caracteres de Jesucristo, de los Apóstoles y de los otros discípulos estan conservados perfectamente. Lo que ellos cuentan de la resur-

reccion y de las diferentes apariciones de Jesucristo es maravilloso; pero esto mismo está perfectamente combinado con lo que habian dicho de su nacimiento, de su vida y de su muerte. Todo es digno de Jesucristo: todo lo representa; y todo hace conocer que es él verdaderamente. De este modo un Dios Hombre, que habia sufrido voluntariamente la muerte para rescatar el género humano debía resucitar, y debía manifestarse despues de su resurreccion, como se ve en los evangelios; y me atrevo á decir, que ningun otro escritor observó mejor que ellos el decoro.

Estas observaciones generales, relativas al modo con que los Evangelistas cuentan la resurreccion de Jesucristo, serian mas que suficientes para convencer á todo entendimiento razonable de la verdad de esta resurreccion. Sin embargo, Teotimo, consintió en que suspendas todavia tu juicio: si puedes conseguirlo. Las pruebas que me quedan que darte son tan

palpables, que estoy cierto de que te someterás á ellas.

De todos los milagros de Jesucristo, el de la resurreccion es el único que negaron los judios en aquel tiempo, y lo niegan todavia, como lo observé en otra parte; pero la vuelta que han tomado para oscurecer este gran suceso, demuestra su realidad del modo mas convincente. Presta atencion á las reflexiones que voy á hacer, y á las consecuencias que sacaré de ellas.

1.^o: Siendo la resurreccion de Jesucristo el único milagro de este Dios-Hombre que niegan los judios, y que pretenden hacer pasar por falso, siendo asi que confiesan todos los otros, deben hallarse en estado de manifestar que este milagro no ha sucedido; de otro modo habria derecho para sospecharlos, ó encaprichados, ó estravagantes de entendimiento ó de interes; porque en fin, los milagros de Jesucristo, que han precedido á su resurreccion, son por sí mismos un grande presupuesto de esta resurreccion.

2º: Yo veo en efecto, que los judios, y sobre todo, los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos, tenían un grande interes en hacer pasar por apócrifa la resurreccion de Jesucristo. Este milagro es decisivo y sin réplica. Si Jesucristo resucitó, Jesucristo es el Mesias: si Jesucristo es el Mesias, los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos han hecho morir crucificado al Mesias, y por consecuencia son los mas malos hombres que el mundo haya visto. Los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos tienen, pues, un grande interes en que Jesucristo no haya resucitado; y si Jesucristo ha resucitado, tambien tienen grande interes en hacer perecer las pruebas de su resurreccion. Y ademas, este interes es en ellos el interes de la pasion mas violenta é injusta; y por consecuencia, es un interes capaz por sí mismo de impulsarlos á toda especie de crímenes, y sobre todo un interes capaz de cegarlos y empeñarlos á hacer valer las mas pequeñas razones de dudar, contra las mas fuertes de

creer. Todo esto está en la naturaleza.

3º: Observa que la resurreccion de Jesucristo, segun la refiere el evangelio; esto es, esta resurreccion obrada por Jesucristo mismo, es no solamente un suceso maravilloso, sino tambien el mas estraordinario de todos los sucesos en el género maravilloso; y que con respecto al carácter general del entendimiento humano, era mas fácil mil veces el obscurecer este suceso, y hacerlo pasar por fabuloso, por mas cierto que fuera, que el hacerlo pasar por verdadero si hubiera sido falso: de donde se deduce evidentemente, que si Jesucristo no hubiera resucitado, los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos estaban muy seguros de impedir que su resurreccion fuese creida del pueblo Judayco; y de que habiendo resucitado este mismo Jesucristo, podian tambien esperar con mucha probabilidad que impedirian al pueblo Judayco que creyese su resurreccion. Y por la razon de los contrarios, resulta de los mismos principios, que si Jesu-

cristo no hubiera resucitado, era absolutamente imposible á los Apóstoles el hacer creer su Resurreccion al pueblo Judayco; y que aunque Jesucristo hubiera resucitado, debía naturalmente serles muy difícil el hacer creer esta Resurreccion, por verdadera que fuera, á este mismo pueblo.

4.º: Hay mas. En la suposicion de que Jesucristo no hubiera resucitado, no habrian tenido los Apóstoles interes alguno en publicar su pretendida Resurreccion: ningun interes de reconocimiento, porque ya no debian nada á Jesucristo, que los habia engañado, anunciándoles que resucitaria: ningun interes de amor propio, porque Jesucristo los habia engañado con milagros evidentes; y cualquiera que ha sido engañado con milagros evidentes (si esto es posible), puede confesar sin vergüenza que ha sido engañado. Y en la suposicion de que Jesucristo habia resucitado efectivamente, los Apóstoles tenian el mayor interes sin duda en publicar su Resurreccion; pero este interes era

un interes de justicia, un interes de reconocimiento, un interes de religion, y un interes de amor propio y de honor; pero de un amor propio bien ordenado, y de un honor verdadero y bien entendido: en una palabra, este era el interes de la virtud, y por consecuencia un interes, que obrando en ellos segun su naturaleza, no debia inspirarles otra cosa que lo cierto, lo grande y lo heroico. En esta suposicion, seria una enorme injusticia el creer que los Apóstoles han usado de la menor supercheria, á menos que no estuviera demostrada.

Graba profundamente en tu entendimiento estas observaciones, mi amado Teotimo, como principios tanto mas ciertos, cuanto han sido sacados de la naturaleza de las cosas y del carácter del corazon humano. Haremos su aplicacion á la materia de que tratamos despues que hayamos vuelto á leer la historia de la Resurreccion de Jesucristo, segun San Mateo.

San Mateo, cap. 27, v. 57. ,, Y

„ cuando fue noche, vino un hombre
 „ rico de Arimathéa, llamado José,
 „ el cual era tambien discípulo de
 „ Jesus. Este fue á Pilatos y pidióle
 „ el Cuerpo de Jesus. Pilatos enton-
 „ ces mandó que se lo entregasen. Y
 „ tomando José el Cuerpo, envolvióle
 „ en una sábana limpia, y metiéndole
 „ en un sepulcro suyo que aun no ha-
 „ bia servido, y había hecho abrir en
 „ una peña, puso otra piedra grande
 „ á la entrada del sepulcro y fuese.
 „ María Magdalena y la otra estaban
 „ allí sentadas enfrente del sepulcro;
 „ mas al otro día, que es el que se si-
 „ gue al de la Parascève, los Prínci-
 „ pes de los Sacerdotes y los fariseos
 „ vinieron á una á Pilatos, diciendo:
 „ Señor, nos hemos acordado que di-
 „ jo aquel impostor cuando todavía
 „ estaba en vida: despues de tres días
 „ resucitaré. Manda, pues, que guar-
 „ den el sepulcro hasta el tercero día,
 „ no sea que vengan sus discípulos y
 „ lo hurten, y digan á la plebe: Re-
 „ sucitó de entre los muertos; y será
 „ el postrero error peor que el prime-

„ ro. Y díjoles Pilatos: Guardas teneis;
 „ id y guardarlo como sabeis. Fueron,
 „ pues, ellos; y para asegurar el sepu-
 „ cro sellaron la piedra y pusieron guar-
 „ das. Mas en la tarde del Sábado, al
 „ amanecer el primer día de la sema-
 „ na, vino María Magdalena y la otra
 „ María á ver el sepulcro, cuando de
 „ improviso se sintió un grande ter-
 „ remoto, porque un ángel del Señor
 „ descendió del cielo; y llegando re-
 „ volvió la piedra y sentóse sobre
 „ ella: su rostro brillaba como un re-
 „ lámpago, y sus vestiduras eran co-
 „ mo la nieve. Y por miedo de él es-
 „ pantáronse los guardas, y quedaron
 „ como muertos. Mas el ángel, to-
 „ mando la palabra, dijo á las muge-
 „ res: no tengais miedo vosotras, por-
 „ que sé que buscais á Jesus, el que
 „ fue crucificado. No está aquí, pues
 „ resucitó asi como lo dijo. Venid y
 „ ved el lugar en donde estaba deposi-
 „ tado el Señor; é id luego, y decid
 „ á sus discípulos que resucitó: mirad
 „ que os espera en Galilea: allí le ve-
 „ reis: ya os lo he avisado de antema-

„no. Y salieron al punto del sepul-
 „cro con miedo, y con gozo muy
 „grande, y fueron corriendo á decir-
 „lo á sus discípulos. Y Jesus encon-
 „tróse con ellas, y díjolas: Dios os
 „guarde; y ellas llegaron á él y abra-
 „zaronle los pies, y le adoraron. En-
 „tonces las dijo Jesus: no temais: id,
 „decid á mis hermanos que vayan á
 „la Galilea, allí me verán. Y mien-
 „tras ellas iban, algunos de los guar-
 „das fueron á la ciudad, y dieron avi-
 „so á los Príncipes de los Sacerdotes
 „de todo lo que habia acaecido; y
 „habiéndose juntado con los ancia-
 „nos y tomado consejo, dieron una
 „grande suma de dinero á los solda-
 „dos, diciéndoles: decid que vinie-
 „ron de noche sus discípulos y le hur-
 „taron, mientras que nosotros está-
 „bamos durmiendo. Y si llegare esto
 „á oídos del Presidente, nosotros se-
 „lo haremos creer, y no tendreis que
 „sentir por ello. Ellos tomaron el
 „dinero, y lo hicieron conforme á la
 „instruccion que les habian dado. Y
 „esta impostura, que se divulgó

„entre los judios, dura hasta hoy
 „dia.“

Aquí tienes, Teotimo, dos rela-
 ciones de un mismo suceso diametral-
 mente opuestas. San Mateo dice, que
 Jesucristo salió del sepulcro al terce-
 ro día despues de su muerte; pero
 que salió resucitado. Los judios con-
 vienen tambien en que salió del se-
 pulcro el mismo día; pero llevado
 por sus discípulos, que lo robaron
 mientras que la guardia estaba sepul-
 tada en el sueño. ¿En qué lado está la
 verdad? Esto es lo que es preciso exa-
 minar con la mas seria atencion. Aquí
 veo desde luego que dos cosas son cier-
 tas: la primera, es que Jesucristo desde
 la mañana del tercero día despues de su
 muerte, no se encontró ya en el se-
 pulcro donde le habian puesto: la se-
 gunda, es que Jesucristo habia salido
 del sepulcro, ó del modo que el
 Evangelista lo cuenta, ó del modo
 que los judios lo aseguran; no hay
 medio, porque es tan claro como la
 luz del día, que si los judios hubie-
 ran podido decir alguna otra cosa mas

verosímil que lo que han dicho acerca del modo con que Jesucristo salió del sepulcro, no hubieran dejado de hacerlo. Siendo esto así, si yo demuestro, como voy á hacerlo, que es imposible que el Cuerpo de Jesucristo haya sido robado por sus discípulos, como pretenden los judíos, quedará demostrado que Jesucristo resucitó, según lo cuenta San Mateo.

Desde luego siento, mi amado Teotimo, que los hombres menos perspicaces perciben sin trabajo que cuanto dicen los judíos relativamente al robo pretendido del Cuerpo de Jesucristo hecho por sus discípulos, tiene todo el ayre de una fábula. Despues de las precauciones que los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos habían tomado, de acuerdo con el Gobernador de la Judea para impedir este robo, había cuatro medios infalibles de convencer á todo el universo de que Jesucristo no había resucitado. El primero, era el de manifestar públicamente su cadáver despues de haber espirado el tercer día

despues de su muerte. El segundo, probar que sus discípulos habían robado el Cuerpo á viva fuerza, á pesar de la resistencia de los soldados Romanos que custodiaban el sepulcro. El tercero probar que los soldados Romanos habían dejado robar el cuerpo de Jesucristo á sus discípulos, despues de haber sido ganados por ellos. El cuarto, probar que los soldados encargados de guardar el sepulcro, abandonando su puesto, habían dado lugar á los discípulos de Jesucristo, para que, aprovechándose de su ausencia consiguieran su designio. Cada uno de estos medios era decisivo; y según las observaciones que hemos hecho mas arriba, es mas evidente, que si los príncipes de los sacerdotes y los escribas hubieran tenido alguno de ellos, no habrían dejado de hacerlo valer; porque tenían un interés capital en impedir que el público creyese que Jesucristo había resucitado. Jamas será dudable que unos hombres de este carácter, despues de haber adelantado lo que adelantaron, hayan

titubeado un solo momento en sacrificar la vida de algunos soldados Romanos al grande interés que en ello tenían: luego está demostrado, que si los príncipes de los sacerdotes no hicieron valer ninguno de estos cuatro medios, fue porque todos les faltaron á un tiempo. ¿Por qué no manifestaron al pueblo el cuerpo de Jesucristo? Porque habia desaparecido. ¿Por qué no digeron que los discípulos de Jesucristo habian robado su cuerpo, despues de haber forzado la guardia? Porque si hubiera sido así; hubiera habido un combate sangriento, y no se vió una gota de sangre. ¿Por qué no digeron que los soldados Romanos habian dejado robar el cuerpo de Jesucristo á sus discípulos, despues de haberse dejado ganar de ellos? Porque en este caso, no habrian dejado los soldados Romanos, para salvar su vida, y declarar al gobernador, y á todo Jerusalem, lo que habia pasado. En fin, ¿por qué no digeron que habiendo abandonado su puesto los soldados Romanos se habian apro-

vechado de su ausencia los discípulos de Jesucristo para robar su cuerpo? Por la misma razon, como cada qual lo ve; de manera, que por necesidad, los príncipes de los sacerdotes y los senadores tomaron el partido de empeñar á los soldados Romanos en publicar por todo Jerusalem, que mientras ellos dormian, habian robado los discípulos de Jesucristo el cuerpo de éste. Recurrieron á este espediente, porque nada mejor hallaban en una coyuntura tan embarazosa. Este espediente era miserable, y tambien tenia sus peligros: bien lo conocian; pero por un lado el tiempo lo egecutaba, y no habia que escoger, y por otro unos hombres colocados y revestidos de una autoridad sagrada y pública, que los hacia á un mismo tiempo respetables y temibles, creyeron les seria fácil acreditar en el público la fábula que habian imaginado, y apaciguar, en caso de necesidad, al gobernador de la provincia, el cual estaba tambien interesado en hacer desaparecer las pruebas de la resurreccion

de un inocente, á quien él mismo habia enviado al suplicio contra todas las luces de su conciencia. El ruido que los príncipes de los sacerdotes y los senadores hicieron esparcir en Jerusalem, era absolutamente inverosímil; mas era uno de aquellos efugios, de los cuales saben muy bien aprovecharse los gobiernos en semejantes coyunturas, para engañar al pueblo estúpido, que nada profundiza, y que asegurando á las personas sensatas en el juicio que tenían formado de las cosas, les imponen tambien la necesidad de callar.

En efecto, mientras mas se reflexiona sobre este pretendido robo del cuerpo de Jesucristo, mas convencido se queda de que es absolutamente quimérico, y que no fue imaginado sino por la urgente necesidad en que se hallaban de encontrar otro efugio, y por la imposibilidad en que estaban de forjar otro que fuera mas verosímil; porque 1.º: Por la confesion de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, es imposible probar este

robo. ¿Quién depone de este robo? Los soldados Romanos que habian mandado para guardar el sepulcro. ¿Qué dicen estos soldados? Que el cuerpo de Jesucristo fue robado mientras que ellos dormian. Pero si dormian cuando los discípulos de Jesucristo robaban su cuerpo, ni lo vieron ni pudieron ver nada. Y si no lo vieron, ¿qué pueden testificar? En punto á testigos, un hombre dormido no se diferencia de un muerto, como todo el mundo lo sabe. ¿No es menester haber perdido no solo el juicio sino el pudor, para hacer valer la suposición de unos testigos, que, por su misma confesion, estaban dormidos cuando se estaba egecutando el hecho del cual dan testimonio?

2.º: Yo sostengo, y voy á demostrarlo, que los discípulos de Jesucristo no tuvieron jamas ni pudieron tenerlo, el designio de robar el cuerpo de su maestro, porque al fin estos hombres eran simples y groseros; pero despues de todo, no eran locos, y es preciso que

lo hubieran sido, para concebir solamente semejante pensamiento. ¿Por qué razon habrían pensado los discípulos de Jesucristo robar su cuerpo? Sería sin duda para divulgar la especie de que había resucitado. Pero para esto era necesario que el robo se hiciese tan secretamente, que no se hubiese podido probar jamas, ni sospechar tampoco. Pregunto ahora: si estando el sepulcro de Jesucristo tan bien guardado como estaba, podian sus discípulos concebir la menor esperanza de robar el cuerpo sin que nadie lo conociera:

Por otra parte es constante, segun la relacion de todos los evangelistas, y la declaracion que los príncipes de los sacerdotes hicieron á Pilatos, que Jesucristo habia anunciado varias veces antes de su muerte, que resucitaria al tercero dia despues de ella. Siendo esto así, ó los discípulos de Jesucristo estaban persuadidos á que resucitaba, ó lo dudaban, como lo insinúa el testo del evangelio, ó se habian persuadido á que no resucitaria.

Si estaban persuadidos á que Jesucristo resucitaria, es evidente que no tenian otro partido que tomar, sino esperar tranquilamente el tercero dia, como un dia de triunfo para su maestro, y para ellos. Robandole, todo lo perdian. Este robo habria sido un obstáculo invencible para probar la resurreccion. Si los discípulos de Jesucristo dudaban de su resurreccion futura, es tambien evidente, que en este caso; debian aguardar al tercero dia por las mismas razones. Hurtaudo el cuerpo de Jesucristo nada podian ganar, y podian perderlo todo. Puede ser que resucite, debian decir: puede ser tambien que no resucite; pero sea que resucite, ó que no resucite, si llegamos á robarlo, ¿cómo podremos hacer creer que ha resucitado? En fin, si los discípulos de Jesucristo estaban persuadidos á que no resucitaria, entonces debian mirarle como un hombre que los habia engañado, ó voluntaria ó involuntariamente; y en esta suposicion, Jesucristo no les importaba nada. El

solo partido que tenian que tomar era el de deplorar su suerte y la suya, callarse y ocultarse, no fuera que les sucediera algo peor.

3.^o: Cuando los discípulos de Jesucristo hubieran podido concebir el designio de robar á su maestro, jamas habrian tenido valor para egecutarlo. Cuasi todos ellos eran hombres sacados de la nada: componian un pequeño número en Jerusalem: los observaban de cerca; á lo menos tenian motivos pera creerlo, y veian el brazo temible del poder eclesiástico y civil, levantado sobre su cabeza, y pronto á descargar sobre ellos al menor movimiento que hicieran. Es cierto, por otra parte, que eran almas débiles las suyas. Cuando prendieron á su maestro en el Huerto de las olivas, todos huyeron. Pedro le negó tres veces, y despues de la catástrofe de su maestro, nos los representa el evangelio temblando, y consternados, y por consecuencia muy distantes de atreverse á emprender nada.

4.^o: Cuando los discípulos de Jesucristo hubieran tenido valor bastante para intentar la egecucion del designio consabido, es evidente que jamas lo habrian realizado. Solo eran once los que estaban juntos en Jerusalem (si acaso estaban juntos.) Junto al sepulcro de Jesucristo habian colocado una guardia fuerte de soldados romanos. Estos soldados tenian sin duda órdenes espresas de estar alerta el tercer dia, que era el dia crítico y decisivo; y este era el dia que los discípulos de Jesucristo debian robar su cuerpo. Si el robo se hubiera hecho antes ó despues, no hubiera sido de consecuencia para las dos partes. Pregunto ahora, ¿si es presumible siquiera que doce pescadores hayan podido forzar una guardia de soldados romanos? Apenas habria sido el partido igual entre soldados; pero pescadores contra soldados, es evidente que la ventaja estaba enteramente á favor de estos.

En fin, cuando los discípulos de Jesucristo hubieran podido robar el cuerpo de su maestro, no lo habrian

jamás podido verificar sin despertar á los soldados que guardaban el sepulcro. Este sepulcro estaba tallado en una roca: una sola piedra cerraba su entrada; esta piedra era de un grueso enorme; el evangelio lo especifica. El sello de los Príncipes de los Sacerdotes estaba puesto sobre esta piedra; y así era indispensable pasar por medio de los soldados, romper el sello, volcar la piedra, entrar en el sepulcro, salir con el cuerpo de Jesucristo, y todo esto apresuradamente. Pregunto todavía, ¿si todos estos movimientos pueden hacerse sin ruido, y sin un ruido capaz de despertar á unos hombres que dormían con un sueño ordinario y natural?

Luego está demostrado, mi querido Teotimo, que el cuerpo de Jesucristo no fue robado por los discípulos, del sepulcro donde lo habían puesto; y como en razón de las circunstancias es absolutamente necesario, que haya sido robado, ó que Jesucristo haya resucitado, queda demostrado que Jesucristo resucitó.

Este suceso memorable para siempre, manifiesta claramente, mi querido Teotimo, qué bien lejos de poder contra Dios cosa alguna la prudencia humana, Dios, por el contrario lo puede todo contra la humana prudencia, pues cuando quiere hace servir al cumplimiento de sus designios todos los artificios y sutilezas que la prudencia humana pone en ejecución para desvanecerlos. Si los Príncipes de los Sacerdotes no hubieran hecho guardar con extremo cuidado el sepulcro donde estaba depositado el cuerpo de Jesucristo, no estaríamos tan seguros como lo estamos, de la resurrección de este Dios-Hombre. Podrían decirnos siempre, que tal vez el cuerpo de Jesucristo fue robado por sus discípulos; pero habiendo sido custodiado por soldados romanos el sepulcro donde fue puesto hasta el tercer día después de su muerte, y no habiéndose hallado en este sepulcro el cuerpo de Jesucristo, desde la mañana del tercer día, es evidente que salió de él por una resurrección gloriosa.



ARTICULO III.

La resurreccion de Jesucristo demostrada por el testimonio que los Apóstoles dieron de ella desde luego á los judios, y en seguida á todas las naciones.

Cincuenta dias despues de la resurreccion de Jesucristo, los Apóstoles, y varios otros discípulos que habian estado ocultos en Jerusalem hasta este dia, salieron de su retiro; y habiendo parecido en el público, declararon altamente que Jesucristo habia resucitado. Sobre este grande y asombroso paso de los Apóstoles, y sobre las consecuencias que tuvo, voy ahora á discurrir, mi amado Teotimo. El abre un espacioso campo á las reflexiones mas interesantes, y me persuado á que me escucharás con un placer estremo, si ayudado de la gracia de Dios, tengo la dicha de producir bien

lo que concibo y siento sobre esto. Pero antes de entrar en materia, es necesario que leamos juntos los cinco primeros capítulos del libro de las actas de los Apóstoles; y tu leerás particularmente el resto de este admirable libro.

Lee, pues, los indicados capítulos.
El contenido de estos cinco capítulos que acabamos de leer, se reduce á los puntos siguientes; á saber: Que Jesucristo resucitado ya, se apareció varias veces á sus discípulos en el espacio de cuarenta dias, y que los convenció con pruebas de toda clase, de la verdad de su resurreccion: que el cuadragésimo dia despues de su resurreccion, subió á los cielos en su presencia y á su vista, despues de haberles prometido que en breve les enviaria el Espíritu Santo: que en efecto, diez dias despues de su Ascension á los cielos, los Apóstoles y varios otros discípulos, recibieron el Espíritu Santo, y fueron instantáneamente mudados en otros hombres. Entonces celebraban en Jerusalem la fies-

ta de Pentecostés, que era una de las grandes solemnidades del pueblo Judayco, y la ciudad estaba llena de judios estrangeros, que habian venido á ella de todas las partes del mundo conocido. En este día los Apóstoles, con S. Pedro á su cabeza y otros varios discípulos se presentaron juntos en público con grande intrepidez. Un gran concurso de gente se juntó al rededor de ellos, atraido de la novedad del espectáculo. S. Pedro toma la palabra en nombre de todos los discípulos, y declara á los judios que Jesucristo, á quien han hecho condenar á muerte por Poncio Pilatos, ha resucitado: que él, y todos los que veian con él, eran testigos de esta resurreccion: que han visto á Jesucristo, le han oido, han comido y bebido con él: que subió á los cielos en presencia suya: que este mismo Jesucristo es el Mesias prometido por Dios á Abrahám y á los otros Patriarcas: que el pueblo de Israel no debe esperar otro; y que en fin, la remision de los pecados y la salvacion eterna,

no pueden obtenerse sino por Jesucristo, único Salvador del mundo. S. Pedro y los otros Apóstoles hicieron una multitud de milagros á vista de todo Jerusalem, en nombre de Jesucristo, para probar su resurreccion. Convirtieron á muchos judios, y entre otros un gran número de Sacerdotes, los cuales reconocieron á Jesucristo por el Mesias. Los Príncipes de los Sacerdotes y los Senadores del pueblo Judayco, no dejaron nada que hacer para tapar la boca á los Apóstoles, pero todo fue inútil. Estos continuaron publicando la resurreccion de Jesucristo con la misma intrepidez que la vez primera: no se espantaron, ni de las prohibiciones, ni de las amenazas que les hicieron, ni de las persecuciones que les suscitaron, ni de las penas que les impusieron. Desde Jerusalem se esparcieron luego en el resto de la Judéa, y desde la Judéa, en todo el universo; y aunque perseguidos furiosamente en todas partes; hicieron, no obstante, grandes conquistas á Jesucristo: y

antes que muriesen, formaba ya el cristianismo una sociedad inmensa.

Tu ves por tí mismo, mi querido Teotimo, que si la relacion de S. Lucas, autor del libro de las actas de los Apóstoles es fiel, resulta evidentemente que Jesucristo resucitó. Aquel, á quien tantos milagros tan grandes, tan inauditos hasta entonces, y obrados en un pequeño espacio de tiempo, y como á la vez para justificar la resurreccion, no le dejarán convencido de la verdad de esta resurreccion, no merecería el nombre de hombre, á lo menos si para ser hombre, es necesario tener la razon por patrimonio.

Para negar la resurreccion de Jesucristo, es preciso, pues, tratar de falsa la narracion del libro de las actas de los Apóstoles; y sostener que este libro no es mas que un tejido de fábulas: porque si esta narracion es fiel y conforme á la verdad, es evidente que Jesucristo resucitó; mas ¿cómo un entendimiento recto y despejado podria dudar que esta nar-

racion es fiel? Todo lo que hemos dicho en la primera conferencia de esta segunda parte sobre la autenticidad, la verdad y la divinidad de los libros evangélicos, conviene perfectamente al libro de las actas de los Apóstoles, como que no es otra cosa sino una continuacion del libro de los Evangelios, que ha sido compuestó por San Lucas, uno de los cuatro Evangelistas, y testigo ocular de todo lo que ha escrito. Este libro tiene los mismos caractéres que los libros del Evangelio: el mismo candor, la misma imparcialidad en la narracion, la misma simplicidad, y la misma sencillez en el estilo. El se escribió en el mismo tiempo que acaecieron los sucesos que refiere, ó cuando estaban todavia recientes. La prueba de ello, es que siempre se le halla entre las manos de los cristianos, remontando desde nuestro tiempo hasta el de Poncio Pilatos. Está demostrado por las mismas razones que hemos espuesto, hablando de los libros del Evangelio, que el libro de las

Actas de los Apóstoles no sufrió jamás alteración alguna considerable, y es constante que jamás los judíos, ni los que había cuando pareció este libro; ni los de los tiempos posteriores, hicieron reclamación alguna contra el contenido de este libro: luego se evidencia que es muy fiel, porque los judíos que han negado siempre la resurrección, y que la niegan todavía; no habrían dejado por cierto de negar también los milagros y otros hechos que prueban esta resurrección, si les hubiera sido posible.

No insistiré más sobre todos estos puntos, porque me propongo volver á ellos en el curso de esta conferencia cuando lo exija el asunto; y por otra parte, estamos tan ricos de pruebas, que podemos, sin perjuicio de causa, abandonar algunas, y no cuidar de dar á otras toda la fuerza y claridad que tienen.

Cuatro hechos son constantes, mi querido Teotimo, y confesados de todo el universo. 1.º: Que Jesucristo tuvo discípulos, y entre ellos doce

mas distinguidos que los otros, á quienes él mismo dió el nombre de Apóstoles. 2.º: Que algunas semanas después de la muerte de Jesucristo, los Apóstoles (a) publicaron altamente en Jerusalem y en toda la Judea, y seguidamente en todo el universo que su divino Maestro había resucitado, y que ellos lo habían visto lleno de vida, &c. 3.º: Que los Apóstoles persuadieron esta resurrección á un gran número de judíos, y á un mayor número de gentiles; de tal modo, que antes de su muerte formaban ya los cristianos una sociedad inmensa. 4.º: Que los cristianos de todos los tiempos, empezando desde el primer origen del cristianismo hasta nuestros días, no solo han creído la resurrección de Jesucristo, sino que han mirado además el dogma de esta Resurrección como el punto capital

(a) Entonces no quedaban sino once de la creación de Jesucristo; pero San Matías había sido puesto en lugar de Judas por los Apóstoles.

de su fe, y como el cimiento de toda su religion. En efecto, cómo Jesucristo ha probado definitivamente con su resurreccion (esplicándome así) la divinidad de su mision y de su persona, es evidente que todo el edificio de la religion cristiana se eleva sobre la resurreccion de Jesucristo; de manera, que si Jesucristo no ha resucitado todo este edificio cae, y se arruina por sí mismo. Estos cuatro hechos, lo repito, Teotimo, son constantes por confesion de todo el mundo, y jamas se ha encontrado, ni judios, ni paganos, ni filósofos, ni hereges que se hayan atrevido á negarlos.

En esta suposicion, digo: segun estos cuatro hechos, no pueden formarse sino tres hipótesis ó suposiciones, relativamente á la resurreccion de Jesucristo. La primera, es que Jesucristo resucitó verdaderamente al tercero dia despues de su muerte, como lo habia anunciado: que despues de su resurreccion se apareció varias veces á sus discípulos durante

el curso de cuarenta dias; y que, en fin, al cabo de ellos subió á los cielos en su presencia.

La segunda, es que los Apóstoles creyeron de buena fe que habian visto á Jesucristo resucitado, aunque no fue nada, y solo vieron una fantasma que los alucinó: que publicaron seguidamente esta Resurreccion soñada, con la misma sencillez que la habian creído: que á fuerza de repetirla, y repetir que habian visto á Jesucristo, lo hicieron creer tambien á muchos judios, y á un número crecido de gentiles y estos á otros: que habiendo llegado esta falsa persuasion á comunicarse y estenderse de unos en otros, y pasado así de una ciudad á otra, al fin ha ocupado el mundo entero, que tambien se ha hallado cristiano por la mas singular de todas las casualidades. En esta suposicion, los Apóstoles, como se ve, han sido hombres inocentemente engañados y engañadores, y nada mas.

La tercera suposicion, es que habiendo compuesto los Apóstoles en

tre ellos la fábula de la resurreccion de Jesucristo, la publicaron en Jerusalem, y seguidamente en todo el universo como una historia verdadera; que tuvieron talento y dicha para hacerse creer; y que de aqui nació la religion cristiana, por los mismos progresos y el mismo favor de la casualidad que hemos dicho arriba. En esta suposicion han sido los Apóstoles impostores y malvados. Tu sonries, Teotimo, porque aunque jóven y poco instruido todavía, te hallas como sorprendido de la estravagancia y ridiculez que adviertes en estas dos últimas suposiciones: suspende no obstante el juicio un poco tiempo; y á fin de conocer mejor la fuerza de los razonamientos que voy á hacer, pórtate como una persona que duda, y necesita ser convencida.

Confieso, pues, y voy á probarlo con la última evidencia, que de las tres suposiciones que acabo de hacer, la segunda y la tercera son estravagantes, y absolutamente insoportables: que por consecuencia es preciso

atenerse á la primera, cuya verdad se demuestra, luego que las otras dos son reconocidas por falsas.

Discutamos desde luego sobre la segunda suposicion, y veamos si puede juzgarse ó sospechase con alguna verosimilitud que los Apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo, que han dado testimonio de su resurreccion han sido hombres engañados, que han creído de buena fe haber visto resucitado á Jesucristo, aunque asi no era.

Observemos sobre esto, Teotimo: 1º: Que no hay nada en el mundo mas difícil de creer que la resurreccion de un muerto, porque tampoco hay nada en él mas maravilloso ni mas extraordinario. Los hombres en general no prestan fe á esta clase de hechos sino cuando los ven, ó los ven atestiguados por testigos oculares, y libres enteramente de toda tacha y sospecha. En este género, no son los ignorantes y los idiotas mas fáciles de persuadir que los hombres de entendimiento y los sabios. En

virtud de este principio sacado del buen juicio y de la experiencia, debíamos suponer que los Apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo no han creído ligeramente que había resucitado, á menos que no tuvieramos pruebas de lo contrario.

Obsérvenos en segundo lugar que es constante, según la relación de los Evangelistas, que los Apóstoles (aunque Jesucristo les hubiese anunciado varias veces que resucitaría al tercero día) no estaban dispuestos á creer la Resurrección sobre su palabra: que querían otras pruebas; pruebas de hecho, pruebas claras y palpables: que querían, en una palabra, que Jesucristo mismo, resucitado ya, les tragese la noticia de su Resurrección. En el Evangelio se ve, que durante los tres primeros días después de la muerte de Jesucristo, los Apóstoles y los discípulos permanecieron en la incertidumbre y en la perplejidad: los discípulos de Emaus se lo dieron á entender

así con sencillez al mismo Jesucristo cuando se les apareció en forma de caminante. También se ve en él, que cuando las santas mugeres vinieron á decir á los Apóstoles que Jesucristo había resucitado, y que ellas lo habían visto, los Apóstoles trataron de vision y sueño cuanto les contaron. Se ve en él, además, que habiéndose aparecido Jesucristo á los apóstoles, en ausencia de Santo Tomas, éste no quiso jamás prestar fe á lo que le dijeron, protestando altamente que nunca creería que Jesucristo había resucitado, sino viéndolo con sus propios ojos, y metiéndole el dedo en las llagas de sus manos y sus pies, y su mano en la del costado; y que persistió en su incertidumbre, á pesar de cuanto pudieron decirle, hasta que el mismo Jesucristo le hubo dado todas las pruebas que exigía de su resurrección. En él se ve, por último que Jesucristo, antes de subir á los cielos, hizo á todos los Apóstoles reconvencciones, porque no habían querido creer á los que les aseguraban que ha-

bia resucitado, y que lo habian visto. He aqui lo que se ve en todo el evangelio; y aparte de todos los caracteres de verdad que se observan en este libro sagrado, cada uno conoce en sí mismo, que no hay nada en el mundo mas verosímil que todas estas particularidades, porque estan perfectamente en la naturaleza, y que cada cual se da testimonio á sí mismo de que no hubiera creído la resurrección de Jesucristo sin haber tenido pruebas convincentes de ella.

Luego es evidente, que si los Apóstoles se persuadieron á que Jesucristo habia resucitado, no fue ligeramente, y sin haber tenido pruebas de ello. Si me preguntas, que pruebas son estas; te responderé, que eran las diferentes apariciones de Jesucristo explicadas en los libros evangélicos, y en las actas de los Apóstoles. Esto es tambien evidente en la suposición que discutimos; porque por una parte, segun la suposición que discutimos, los Apóstoles han creído de buena fe que Jesucristo habia resucitado y no

han sido otra cosa sino hombres engañados; y por otra es cierto, que los apóstoles mismos y los discípulos son los autores de los libros sagrados, en donde estan espresas las diferentes apariciones de Jesucristo: luego estas apariciones explicadas en los libros evangélicos y en las actas de los Apóstoles, son tambien ciertas; porque si no lo fueran, se evidenciaría que los apóstoles no habrian creído de buena fe que Jesucristo habia resucitado, y ya no seria menester mirarles como hombres engañados sino como engañadores; lo que es contrario á nuestra hipótesis.

Todo, pues, está reducido aqui á saber si las diferentes apariciones de Jesucristo, relacionadas en los cuatro libros del evangelio, y en el de las actas de los Apóstoles, fueron reales, ó imaginarias solamente: si los Apóstoles vieron verdaderamente á Jesucristo, ó si solo creyeron verle, quando lo que tenían delante de los ojos no eran mas que una fantasma que los alucinaba. Ahora, Teotimo, sosten-

go yo, que no puede convenirse en que los Apóstoles tuvieron por ciertas las apariciones relacionadas en el evangelio y en las actas de los Apóstoles, sin confesar al mismo tiempo, que estas apariciones fueron reales, y no imaginarias, que fue el mismo Jesucristo á quien vieron los Apóstoles, y no una fantasma que se burlaba de ellos; y que trara de visionarios á los Apóstoles, es la mas descabellada y loca de todas las visiones.

En efecto, mi querido Teotimo, tu y yo concebimos muy bien, y todos los hombres lo hacen tambien como nosotros, que un hombre sobresaltado de terror pánico, agitado de alguna pasion violenta, por efecto de un repentino deslumbramiento, ó por otras mil causas naturales, puede creer que una persona que ha conocido cuando ésta vivía, se le ha aparecido despues de su muerte, sobre todo si se estimaba mucho, ú aborrecia á esta persona, como por egemplo, su padre, su esposa, su amigo, su rival, su enemigo ó su tirano. Mil egemplares

consignados en las historias, y lo que nos sucede á todos cuando dormimos, prueban que el poder de la imaginacion llega hasta allí. La turbacion de todas las facultades del alma y de todos los sentidos, les precede, les acompaña y les sigue. Jamas los que tienen estas apariciones ven de un modo neto á los que se les aparecen; jamas se acuerdan bien distintamente de lo que han visto. Rara vez suceden estas apariciones en pleno día, y todavia suceden mas rara vez, sobre todo uniformemente, á mas de una persona á un mismo tiempo.

Pero que mas de cien personas del uno y otro sexo, todas diferentes en edad, carácter y complexion, vean habitualmente, durante el espacio de cuarenta días, á un hombre resucitado, en pleno día, tan presto estando todas juntas, y tan presto separadas: que todas le vean de la misma manera, y siempre bajo su forma natural, y en los mismos términos que lo habian visto antes que muriese: que este hombre resucitado les habla, y tie-

ne con ellas discursos perfectamente conformes á todo quanto les habia dicho antes de su muerte; que les enseña sus llagas, que se las hace tocar, que se pasea, que come y bebe con ellas, y en su presencia; y que, sin embargo, todas las apariciones de este hombre sean puramente fantásticas; esto es, Teotimo, lo que no concebimos ciertamente, ni tu, ni yo, ni ningun hombre de este mundo: y desafío á que hallen en ninguna historia un solo exemplo de una ilusion tan constante y tan universal de todos los sentidos, sucedida toda á un tiempo á tantas personas.

Ve aqui sin embargo lo que es preciso que digan sucedió á los apóstoles y á los otros discípulos de Jesucristo, en la suposicion, bajo la cual razonamos ahora. No exagero nada: quanto acabo de decir se lee, palabra por palabra, en los libros del evangelio, y en las actas de los apóstoles.

En vano recorrerian el mundo entero para encontrar doce personas tocadas de una misma mania: si suce-

diera en alguna parte que doce personas fueran tocadas súbitamente y todas juntas, de una misma mania: que todas estas personas se imaginasen que veian una misma fantasma, y que la veian de un mismo modo, esto se miraria como un prodigio. La noticia de este fenómeno, tan vergonzoso para nuestra naturaleza, se comunicaria á todo el universo: y ¡querrian que mas de cien personas, hombres y mugeres, todas con un entendimiento sano y un juicio perfectamente libre, hayan podido imaginar que veian á Jesucristo, que le oian, que lo tocaban, que conversaban y comian con él, sin que Jesucristo mismo estuviese presente delante de ellas; y esto no en la obscuridad de la noche, sino en pleno dia; no en un rápido instante, sino durante cuarenta dias enteros! Si esto es posible, no es otra cosa, sino el trastorno universal de casi todas las leyes de la naturaleza: si esto sucedió, es un milagro, y puede ser, el mayor de todos los milagros. Si los apóstoles las santas mugeres, y los

otros discípulos de Jesucristo han sido cuarenta días el juguete de un fantasma, es necesario decir, que el milagro de ilusión ha sido á lo menos, tan grande como el milagro de la resurrección.

Ahora, milagro por milagro, es evidente, que el simple buen juicio, la equidad y el respeto debido al Sér Supremo, deben determinarnos á creer el milagro de la resurrección, y desechar el milagro de ilusión. El primero no es mas difícil en sí mismo, que el segundo: el primero es una continuación natural, y necesaria de otros mil milagros que le habian precedido; y el segundo no tiene ni puede tener motivo alguno razonable, y que contente á un hombre juicioso. El primero es digno de la magestad y santidad de Dios: y el segundo deshonor á este Sér Supremo, pues que no habria sido hecho sino para inducir á error á los hombres. El primero deja en su integridad todas las leyes generales que Dios ha establecido para gobierno del mundo físico,

pues que no es mas sino una escepcion pasagera y sin consecuencia, de una sola de aquellas leyes, y el mismo milagro no perjudica ciertamente á las leyes generales, con las cuales gobierna Dios el mundo moral: el segundo al contrario, se opone visiblemente á las leyes generales, con las cuales se gobierna el mundo físico; porque es una escepcion durable y constante de la mayor parte de estas leyes, que las hace dudosas y sospechosas, y este mismo milagro aniquila una de las principales leyes, con las cuales gobierna Dios el mundo moral; quiero decir, la fidelidad de la relacion de los sentidos, que es el primer principio de la certeza de los hechos; de tal manera, que si es cierto que el milagro de ilusión, de que hablamos, ha sido hecho, es cierto al mismo tiempo por una consecuencia necesaria, que nosotros no tenemos seguridad de nada, porque si mas de cien personas, durante cuarenta dias, han podido ver tan presto juntas, y tan presto separadas á Jesucristo re-

sucitado, oírle, hablarle, comer y beber con él, y esto en pleno día, y todas del mismo modo siempre, sin que Jesucristo hubiese resucitado efectivamente, ¿quién nos ha dicho que todos nuestros sentidos no nos engañan, y engañan siempre? Si todos los sentidos, pueden durante cuarenta días, engañar mas de cien personas con falsas apariencias, tambien pueden engañar á cuarenta mil, y á cuarenta millones, durante cuarenta mil años; y si se quiere, durante cuarenta millones de años. No es mas fácil lo uno que lo otro; y si esto es así, ¿se yo si ha habido una República Romana, un Julio César y un Cicerón? ¿se yo si hay una Ciudad de Paris ó de Londres? ¿sé yo tampoco si hay un sol y unos astros? Todo lo que ciertamente sé es, que yo existo; pero si todo lo que yo llamo el cielo, la tierra, el género humano, el mundo, el universo, son cosas reales, ó son solamente una inmensa fantasma que por todas partes me rodea, es lo que ignoro perfectamente.

Semejantes á estos, mi querido Teotimo, son los absurdos que nacen de la suposicion sobre la cual discurremos. No puede realizarse esta hipótesis, sin admitir todos estos absurdos. Y observa de paso, que los que digesen que esta larga ilusion, en la cual se supone aqui que los Apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo han estado durante cuarenta días, nada tenia que no fuese natural, dieran con esto mismo una nueva fuerza á nuestros argumentos; porque en ese caso sería mas evidente todavia, que nosotros no tenemos principios ciertos para hacer juicio de la fidelidad de las impresiones de nuestros sentidos: que no tenemos seguridad de ningun hecho: que todo lo que aparece fuera de nosotros, no existe tal vez sino en nuestra imaginación: que toda nuestra vida no es tal vez mas que un sueño, y todas las historias, inmensas recopilaciones de sueños de todo el género humano; y que en fin, Dios no ha criado al hombre sino para engañarle.

En dos palabras, Teotimo, la resurreccion de un muerto es una cosa posible. No hay un solo hombre, entre los que admiten la existencia de un Dios Criador del mundo, que se atreva á negar esta proposicion. Si la resurreccion de un muerto es posible, la de Jesucristo lo es tambien, y si la resurreccion de Jesucristo es posible, puede suponerse que Jesucristo resucitó efectivamente. Supongamos, pues, por un momento, que Jesucristo resucitó: en esta suposicion, pregunto, si Jesucristo podia dar á sus Apóstoles y á sus otros discípulos pruebas mas convincentes de su resurreccion que apareciéndoseles lleno de vida en su estado natural, y como le habian visto siempre, y esto durante el espacio de cuarenta dias. No, sin duda, vuelvo al asunto y digo: ó las apariciones de Jesucristo á sus Apóstoles y á sus otros discípulos fueron reales, ó solo fueron imaginarias y fantásticas. Si fueron reales, luego Jesucristo resucitó; y si fueron imaginarias y fantásticas, luego Dios

hizo, ó á lo menos permitió en esta ocasion para acreditar la mentira, todo cuanto habria podido hacer para confirmar la verdad.

Los adversarios de la religion, mi querido Teotimo, se ven obligados á abandonar la segunda suposicion (de la cual acabamos de demostrar lo ridículo y absurdo) para rebatir la tercera, y decir que los Apóstoles, de concierto con los otros discípulos de Jesucristo compusieron la fábula de la resurreccion de su comun Maestro, y la publicaron seguidamente en Jerusalem, y desde allí en todo el universo, segun se ha dicho antes; pero tomar este partido, es arrojarse en un precipicio por evitar otro, como lo vas á ver ahora.

La tercera suposicion que hemos hecho, mi querido Teotimo, y que es menester examinar ahora es, que no habiendo resucitado Jesucristo, como lo habia anunciado tantas veces, los Apóstoles y los otros discípulos compusieron entre ellos la fábula de la resurreccion: que todas las apari-

ciones de Jesucristo, su Ascension á los cielos, la venida del Espíritu Santo sobre ellos; en una palabra, toda esta parte de la relacion de los evangelios y de las actas de los Apóstoles, relativa á la resurreccion de Jesucristo, es invencion suya: que ni los Apóstoles, ni los discípulos vieron tal cosa, ni la vió tampoco ningun hombre de este mundo: que los Apóstoles y los discípulos, compuesta ya por ellos esta fábula, segun lo hemos dicho, formaron el vasto y asombroso designio de publicar desde luego en la Judea, y seguidamente en todo el universo, esta resurreccion supuesta como muy verdadera, y hacer adorar á Jesucristo como Dios desde luego por los judios, y luego por los otros pueblos: que llevaron esta empresa inaudita, con un valor tambien inaudito, y que tuvieron la dicha que todo el mundo vé, la cual es asimismo mas inaudita que su mismo valor. Acuérdate ahora, de que estos Apóstoles y estos discípulos de quienes hablamos, eran pescadores y

hombres de nada ¿Qué dices, Teotimo? ¿Qué impresion hace en tu espíritu la primera ojeada de esta suposicion? Parece que te hallas sorprendido, y no me respondes sino con una irónica sonrisa, cuyo sentido entiendo muy bien. ¡Ah! ¿qué será, pues, cuando yo haya espuesto claramente todas las circunstancias de esta grande pretendida impostura? Entonces admiraremos ambos todo el poder de la casualidad, á aquel Dios de los nuevos filósofos que ha hecho segun ellos, lo que apenas podriamos concebir que hubiera podido hacer el Dios Soberano, Criador del cielo y de la tierra, si no lo viéramos con nuestros propios ojos; ó mas bien entonces podremos á nuestro gusto y eleccion, ó reir como hombres, de lo ridículo y extravagante que tienen los estravios de estos pretendidos sabios, ó deplorar y compadecer como cristianos, lo que estos mismos estravios tienen de funesto para ellos, y para todos los que los escuchan.

Entremos, pues, en los porme-

nores: siento desde luego, Teotimo, y voy á probarlo, que no puede recibirse la hipótesis que aquí examinamos, sin admitir diez paradojas, á cual mas absurda y que todas juntas forman como un laberinto de absurdos y de contradicciones palpables, donde el entendimiento humano se pierde sin poder encontrar jamas el desenredo.

Primera paradoja. Los Apóstoles, de concierto con los otros discípulos de Jesucristo han imaginado, dicen, la fábula de la resurreccion de su Maestro en los mismos términos que se lee en los libros del evangelio, y en el de las actas de los Apóstoles, y despues la han publicado en todo el universo como una historia verdadera. Y yo pregunto á los que hablan asi, ¿cuál es el interes que determinó á los Apóstoles y á los discípulos á inventar esta grande impostura? ¿Es un interes de religion? Pero la religion aborrece la mentira, el fraude y la impostura. ¿Es un interes de codicia? Pero los Apóstoles y los discípulos fueron los hom-

bres mas desprendidos de las riquezas: los primeros lo habian dejado todo por seguir á Jesucristo; y los segundos lo vendieron todo por imitar á los primeros. Ninguno de ellos se formó un establecimiento sobre la tierra. ¿Es un interes de tranquilidad y de reposo? Pero ellos pasaron toda su vida en continuos viages, en la agitación de las persecuciones, en los peligros y sobresaltos. ¿Es un interes de gloria personal? Pero ellos no recogieron otro fruto de sus predicaciones, sino contradicciones, oprobios y suplicios; y por otra parte, ¿qué gloria hay en ser apóstol de la mentira? ¿Es el interes de la gloria de su maestro? Pero si Jesucristo no habia resucitado, despues de la promesa que habia hecho, es evidente que ellos no le debian ya sino aborrecimiento, por haberlos burlado, ó despreciado viendo que él mismo se habia engañado y alucinado.

Segunda paradoja. Pero dirán, esta empresa de los Apóstoles, fue en ellos efecto del entusiasmo en que Je-

sucristo los había puesto, y del fanatismo que les había inspirado; porque en nuestro tiempo, estas dos palabras, *fanatismo* y *entusiasmo*, se han hecho de un gran valor para explicarlo todo: ellas y la casualidad lo han hecho todo en el mundo, según nuestros nuevos filósofos. Pero, 1º: Yo pregunto, ¿de qué modo había Jesucristo hecho caer á los apóstoles en el entusiasmo y en el fanatismo? Sin duda era con sus milagros: luego Jesucristo había hecho los milagros que constan en el evangelio; y si Jesucristo había hecho estos milagros, luego hizo también el de su resurrección como le hemos manifestado arriba. 2º: Yo apelo á la buena fe de todo hombre imparcial, para probar que los apóstoles y los discípulos de Jesucristo compusieron entre ellos la fábula de su resurrección: ¿basta suponer para ello que todos, y todos juntos, fueron embargados de este pretendido *entusiasmo* y *fanatismo*? ¿No sería preciso alegar sobre esto hechos, y hechos bien caracterizados?

3º: Convengo en que nada hay más fácil en el mundo, ni más cómodo al mismo tiempo, que decir con sangre fría afectada, ó con un tono decisivo el *entusiasmo*: el *fanatismo*. Esta respuesta es corta, y dispensa toda reflexión y todo examen de hechos; pero debe convenirse conmigo en que nada es más difícil que el explicar este *entusiasmo* y este *fanatismo*: ve ahí más de cien personas, hombres y mujeres, toda gente de nada, ignorantes y groseros, de quienes el *fanatismo* y el *entusiasmo* se apoderan de repente en el acceso de su piadoso ó impio delirio, llámenle como quieran, y forman el más grande designio que jamás monarca alguno haya formado. El designio, digo, de persuadir al mundo que un hombre muerto en una cruz había resucitado por su propia virtud, y que este es el Dios Soberano á quien deben adorar todos los hombres. No tienen esperanza alguna de conseguirlo. A un tiempo arriesgan su reposo, su honor, su libertad, su vida y su salvación eter-

na. Nadie puede aclarar el interes que los mueve á formar este inconcebible proyecto. Ellos lo forman sin embargo, y hacen mas, que es el egecutarlo. El mismo *entusiasmo* que los habia inflamado, cuando estaban juntos, continúa impulsándolos, cuando estan separados por las mas vastas regiones, y por los inmensos espacios de los mares, y á todos impulsa de un mismo modo, á todos inspira el mismo ardor, la misma actividad, la misma constancia, y todo esto hasta su último suspiro. ¡O poder del *fanatismo*! ¡O virtud incomprensible del *entusiasmo*! Ve aqui lo que es menester explicar; mas no es eso todo: prepárate para nuevas sorpresas.

Tercera paradoja. Los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo eran gentes de nada, sin letras, sin cultura de entendimiento, y quieren que estos hombres hayan inventado cuanto se halla en el evangelio y en las actas de los Apóstoles relativamente á la resurreccion de Jesucristo; y pregunto yo: 1.º: ¿Cómo unos hombres de es-

te carácter han podido imaginar hechos tan maravillosos, tan bien circunstanciados, y tan verosímiles á un tiempo, con respecto á lo restante de la historia de Jesucristo? ¿Cómo pudieron escribirlos con un estílo tan natural, tan simple tan sencillo, tan exento de todo artificio y sutileza? Porque, en fin, ellos debian desconfiar á un tiempo, tanto de su asunto, como del público, y de ellos mismos. Y todo escritor que desconfia de su asunto, de sus lectores y de sí mismo, imprime, por decirlo así sus desconfianzas, en sus escritos, y esto como á pesar suyo. Palía ciertas cosas, hermosea otras; á veces es obscuro de propósito: se conoce que quiere engañar á sus lectores; en una palabra, se le descubre, porque se ve que se oculta: luego; de dónde viene, ó de qué procede, que nada se ve de todo esto en las diferentes relaciones que los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo han escrito de su resurreccion? ¿Nada que huela á desconfianza, nada que no respire la sinceridad,

la buena fe, y la mayor seguridad? Pregunto en tercer lugar, ¿cómo los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo, siendo lo que hemos dicho, y como lo hemos pintado, han sabido dar á las diferentes apariciones de Jesucristo (que ellos han imaginado) tanta grandeza y dignidad, que no hay hombre de razón que no conozca que de este modo debía salir de su sepulcro un Hombre Dios, muerto voluntariamente por la salvación del género humano? ¿Qué de este modo debía hablar y obrar después de haber salido de él? ¿Cómo han tenido el arte de enlazar tan bien los sucesos de la resurrección de Jesucristo con los de su vida y su muerte, que es evidente que esta última parte de su historia es hecha por las que la han precedido, y forma con ellas el todo más completo que puede imaginarse? luego es una gran locura pretender, que los apóstoles y los discípulos han inventado esta última parte de la historia de Jesucristo, á menos que no pretendan al mismo tiempo que la

inventaron toda; y pretender que la han inventado toda, es la locura mayor de todas las locuras, como lo hemos manifestado en otra parte.

Cuarta paradoja. Los apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo eran unos hombres sin firmeza ni valor, como lo prueba el evangelio, y lo hemos dicho más arriba; y por otra parte, tenían unos entendimientos limitados y groseros, como acabamos de decirlo. Pues ¿cómo se atreverían á formar una empresa, cuya ejecución exigía unas almas más firmes, y más intrépidas que las de Alejandro y César, y al mismo tiempo unos ingenios más vastos y más fecundos en recursos, que los de estos héroes tan ponderados? ¿Cómo el mismo Apóstol que había negado á Jesucristo vivo, en presencia suya, ante los príncipes de los sacerdotes; cómo, cómo este mismo Apóstol habría tenido la constancia de anunciar a estos mismos príncipes de los sacerdotes, que habían sido testigos de sus negaciones y de sus blasfemias, la resurrección

la buena fe, y la mayor seguridad? Pregunto en tercer lugar, ¿cómo los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo, siendo lo que hemos dicho, y como lo hemos pintado, han sabido dar á las diferentes apariciones de Jesucristo (que ellos han imaginado) tanta grandeza y dignidad, que no hay hombre de razon que no conozca que de este modo debía salir de su sepulcro un Hombre Dios, muerto voluntariamente por la salvacion del género humano? ¿Qué de este modo debía hablar y obrar despues de haber salido de él? ¿Cómo han tenido el arte de enlazar tan bien los sucesos de la resurreccion de Jesucristo con los de su vida y su muerte, que es evidente que esta última parte de su historia es hecha por las que la han precedido, y forma con ellas el todo mas completo que puede imaginarse? luego es una gran locura pretender, que los apóstoles y los discípulos han inventado esta última parte de la historia de Jesucristo, á menos que no pretendan al mismo tiempo que la

inventaron toda; y pretender que la han inventado toda, es la locura mayor de todas las locuras, como lo hemos manifestado en otra parte.

Cuarta paradoja. Los apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo eran unos hombres sin firmeza ni valor, como lo prueba el evangelio, y lo hemos dicho mas arriba; y por otra parte, tenían unos entendimientos limitados y groseros, como acabamos de decirlo. Pues ¿cómo se atreverian á formar una empresa, cuya egecucion exigía unas almas mas firmes, y mas intrépidas que las de Alejandro y César, y al mismo tiempo unos ingenios mas vastos y mas fecundos en recursos, que los de estos héroes tan ponderados? ¿Cómo el mismo Apóstol que habia negado á Jesucristo vivo, en presencia suya, ante los príncipes de los sacerdotes; cómo, cómo este mismo Apóstol habria tenido la constancia de anunciar a estos mismos príncipes de los sacerdotes, que habian sido testigos de sus negaciones y de sus blasfemias, la resurreccion

de Jesucristo, sabiendo no obstante que no habia resucitado? Los Apóstoles eran hombres sin elocuencia, y por otra parte no tenían nada de lo que puede, ó suplir la elocuencia, ó favorecer los esfuerzos; sin nacimiento, sin crédito, sin autoridad, sin consideracion; ¿cómo, pues, se atreverían á formar un proyecto cuya ejecución pedia un don de persuasion infinitamente superior á aquel con que los Sócrates, los Platones, los Demóstenes y los Cicerones, se hicieron admirar de todo el universo: En fin, no habiendo resucitado Jesucristo, como lo trae la hipótesis sobre la cual discurremos, y queriendo sin embargo los apóstoles, de acuerdo con los discípulos, y contra todas las luces de su conciencia, persuadir su resurreccion á todo el universo; es claro, 1.º: Que su empresa era una empresa puramente humana, que por consecuencia no podia tener efecto sino por medios humanos, y todos los medios humanos les faltaban absolutamente. 2.º: Esta empresa era la mas temeraria de to-

das las empresas, porque de nada menos se trataba que de abolir todas las religiones del mundo, y por consecuencia los Apóstoles debían estar bien ciertos de que tendrían contra ellos todos los pueblos de la tierra. 3.º: En fin, esta empresa era la mas criminal de todas las empresas; esto era, hablando con propiedad, una conjuracion contra el mismo Dios, á quien los Apóstoles querían dar un rival en la persona de Jesucristo, y por consecuencia debían estar ciertos de tener á Dios contra ellos. ¿Cómo, pues, entre tantos hombres no se halló uno siquiera que se espantase, ó de la multitud de dificultades ó de lo grande de los peligros, ó de la enormidad del crimen que iba á cometer? ¿ni uno siquiera que cediese, ó á sus remordimientos, ó á sus sobresaltos: ni uno siquiera que se apartase de este proyecto, y que se desprendiese de sus cómplices? En una palabra, ¿cómo pasó este proyecto de una voz unánime y sin contestacion en un consejo de ciento y veinte personas?

Quinta paradoja. No habiendo resucitado Jesucristo, y habiendo formado los Apóstoles y discípulos, concertados entre sí, y contra su propia evidencia el proyecto de publicar su pretendida resurreccion, todos los empeñaba á dispersarse desde luego en los diferentes cantones de la Judea, y sobre todo en los parages donde Jesucristo habia hecho mas milagros, y en donde era mas venerado su nombre; á hacerse en ellos prosélitos, secretamente, y á no atacar á Jerusalem (si puedo explicarme así) hasta que se hallasen en estado de hacerla temblar. De este modo se fortifica en las tinieblas una cábala, antes de llegar á manifestarse. Todo, pues, debia obligar á los Apóstoles á tomar este partido: lo corto de su número, la poca consideracion de que gozaban, y el aborrecimiento todavía vivo de la Sinagoga y del pueblo Judayco contra su Maestro. ¿No es evidente que publicando desde luego en medio de Jerusalem y todos juntos, que Jesucristo habia resucitado, se

esponian al mas inminente y manifiesto peligro de ser todos arrestados al instante, y condenados á muerte, y á ver ahogado en su propia sangre en el momento de nacer, ó á lo menos de aparecer su proyecto? Pues ¿por qué tomaron este último partido? Suplico se me de una razon de ello, que tenga alguna verosimilitud.

Sesta paradoja. Si es cierto que los Apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo compusieron entre sí la fábula de la pretendida resurreccion de Jesucristo para publicarla seguidamente en todo el universo, como una historia verdadera, ¿por qué entre tantas personas no se ha encontrado una siquiera que haya revelado este secreto, ni aun en medio de los tormentos mas crueles? Y lo que todavía admira mas, ¿por qué no se ha hallado uno siquiera que lo haya confiado á su padre, á su esposa, á su amigo íntimo, ó á alguno de aquellos que habia empeñado en su partido? ¿Cómo ha permanecido este secreto tan profundamente sepultado en

tantos corazones, que no puede citarse hecho alguno, no digo que pruebe positivamente, sino que dé el menor motivo de conjeturar ó sospechar que los Apóstoles y los discípulos hayan querido engañar al mundo? ¡Ah! Qué almas las de los Apóstoles, y las de los discípulos! y sin embargo eran hombres del desecho del pueblo, ignorantes y groseros.

Séptima paradoja. Cuando leo el libro de las actas de los Apóstoles, las Epístolas de S. Pedro, de S. Pablo, de S. Juan, de Santiago y de S. Judas, veo que los Apóstoles anunciaban la resurrección de Jesucristo y su Divinidad, como hombres que hablan de lo que han visto, de lo que han oído, y de lo que han tocado, para servirme de la espresion de uno de ellos; esto es, con la mayor seguridad. Yo no noto, ni en sus discursos, ni en su conducta, ningun estravio, ningun artificio, ningun disimulo, ninguna duda, ni embarazo alguno. Veo, sí además, que toman sobre sus discípulos una autoridad que no puede

convenir sino á hombres que saben que son enviados de Dios; y en efecto, no titubean para decir que lo son. Este tono de autoridad divina se hace conocer en todas las epístolas de los Apóstoles; y sin embargo estos Apóstoles saben muy bien, como se supone, que no predicaban sino mentiras é imposturas; y no obstante, estos eran, á escepcion de S. Pablo, hombres ignorantes y groseros: y yo pregunto sobre esto, ¿cómo unos hombres de este carácter han podido tener tanta confianza en la mentira, como otros habrían tenido en la verdad? ¿Cómo unos impostores han podido tomar, hablando á los cristianos de la Iglesia naciente, este tono de autoridad que cada uno conoce no conviene sino á los enviados de Dios, y sostenerle siempre?

Oitava paradoja. El libro de las actas de los Apóstoles, las epístolas de S. Pedro, de S. Pablo y de los otros; todos los monumentos de los primeros tiempos del cristianismo que han llegado hasta nosotros, testifican que

los Apóstoles predicaron el evangelio en todo el universo, sobre el mismo plan, y esto hasta su muerte, sin que jamás se haya notado la menor variedad entre la enseñanza de los unos y los otros. Por todas partes contaban de un mismo modo el nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de su Divino Maestro; por todas partes anunciaban al mismo Dios, Criador del cielo y de la tierra, subsistiendo en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En todas partes proponían los mismos misterios: en todas partes daban las mismas reglas de costumbres: en todas partes establecían el mismo culto y disciplina para gobierno de la Iglesia. Lo que Pedro enseñaba en Roma, Santiago lo enseñaba en Jerusalem, Juan en Efeso, Tomás en las Indias, &c. Todo lo que aquí digo es tan constante, que cuando después de la muerte de los Apóstoles quisieron ciertos hombres inquietos y orgullosos substituir sus propias opiniones á la doctrina general del evange-

lio, jamás se necesitó para confundirlos otra cosa, sino compararlas con los concilios, y las tradiciones que los Apóstoles habían dejado en las Iglesias que habían fundado. Estas tradiciones eran unas mismas en todas partes, y sobre ellas se formaban decisiones auténticas é irrevocables.

No solamente los doce Apóstoles predicaron por todas partes el evangelio sobre el mismo plan; pero lo más admirable, y que te pido lo consideres bien es, que jamás se vió en ningún Apóstol orgullo alguno, nada de lo que huele á fausto, á ostentación, ó deseo de distinguirse de sus cólegas. Jamás autoridad alguna fué á un tiempo tan modesta, tan dulce y firme, como la que cada uno de ellos egercia. Jamás se vió en ninguno de ellos ni la menor sombra de vanidad ó de ambición. Todo lo que se llama celos, rivalidad, deseo de prevalecer y sobresalir, estuvo desterrado siempre de este venerable colegio. Todos de un comun acuerdo dieron á Pedro el primer lugar y la primera

autoridad: Pedro, durante su vida, conservó su lugar y su autoridad, sin pensar en prevalerse de ella, y sin que nadie imaginase el contestársela. Cuanto aquí digo, Teotimo, lo confiesa todo el universo.

Sin embargo, en la suposición que examinamos, los Apóstoles no eran otra cosa sino una tropa de falsarios é impostores: formaban lo que llaman un partido y una cábala, y en materia de religion, una secta. ¿De dónde, pues, nace que jamas se vió entre ellos nada de lo que caracteriza lo que llaman partido, secta y cábala? ¿Cómo la mas inquieta y turbulenta de todas las pasiones, que es el espíritu de secta y de partido, que los animaba, no produjo jamas entre ellos, ni division, ni rivalidades, ni contestaciones? ¿Cómo esta pasion inquieta y turbulenta que los impulsa á remover todo el universo, y á turbar el reposo de todos los pueblos, los mantiene á todos en la mayor paz? ¿Cómo, en fin, esta pasion inquieta y turbulenta los determinó á todos,

y esto hasta el fin de su vida, á enseñar precisamente por todas partes la misma doctrina, á obrar con tanta sabiduria y constancia, y tan acordes y uniformes en la egecucion del vasto designio que habian concebido? Pues yo pido otra vez que me den una razon suficiente de este fenómeno, ó mas bien prodigio moral, si me es permitido hablar asi.

Nona paradoja. Ya hemos observado que los Apóstoles publicaron en todo el universo la resurreccion de Jesucristo, no solo con el mayor valor é intrepidez, sino tambien con aquel tono de sinceridad y confianza que jamas podrá concebirse, que tantos y tales hombres, como sabemos eran los Apostoles, hayan podido sostener durante toda su vida; pues que apenas concebimos que un solo hombre pudiese en semejantes circunstancias tomarlo y sostenerlo ni un instante. Notemos todavia sobre esto, que estos mismos Apóstoles fueron al mismo tiempo los maestros, y los modelos de la virtud mas pura. Nada es

mas hermoso y mas admirable que su moral, si no son sus egemplos. Cuando se examinan las lecciones que daban á los fieles, se halla en ellas un buen juicio, una precision y una dignidad que asombran y encantan el entendimiento. Todo inspira en sus escritos el mas profundo respeto al Ser Supremo, de quien dan las mas grandes ideas, la sumision mas perfecta á las potestades que gobiernan el mundo, á aquellas potestades que tan cruelmente los perseguian, y la caridad mas tierna y generosa con todos los hombres. En cualquiera estado y situacion que se halle el hombre, siempre encontrará en estos libros divinos la verdadera pauta de sus deberes: todo hombre que se arregle á sus preceptos, perfeccionará su conducta. Pero su vida asombra todavia mas que su doctrina: todo cuanto mandan á sus discípulos, ellos lo practican escelerentemente. Siempre se ve en ellos unos hombres simples, modestos, humildes, pacíficos, llenos de rectitud y sinceridad; inca-

paces de mentir y sutilizar; siempre prontos á hacer bien á todos, y sufriendolo todo con paciencia de todo el mundo: castos, templados, desprendidos de todo, y sobre todo de su propia gloria hasta lo sumo; sin tener por acá en el mundo otras pretensiones sino hacer conocer á Dios á los hombres, reconciliarlos con él, contando por nada su reposo, su honor y su vida, siempre que puedan procurar la gloria de Dios, haciéndole conocer á los hombres, y la salvacion de los hombres, reconciliándolos con Dios.

Estos fueron los Apóstoles, y sin embargo en la suposicion que examinamos, estos Apóstoles no eran mas sino una tropa de impostores y falsarios. Eran otros tantos testigos falsos, y los mas dignos de castigo y mas criminales de todos los testigos falsos, supuesto que levantaban un falso testimonio al mismo Dios, publicando descaradamente en todo el universo, que Jesucristo habia resucitado, no siendo asi: eran, en fin, una

tropa de malvados é impios, todos conjurados á un tiempo contra Dios, á quien querian dar un rival en la persona de Jesucristo: contra su patria, en la cual querian abolir el culto y las leyes; y contra todo el género humano, á quien querian hacer adorar á un hombre crucificado.

Habla con sinceridad, Teotimo: ¿imaginas ó concibes que los Apóstoles hayan podido reunir en sí mismos tantas condiciones: practicar constantemente todas las virtudes, y no tener ninguna: dar las mas bellas lecciones y mas grandes egemplos, siendo profundamente malos y corrompidos: ser á la vez prodigios de santidad, y monstruos de malicia é impiedad: emplear todo lo que la doctrina y los egemplos tienen de mas persuasivo para acreditar la mentira: burlarse con desvergüenza del género humano, y consolarse de todos los males que podian atraerse, siempre que lograran engañar: burlarse, en fin, de su propio reposo,

de su propia vida, de su misma salvacion, y estar contentos con vivir miserables, morir en los tormentos, y caer despues de su muerte en manos de un Dios vengador, siempre que al morir viesen triunfante la impostura? No, Teotimo: tu no concibes que todas estas contradicciones hayan podido juntarse á un mismo tiempo en los Apóstoles. Y sin embargo, si se supone que Jesucristo no ha resucitado, y que los Apóstoles publicaron en todo el universo contra su misma evidencia su resurreccion, es preciso admitir todas estas contradicciones.

Décima paradoja. Si los Apóstoles no fueron sino una tropa de impostores y falsarios, que sabiendo que Jesucristo no habia resucitado, fueron impulsados á publicar su resurreccion en todas las naciones, ó por el celo fanático de la gloria de su maestro, ó por adquirirse ellos mismos un cierto nombre; ó en fin, por cualquiera otro motivo mas estravagante todavia, y sugerido por una

imaginacion singular y artificiosa: si esto es así, ¿qué diremos de los milagros que los Apóstoles hicieron á la vista de todo Jerusalem para testificar la resurreccion de Jesucristo? ¿De estos milagros que vemos estampados en el libro de las actas de los Apóstoles, y cuya verdad jamas han osado negar los judios mismos? ¿Qué diremos de los milagros consignados en toda la historia eclesiástica, que desde diez y ocho siglos á esta parte es la historia de la mayor parte del género humano? Porque, como lo observa San Agustin, siendo la resurreccion de Jesucristo el fundamento de la fe de los cristianos, todos los milagros que estos han hecho, han tenido por principal objeto el probar esta resurreccion. ¿Qué diremos, lo repito, de aquellos milagros que han sido testificados por hombres los mas distinguidos por la grandeza de su alma, por la hermosura de su ingenio, por la profundidad de su sabiduria, por la santidad de su vida, los Agustinos, los Ambrosios, los Tertu-

lianos y otros mil; por los Emperadores y los Reyes, por las ciudades y los pueblos enteros, los cuales aseguran solemnemente haberlos visto? ¿Aquellos milagros reconocidos, confesados, y celebrados universalmente entre los cristianos: aquellos milagros, que despues de la primera predicacion de los Apóstoles, hasta nuestros dias, jamas han faltado en la Iglesia Católica, y jamas se han visto sino en la Iglesia Católica: aquellos milagros, que no solo estan mezclados en todas las historias de las naciones cristianas, con los demas sucesos, sino que están de tal modo entrelazados (si me es permitido decirlo así) con estos sucesos, y tan estrechamente unidos é incorporados, que frecuentemente son las circunstancias principales; de suerte, que no pueden desatarse los milagros de estos sucesos sin mutilarlos y lacerar, por decirlo así, todo el cuerpo de la historia, y hacerlo desconocido? Insi-to, mi querido Teotimo: ¿qué diremos de aquellos milagros, todos hechos para por-

bar la resurreccion de Jesucristo?

Si confiesan la verdad de estos milagros; confiesen, pues, al mismo tiempo que Jesucristo ha resucitado, ó que se atrevan á decir que despues de diez y ocho siglos, Dios trabaja por todas partes y con todas sus fuerzas en acreditar la mentira y la impostura, lo que es el colmo de la impiedad.

¿Dirán que estos milagros son tambien supuestos, como el de la resurreccion? Pero si es asi, ya no hay nada cierto. Quememos todos los libros, destruyamos todos los monumentos de los tiempos pasados, no creamos nada de lo que nuestros padres declaran haber visto, y no creamos ni lo que vemos; porque al fin la noticia de nuestros ojos no es mas segura que la de nuestros oidos. Si nuestros oidos nos engañan, nuestros ojos pueden tambien engañarnos. Neguemos la providencia, y por una ilacion necesaria, la existencia de Dios, y vivamos entregados al acaso, supuesto que el acaso es el solo

Dios que gobierna el mundo, y precipitémonos con los ojos cerrados en el abismo del pirronismo universal. ¿Cómo puede creerse, ó que tantos pueblos que han compuesto la Iglesia católica desde diez y ocho siglos á esta parte, han creído ver milagros sin que se hayan hecho entre ellos, ó que estos mismos pueblos, no habiendo visto milagros, se han atrevido á testificar solemne y publicamente que los habian visto? ¿Quién podrá concebir jamas que la no existencia de los milagros (permíteme este modo de hablar), siendo cierta entre tantos y tan diferentes pueblos por sus costumbres y sus caracteres, no haya sido jamas universalmente reconocida, ó que reconocida universalmente, jamas haya sido confesada? ¿Quién podrá concebir jamas, que tantos pueblos se hayan obstinado durante tantos siglos, no solo en citar sus milagros á los pueblos que se hallaban fuera de su sociedad, y en glorificarse de ellos como de otras tantas pruebas de la divinidad de su religion, sino que

hayan tenido siempre el mismo lenguaje entre ellos, si en efecto no ha habido milagros entre ellos? ¿Es posible que la mitad del mundo haya representado seriamente esta ridícula comedia, y esto por espacio de tantos siglos?

Deduzcamos, Teotimo, que la tercera suposición, según la cual los Apóstoles habrían sido unos hombres artificiosos y embusteros, que en seguida de un acuerdo hecho entre ellos hubieran publicado en todo el universo la resurrección de Jesucristo, aunque convencidos de lo contrario, es á lo menos tan absurda é incapaz de sostenerse como la segunda, según la cual habrían sido los Apóstoles unos hombres engañados, que se hubieran figurado haber visto á Jesucristo resucitado, no habiéndolo sido esta pretendida resurrección sino una fantasma que los alucinaba, y que por consecuencia debemos abandonar esta tercera suposición, así como hemos desechado la segunda, adoptando simplemente la narración de los libros del evangelio

y de las actas de los Apóstoles, tocante á la resurrección gloriosa de Jesucristo nuestro Salvador, y mirando esta dichosa resurrección como el hecho más cierto y mejor probado que jamás hubo, y por consecuencia, como una demostración invencible de la divinidad de Jesucristo.

Pero sobre esto dicen nuestros nuevos filósofos, estos hombres á quienes los hechos que establecen la divinidad de la religión de Jesucristo no parecen jamás bien probados, porque han jurado que Dios no tendrá nunca razón contra ellos: si es cierto que Jesucristo resucitó al tercero día después de su muerte, ¿por qué no se apareció, resucitado ya, sino á sus Apóstoles y á un corto número de sus otros discípulos? ¿Por qué no se manifestó públicamente en pleno día en Jerusalem, y en los pueblos de la Judea que había recorrido durante su primera vida, y en donde era conocido de todo el mundo? Por sí mismo debía hacerlo, pues había declarado altamente que resucitaría al

tercer día despues de su muerte. Lo debia hacer por los judios, á quienes no podia atraer y confundir sino por este medio: tambien debia hacerlo por todo el género humano, al cual habria convertido infaliblemente la publicidad de su resurreccion; y por otra parte, ¿qué le costaba el dar esta prueba mas de su resurreccion?

Esta objecion no es nueva, mi querido Teotimo: los filósofos del paganismo la hicieron en otro tiempo á los cristianos, y es una gloria sin duda para ellos, que los filósofos de nuestros días la hayan hecho revivir despues de tantos siglos. Esta objecion presenta muy desde luego algo de especioso; pero examinandola de cerca, se descubre toda su debilidad, y se ve que á un mismo tiempo, es injusta, temeraria, ridícula, y dictada por la mas insigne mala fe.

1.º: Esta objecion esta llena de injusticia, porque es evidente que esta transformacion repentina de los Apóstoles en otros hombres por la operacion del Espíritu Santo: los milagros

asombrosos que éstos hicieron en Jerusalem, en el resto de la Judea, y en todo el universo para probar la resurreccion de Jesucristo: la constancia con que dieron testimonio de esta resurreccion delante de los judios y de los idólatras, sin que los tormentos ni la muerte les hiciese titubear: la multitud infinita de conversiones que hicieron: el celo que inspiraron á los que habian convertido, el cual los determinaba á morir antes que renunciar á Jesucristo; en fin, esta perpetuidad de milagros obrados en la Iglesia desde los Apóstoles hasta nuestros días, y siempre para confirmar la fe de la resurreccion de Jesucristo; es evidente, dije, que por todas estas maravillas está tan invenciblemente probada la resurreccion de Jesucristo como lo habria estado por todas las apariciones de este Dios-Hombre, que hoy se atreven á reclamar, y lo está de un modo mas digno de Dios.

2.º: Esta objecion no es menos temeraria, que injusta; porque en fin, la resurreccion de Jesucristo está demos-

trada, y demostrada ya, todo hombre debe creerla, y ninguno tiene derecho de exigir mas de Dios. Este Sér Supremo no tiene obligacion de dar á los hombres todas las pruebas posibles de la resurreccion de su Hijo, sino pruebas evidentes, como lo ha hecho, capaces de convencer á los entendimientos rectos y despejados. Dios no debe nada al orgullo de los hombres, ni á sus pasiones; no debe nada á su vana curiosidad, ni al capricho de su imaginacion fantástica y extravagante. Y sobre todo, cuándo los débiles y miserables mortales han adquirido el derecho de pleitear y sutilizar con Dios? ¿Desde cuándo han adquirido el derecho de prescribirle el modo con el cual debe hacerles creer lo que él quiere? Las pruebas que Dios ha dado de la resurreccion de su Hijo, han convencido á los mas hermosos ingenios, y hombres mas sabios que el mundo ha visto desde el nacimiento del cristianismo; los Tertulianos, los Ciprianos, los Orígenes, los Eusebios de Cesarea, los Gre-

gorios Naciancenos, Basilio, los Crisóstomos, los Gerónimos, los Ambrosios y Agustinos. Estas mismas pruebas han convencido á los Constantinos, Teodosios, y otros innumerables grandes reyes: ellas han hecho millones de mártires: ellas han convertido el mundo entero; y así no debe hombre alguno desechar estas pruebas como insuficientes; porque es el colmo de la locura pretender que el mundo se ha hecho cristiano sin razon; y al mismo tiempo, es el colmo del orgullo el no ceder á unas razones que han convertido al mundo.

3.^o La objecion que combatimos es soberanamente ridícula; porque si preguntas por qué no se manifestó Jesucristo en Jerusalem y en las otras ciudades de la Judea despues de su resurreccion; yo preguntaré á mi vez, ¿por qué no se manifestó tambien en todos los pueblos, en todas las ciudades, en todas las aldeas, en todas las cabañas, y á cada hombre en particular; y por qué no ha repetido estas apariciones de generacion en genera-

cion? San Pedro y los otros apóstoles, ¿tenian mas derecho que yo de ver á Jesucristo resucitado? Asi obligaria á Dios á pasar por todo quanto quisiera prescribirle, y á hacerse el esclavo y el juguete de mis fantasías, para obtener mi creencia.

Digamos, pues, que esta objecion es dictada por la mala fe mas insigne, y que solo prueba la determinacion en que estan los que la hacen de no rendirse á prueba alguna; y yo voy á convencerlos. Supongamos, por un momento, que Jesucristo, despues de su resurreccion, se manifesto públicamente, y en pleno dia, desde luego en Jerusalem, y seguidamente en lo restante de la Judea. ¿Que habria resultado de esto? Una de dos cosas; ó la nacion entera de los judios se habria convertido, ó se habria obstinado en su incredulidad. Si la nacion entera se hubiese convertido, no tendríamos ya judios despues de diez y ocho siglos, y entonces nuestros adversarios no dejarian de decir, que jamas hubo judios: que este pueblo es

un pueblo fabuloso, como el de las amazonas: que las escrituras que nos dan como de los judios, han sido fabricadas á golpe seguro por los cristianos. Si la nacion entera de los judios no se hubiese convertido, estos mismos adversarios deducirian de ello que todas las apariciones de Jesucristo eran supuestas; porque dirian, si Jesucristo despues de su resurreccion se hubiera manifestado públicamente en Jerusalem y en lo restante de la Judea, se habria convertido ciertamente la nacion entera de los judios. Los milagros de Moyses fueron hechos en presencia de un gran pueblo. Estos milagros fueron los mas asombrosos del mundo. Estos milagros duraron cuarenta años. Toda la historia de los judios testifica estos milagros, y sin embargo nuestros adversarios no los creen. Tan cierto es que los hombres son capaces de resistirse á la mas grande evidencia, por el orgullo y por el interes, y que el mismo Dios no puede probar nada á aquel hombre, determinado ya una vez á no decir jamas: *me he engañado.*

CATECISMO.

DE LA QUINTA CONFERENCIA.

Sobre la resurreccion de Jesucristo.

P. Convengo en que Jesucristo ha hecho los mayores milagros: en que los ha hecho como Dios: en que los ha hecho para probar que era Dios; y así no puedo dudar de la Divinidad de Jesucristo. Sin embargo, Jesucristo murió, y murió en una cruz, y no concibo como un Dios pudo morir, y mucho menos todavía, morir con una muerte tan infame. Os confieso que estas contrariedades confunden mi entendimiento, y que no puedo conciliarlas.

R. Pues nada hay mas fácil de conciliar que estas contrariedades aparentes. Jesucristo era Dios y Hombre á un tiempo, segun lo hemos demostrado. Como Hombre podia morir, y

murió en efecto; pero como Dios, era esencialmente inmortal, y jamás la muerte tuvo imperio sobre él: por otra parte, Jesucristo murió como Dios-Hombre, y resucitó al tercero día, ó mas bien, él mismo se resucitó con el mismo poder con que había resucitado á otros.

P. Mostradme, ¿cómo Jesucristo murió como Dios?

R. Jesucristo antes de morir había predicho varias veces su muerte y sus principales circunstancias, y murió en efecto del mismo modo que lo había anunciado. Jesucristo había declarado que él era dueño de dejar la vida, ó de volverla á tomar á su voluntad: que nadie le quitaría la vida, sino que él la daría libremente por la redencion de los hombres; y vemos en el evangelio efectivamente, que habiendo llegado su hora, fue él mismo delante de sus enemigos, se hizo conocer de ellos, y se entregó en sus manos, despues de haberlos echado por tierra con una sola palabra, para hacerles conocer su debili-

dad: vemos en él tambien, que despues de haber sufrido tormentos capaces de aniquilar al hombre mas robusto, y reducirlo á un extremo desfallecimiento, murió arrojando un gran grito; en él, pues, vemos últimamente, que en el momento de morir hizo los mas grandes milagros, é hizo estremecer el mundo entero. ¿No es esto morir como Dios?

P. Concedo que esto es morir como Dios; pero de que Jesucristo murió como Dios, ¿qué inferís?

R. Infero que tenia poder para resucitarse.

P. La consecuencia es justa; pero siempre queda que probar, que Jesucristo se resucitó á sí mismo.

R. Vé aqui como demuestro que Jesucristo se resucitó á sí mismo. Jesucristo tenia poder de resucitarse á sí mismo: tu lo concedes. Es así que Jesucristo antes de morir habia anunciado varias veces que él se resucitaria á sí mismo: luego Jesucristo se resucitó á sí mismo. Podria probarte por otras muchas razones, que habiendo

Jesucristo anunciado su resurreccion, era necesario que se verificara.

P. Ospido me digais esas razones, porque deseo hallarme instruido sobre este punto esencial de nuestra fe, cuanto me sea posible.

R. Alabo tu celo, y bendigo á Dios que te lo inspira: ve aqui, pues, las razones que deseas en dos palabras.

1.º: En el mismo tiempo que Jesucristo predecia su resurreccion, predecia tambien todas las circunstancias de su muerte, y todos los grandes sucesos que debian ser las resultas de su muerte. Las predicciones de Jesucristo tocante las circunstancias y las resultas de su muerte, se han verificado á la letra: luego la de su resurreccion se ha verificado tambien. No siendo así, seria necesario decir, que Jesucristo fue á la vez, y en el mismo instante, el órgano del espíritu de verdad; y el del espíritu de mentira; el mas grande de los profetas, y el mas insignie impostor, lo que visiblemente es absurdo.

2.º: Al mismo tiempo que Jesu-

cristo predecia su resurreccion, hacia por su propio poder milagros que eran tan grandes como el de su resurreccion misma; v. gr., el de la resurreccion de Lázaro: luego tambien ha hecho el milagro de su propia resurreccion, pues que se habia empeñado en ello.

3.º: Si Jesucristo no hubiera resucitado en efecto despues de haber anunciado su resurreccion, habria destruido todo el efecto de sus milagros precedentes: se habria cubierto de un oprobio eterno; y por inconsecuente se habria colocado en la clase de los impostores. Igual imprudencia no puede ciertamente concebirse de un hombre semejante: luego quando Jesucristo anunció su resurreccion, bien cierto estaba de que resucitaria; y asi se verificó.

P. Estas razones son bien fuertes: sin embargo quisiera algo mas, y que la resurreccion de Jesucristo no solo fuese probada con razonamientos, sino tambien con hechos evidentes. Los razonamientos convencen á pocas per-

sonas: pero todo el mundo se ve obligado á rendirse á la evidencia de los hechos.

R. Convengo contigo en lo que dices, y esperaba ciertamente á que hablases asi. Sabe, pues, que la resurreccion de Jesucristo está probada por hechos los mas incontestables. Estos hechos son, primeramente, las precauciones que tomaron los Príncipes de los Sacerdotes de acuerdo con Pilatos, para que el cuerpo de Jesucristo no fuese robado de su sepulcro; porque vemos, que habiendo ido á casa de Pilatos los Príncipes de los Sacerdotes, le pidieron el permiso de custodiar el sepulcro de Jesucristo hasta el tercer dia: que Pilatos se lo concedió; y que en consecuencia pusieron el sello sobre la piedra que cerraba el sepulcro, dejando allí una guardia de soldados romanos. Lo cierto es, que el cuerpo de Jesucristo no pudo ser robado. Por otra parte es cierto que este cuerpo venerable no se encontró en el sepulcro la mañana del tercer dia: luego salió de él

resucitando. Estos hechos son, en segundo lugar, las diferentes apariciones de Jesucristo á sus Apóstoles, y á sus otros discípulos, apariciones sucedidas en pleno dia, y en las cuales los Apóstoles y los otros discípulos vieron á Jesucristo en su estado natural, y en los mismos términos que lo habian visto antes de su muerte: le oyeron hablar, lo tocaron, tuvieron la dicha de comer con él; apariciones en fin, que se repitieron varias veces durante cuarenta dias. Tu has leído los libros del evangelio y el de las actas de los Apóstoles, y sabes que no digo nada que no traygan estos libros Divinos.

P. Todo esto es cierto: sin embargo tengo ciertas dudas que os suplico me aclareis. 1.º: Yo encuentro en el evangelio, según S. Mateo, que los soldados que guardaban el sepulcro de Jesucristo, publicaron en Jerusalem que mientras ellos dormian, robaron el cuerpo sus discípulos. ¿Quién nos ha dicho que no pasó así, y por qué hemos de creer mas bien á S. Ma-

teo, que á los soldados Romanos?

R. ¿Cómo no ves que el rumor que los soldados Romanos, ganados por los príncipes de los sacerdotes, esparcieron en Jerusalem, tocante el pretendido robo del cuerpo de Jesucristo hecho por sus discípulos, no fue sino un pretesto de que se valieron, porque no tenían nada mas verosímil que decir? Porque, 1.º: Es evidente que si los discípulos de Jesucristo robaron su cuerpo mientras que los soldados dormian, estos soldados no podian tener conocimiento alguno de semejante robo, ni podian tampoco dar testimonio de él. 2.º: Este hecho es tan imprudente como absurdo; porque está demostrado, por todo lo que se ha dicho en el cuerpo de la conferencia, que los Apóstoles no pudieron jamas pensar en semejante robo: que cuando hubieran pensado en verificarlo, jamas hubieran tenido valor para ejecutarlo; y que cuando hubieran tenido valor para intentarlo, jamas hubieran podido conseguirlo. Para lograr esta empresa,

era preciso atravesar la guardia, romper el sello que estaba puesto en la piedra que cerraba el sepulcro, sacar el cuerpo, despues de haber volcado esta piedra, que era de un grueso enorme, y llevarlo pasando otra vez por medio de la guardia. Yo pregunto á todo hombre de buen juicio, si todas estas operaciones pueden hacerse sin ruido, y sin un ruido capaz de despertar á unos hombres que duermen con otro sueño que el de la muerte.

P. Condeno desde luego este punto: pero ¿es bien cierto que Jesucristo se apareció realmente á sus discípulos tres dias despues de su muerte? Puede ser que estos hombres no viesen á Jesucristo sino solamente una fantasma que los alucina; porque, en fin, su imaginacion estaba acalorada, y cada cual sabe muy bien lo que puede una imaginacion exaltada. Ella reproduce todo lo que hemos visto: nos representa los objetos mas distantes: resucita muertos; y cria, por decirlo así, lo que jamas ha existido. Las historias nos representan una infini-

dad de egemplos semejantes.

R. Si se nos dijera que un solo discípulo de Jesucristo lo ha visto, ó creído ver resucitado, ó que varios de sus discípulos lo han visto, ó creído ver una ó dos veces en instantes rápidos, y como se ve un relámpago, tu objecion no seria inverosímil; pero son los doce Apóstoles los que vieron á Jesucristo, y con ellos las santas mugeres, y un gran número de otros discípulos. Ellos lo vieron estando juntos, y estando separados; todos lo vieron en su forma natural, y todos de la misma manera. Estas apariciones se repitieron varias veces durante el curso de cuarenta dias, y por lo mismo tuvieron tiempo mas que suficiente, y todos los medios mas indefectibles para asegurarse de que era él. Jesucristo se prestó á todas las pruebas que quisieron hacer de la realidad de su resurreccion, y hasta á las mas indiscretas. En fin, todos ellos fueron testigos oculares de su ascension á los cieles. Si todas estas cosas sucedieron solamente en apa-

riencia, ciertamente esta larga ilusion de los Apóstoles y de los discípulos era un milagro, y un milagro que me atrevo á decirlo) tan grande, á lo menos, como el de la resurreccion. Ahora, milagro por milagro, es claro que todo debe determinarnos á creer el de la resurreccion, que es conforme á los atributos de Dios, mas bien que el de la ilusion, que los deshonorá todos.

P. Ya veo que no hay apariencias de que los Apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo se hayan engañado en punto al hecho de su resurreccion. Si tantas personas han creído ver durante cuarenta dias á Jesucristo resucitado, es porque en efecto le vieron; y como muy bien lo habeis observado, sino hubieran visto, oído y tocado sino á una fantasma, esta larga ilusion de todos sus sentidos, seria un trastorno de todas las leyes de la naturaleza, mas estupendo todavia que la misma resurreccion de Jesucristo. Pero ¿si los Apóstoles no han podido ser engañados es im-

posible que hayan sido engañadores? Y si han podido serlo, ¿quien nos ha dicho que no lo han sido? ¿Quién nos ha dicho que todo lo que refieren los evangelios de la resurreccion de Jesucristo y de sus apariciones, no es una pura fábula compuesta por los Apóstoles? Nada veo en todo esto que repugne, porque no hay fraude ni impostura de que los hombres no sean capaces.

R. Y yo pregunto á mi vez, ¿quién nos ha dicho que todo lo que cuentan las historias tocante la conjuracion formada contra Julio César, no es una pura fábula compuesta por los historiadores? Tu sonries, ¿es por mi respuesta, ó por tu objecion? Porque en fin, está demostrado que la resurreccion de Jesucristo esta mas testificada y por consecuencia mas averiguada, que la conjuracion que se formó contra Julio César. No hay impostura que los hombres no sean capaces de concebir y proyectar. Convengo en ello; pero al mismo tiempo sostengo que los hombres no egecutan jamas los

proyectos inicuos que han formado, siempre que tienen evidencia de que el suceso que quisieran, es imposible. Ahora, en la suposicion de que Jesucristo no hubiera resucitado, era evidente á los Apóstoles la imposibilidad de hacer creer al mundo su resurreccion. ¿No es menester haber renunciado, no solo toda buena fe, sino tambien todo buen juicio, para decir, que un pequeño número de hombres groseros y tímidos, sin cultura de entendimiento, sin nacimiento y sin crédito, se atreverian á formar el vasto y asombroso proyecto de trastornar la religion de su país, y todas las religiones del mundo, para hacer adorar á todo el universo un hombre crucificado, despues de haberlo persuadido á que este hombre se resucitó á sí mismo: que estos hombres, estando tan ciertos como lo estaban de que Jesucristo no habia resucitado, formáran no obstante este proyecto con el mayor concierto: que no se espantáran, ni de la multitud de las dificultades, ni de la magnitud de los

peligros á que se esponian: que emprendieran la egecucion de este proyecto con el mismo concierto que lo habían formado, y con una constancia inalterable aunque tuvieran contra ellos á los hombres que engañaban; á Dios; á quien ultrajaban; y á su conciencia; á la cual hacian traicion; y que, en fin estos mismos hombres destituidos de todo socorro, y reducidos á ellos mismos, consumaran sin embargo este mismo proyecto, que todo el poder de los reyes, toda la prudencia y habilidad de los políticos, toda la sutileza de los filósofos, y toda la elocuencia de los oradores reunidos, y obrando con un comun esfuerzo, no habrian podido verificar jamas; de tal modo, que dejaran moribundo el mundo cristiano, ó próximo á estarlo? Ve aqui, no obstante, las paradojas, ó mas bien absurdos, que es menester admitir, si se supone que los Apóstoles engañaron al mundo anunciándole la resurreccion de Jesucristo.

P. Todo lo que acabais de decir, hace mucha fuerza; pero sin embargo,

me cuesta todavía trabajo el subscribir á ello; porque, en fin, resulta de todo lo que habeis espuesto, que la resurreccion de Jesucristo no está probada sino por el testimonio de los Apóstoles, y así me parecé que se necesita algo mas sobre esto.

R. Dificil eres ciertamente de convencer; pero, á Dios gracias, tengo con qué contentarte. Considera desde luego que no son solamente los Apóstoles, sino tambien muchos de los otros discípulos de Jesucristo, los que han testificado su resurreccion, como testigos oculares de ella: que estos Apóstoles y estos discípulos fueron los hombres mas santos que el mundo ha visto: que ningun interes humano, de ninguna especie, los movió á publicar la resurreccion de Jesucristo; y que, en fin, ellos sufrieron los tormentos y la muerte, mas bien que retractar el testimonio que habian dado de ella; y así la resurreccion de Jesucristo es el hecho mas bien probado de todos, sea que se considere el número ó la calidad de los

testigos, ó el desinteres y la constancia heróyca de su testimonio.

P. Disimulad mi impertinencia; pero yo querria que Dios hubiera confirmado con milagros el testimonio que los Apóstoles y los otros discípulos dieron de la resurreccion de Jesucristo: esta última prueba acabaria de convencerme.

R. Supuesto que quieres milagros no te faltarán. Los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo hicieron una infinidad de ellos en Jerusalem y en el resto de la Judea, para confirmar el testimonio que daban de la resurreccion de Jesucristo. Estos milagros constan en el libro de las actas de los Apóstoles, y los judios no se atrevieron jamas á contestar su verdad. Los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo no son los únicos que han hecho milagros: una infinidad de ellos se vió en los primeros siglos de la Iglesia, cuando eran mas necesarios, y despues se han visto en todos tiempos; y estos milagros son tan auténticos y tan bien

probados, que para dudarlos es menester dudarlos todo.

P. Confieso que no puedo resistirme á la fuerza de vuestros argumentos; sin embargo, es menester que os proponga todavía una objecion que se me ocurre en este momento. Supuesto que Jesucristo resucitó (porque ya no lo dudo), y que queria que su resurreccion fuese conocida de todos los judios, y del mundo entero, ¿por qué no se apareció despues de su resurreccion en Jerusalem y resto de la Judea públicamente, y en pleno dia? Este milagro hubiera convertido infaliblemente á todos los judios; y en seguida los judios convertidos, habrian ellos mismos convertido á todo el universo. Confieso que esta objecion incomoda mi entendimiento, y así os pido me la resolvais, á fin de que sobre ella no me quede niebla alguna.

R. Tu objecion presenta desde luego algo de especioso; pero en examinándola de cerca, se forma otro juicio que á primera vista, porque

digo á mi vez: supuesto que Jesucristo queria que su resurreccion fuera conocida de todo el universo, ¿por qué no se manifestó en todo el universo, en todas las partes donde habia hombres, y á cada hombre en particular? ¿Por qué no repitió estas apariciones de generacion en generacion? ¿Por qué tu y yo no hemos visto á Jesucristo? ¿Es porque los Apóstoles tenian mas derecho de verle que nosotros?

Dios ha dado al género humano pruebas de la resurreccion de Jesucristo, capaces de convencer á todo hombre sencillo y de buena fe; supuesto que queria convertir á todo el mundo lo debia convertir, y nada mas debia, porque Dios no debe nada á la orgullosa curiosidad de los hombres; por otra parte, los milagros que Dios no ha cesado de hacer desde los Apóstoles hasta nosotros para establecer y confirmar la fe de la resurreccion de Jesucristo, son pruebas tan claras y palpables de esta resurreccion, como lo habrian si-

do las frecuentes apariciones de este Dios-Hombre, que parece que tu exiges.

Tu dices que si Jesucristo se hubiera manifestado públicamente, y en pleno día en Jerusalem y en las otras ciudades de la Judea, todos los judíos se habrían convertido. Yo no sé lo que hubiera sucedido; pero sé muy bien, que si todos los judíos se hubieran convertido, los adversarios de la religion cristiana publicarian hoy que jamas hubo judíos: que este pueblo es un pueblo fabuloso, y su historia una novela; y que si todos los judíos no se hubieran convertido, estos mismos hombres sostendrian, que si Jesucristo se hubiera manifestado públicamente en Jerusalem, y en lo restante de la Judea despues de su resurreccion, todos los judíos se habrían convertido infaliblemente, y de esto deducirian que Jesucristo no se manifestó jamas despues de su resurreccion, ni en Jerusalem, ni en otra parte; y que esta pretendida resurreccion no era otra cosa sino un cuento

y una pura invencion, hecha de propósito.

Quedemos, pues, tu y yo bien persuadidos á que Dios mismo no tendrá jamas razon con esta especie de hombres, porque han jurado no confesar jamas que se han engañado.

SESTA CONFERENCIA.

Sobre los misterios de la religion cristiana.

En el capítulo I del Evangelio, segun San Juan, se refiere, que habiendo San Felipe, que fue uno de los primeros discípulos que se unieron á Jesucristo, encontrado á Nathanael, le dijo: „Hemos hallado á aquel de „quien Moyses ha escrito en la ley, „y que los Profetas han predicho, „es Jesus de Nazareth.“ Que en seguida llevó á Nathanael á Jesus: que Nathanael, que era un verdadero Israelita, sin disfraz ni artificio, creyó

do las frecuentes apariciones de este Dios-Hombre, que parece que tu exiges.

Tu dices que si Jesucristo se hubiera manifestado públicamente, y en pleno día en Jerusalem y en las otras ciudades de la Judea, todos los judíos se habrían convertido. Yo no sé lo que hubiera sucedido; pero sé muy bien, que si todos los judíos se hubieran convertido, los adversarios de la religion cristiana publicarian hoy que jamas hubo judíos: que este pueblo es un pueblo fabuloso, y su historia una novela; y que si todos los judíos no se hubieran convertido, estos mismos hombres sostendrian, que si Jesucristo se hubiera manifestado públicamente en Jerusalem, y en lo restante de la Judea despues de su resurreccion, todos los judíos se habrían convertido infaliblemente, y de esto deducirian que Jesucristo no se manifestó jamas despues de su resurreccion, ni en Jerusalem, ni en otra parte; y que esta pretendida resurreccion no era otra cosa sino un cuento

y una pura invencion, hecha de propósito.

Quedemos, pues, tu y yo bien persuadidos á que Dios mismo no tendrá jamas razon con esta especie de hombres, porque han jurado no confesar jamas que se han engañado.

SESTA CONFERENCIA.

Sobre los misterios de la religion cristiana.

En el capítulo I del Evangelio, segun San Juan, se refiere, que habiendo San Felipe, que fue uno de los primeros discípulos que se unieron á Jesucristo, encontrado á Nathanael, le dijo: „Hemos hallado á aquel de „quien Moyses ha escrito en la ley, „y que los Profetas han predicho, y „es Jesus de Nazareth.“ Que en seguida llevó á Nathanael á Jesus: que Nathanael, que era un verdadero Israelita, sin disfraz ni artificio, creyó

en Jesucristo desde que le vió y oyó hablar.

En este rasgo de la vida de Jesucristo, tu ves sin duda con gusto, mi querido Teotimo, la imagen de lo que ha pasado entre tu y yo. Jesucristo, por una gracia superior á todo mi reconocimiento, me llamó desde luego á sí. Lleno de gozo, porque le conocia y vivia bajo sus santas leyes, deseaba que fuese conocido también de tí (porque siempre te he amado tiernamente), y creia aumentar mi propia dicha, comunicándotelo. Yo te he llevado á este divino Maestro; tu lo has visto, y has creído en él sin titubear, porque tenias la misma rectitud de entendimiento, y el mismo candor que Nathanael.

Nosotros, pues, podemos hoy, mi amado Teotimo, esclamar con un enagenamiento de alegría santa, y felicitándonos mutuamente: ¡al fin hemos hallado al Mesias de quien Moyses ha escrito en su ley, y á quien los Profetas anunciaron, y es Jesus de Nazareth!

Sí, Jesucristo de Nazareth, Hijo único de María en el tiempo, y según la carne, es verdaderamente el Mesias, Hijo de Dios en la eternidad, y según la naturaleza divina. Nosotros le reconocemos por tal por su Sabiduría y por su Santidad, que son la Sabiduría y la Santidad de un Dios-Hombre: por la Ley que ha dado á los hombres, que tiene todos los caracteres de una ley emanada de Dios: por sus milagros sin número hechos para probar que era Dios; en fin, por el gran milagro de su resurrección, obrada por sí mismo, donde brilla todo el poder de Dios. Estamos muy ciertos que el Verbo de Dios, Dios mismo, y el mismo Dios que su Padre, se ha hecho Hombre, y ha habitado entre los hombres, en calidad de hombre semejante á ellos. Nuestros padres lo vieron en la fe, y nosotros mismos lo hemos visto también en la fiel historia que nos ha dejado de su vida; lo hemos visto, y nos ha parecido lleno de gracia y de verdad: su gloria ha brillado á nuestra vista,

y esta gloria era verdaderamente la del Unigénito del Padre.

Siendo Jesucristo Dios, mi amado Teotimo, su doctrina es por consecuencia la doctrina de un Dios, y nosotros debemos recibirla con todo el respeto y sumision debidos á Dios. Esta admirable doctrina encierra misterios que deben ser la regla de nuestros pensamientos en el orden de la religion y de los preceptos que en el mismo orden deben arreglar nuestras acciones: misterios que escuden nuestra razon, y no pueden penetrarse por su santa obscuridad; pero que por otra parte no tienen oposicion alguna con las inclinaciones de nuestro corazon: preceptos que contrastan todas las inclinaciones de nuestro corazon; pero que nuestra razon aprueba, y en los cuales, á pesar nuestro, admiramos toda la Sabiduria divina que incluyen: misterios que no podemos creer, sino imponiendo un silencio absoluto al orgullo, y á la curiosidad de nuestros entendimientos; y preceptos que no podemos cumplir sino vol-

viéndonos contra las pasiones mas amadas de nuestros corazones.

Admira aqui de paso, mi querido Teotimo, los admirables manejos que Dios ha tenido con los hombres: él podia sin duda, darles preceptos contrarios á un tiempo á sus pasiones, y superiores á su razon; esto es, preceptos cuya conveniencia con la naturaleza, su condicion y su fin, no hubieran podido ver, y habrían tenido obligacion de observarlos. Pero este Gran Dios, que dispone de los hombres con una especie de respeto por su debilidad y por su libertad, no ha querido que en la observancia de su ley, tuviesen que combatir á un tiempo contra su razon y contra su corazon, y así ha esparcido las mas vivas luces sobre los preceptos que cada dia debemos cumplir, y en el pormenor de todas nuestras acciones, dejando tinieblas impenetrables sobre los misterios que basta creer, y cuya creencia no cuesta nada á nuestro corazon.

Pero volvamos á la materia. Que los hombres esten obligados á some-

terse á los preceptos Divinos que contradicen sus pasiones, cuando por otra parte aprueba su razon estos preceptos, es en lo que todo el mundo está de acuerdo. Seria, no digo locura, sino un furor brutal el oponerse á este principio. Cualquiera que contestase este principio, que es el fundamento de la moral, y que fue siempre recibido, no solo en los pueblos Idólatras civilizados, sino hasta en los pueblos salvages; cualquiera dije, que se opusiera á este principio, no mereceria ser llamado hombre.

La cuestion es, pues, saber solamente, si debemos creer los misterios que Dios ha revelado, aunque sean incomprendibles á nuestra razon. Esta es, dije, la cuestion no entre tu y yo, ni otro hombre de un sano juicio y de un corazon sencillo, sino entre los cristianos y los nuevos adversarios del cristianismo.

En efecto, mi amado Teotimo, convencido como lo estás, por pruebas las mas evidentes de que Jesucristo es Dios, ve aqui cómo debes ar-

güir, y has argüido en efecto. Los misterios de la religion cristiana son incomprendibles: nuestra razon se pierde en ellos: nosotros no podemos ver su fondo, y formarnos de ellos ideas claras; pero Dios los ha revelado; y de que es Dios quien los ha revelado, ningun hombre puede dejar de creerlo sin haber sentado desde luego el principio, ó que Dios se engañó á sí mismo, ó quiso engañar al mundo. Ahora, siendo Dios infinito en sabiduria y santidad, uno y otro son igualmente imposibles; y seria hacer el último ultrage á este Ser Supremo, el hablar así de él. Todo hombre y yo particularmente tiene una obligacion indispensable de creer ciegamente estos misterios. Ve aqui, Teotimo, cómo has discurrido, y sobre este razonamiento, que es tan concluyente como simple, has sometido tu entendimiento al yugo de la fe. Jamas olvidarélo que me digiste acerca de esto, despues de nuestra última conversacion: habia en tu ayre, en tu tono de voz, en todas tus accio-

nes un no se qué de vivo y animado, y tan tierno é ingénuo, que fui conmovido hasta el fondo de mi corazón. Tu sabes que no pude contener mis lágrimas, porque me pareció en aquel momento que tu persuasión aumentaba la mia. Jamas me sentí con tanta fe como entónces, y puedo decir en cierto modo: que entónces me volviste cuanto habias recibido de mí. Quiera el cielo, mi amado Teotimo, que toda tu vida conserves la admiracion y el respeto de que te ví entónces penetrado por Jesucristo, y que en tu último aliento creas en él, lo adores y lo ames, como lo hiciste en aquel momento.

Todo está hecho por lo que mira á tu personal convencimiento; y la cuestion, si el hombre debe creer los misterios de la religion cristiana, por incomprendibles que son, está perfectamente resuelta para tí, y para todo hombre de buena fe; y así, lo que me propongo en la conferencia de hoy, no es el convencerte de que debes creer los misterios de nuestra san-

ta religion, sino el manifestarte la mala fe y la locura juntamente de ciertos filósofos de nuestros dias, que pretenden que la incomprendibilidad de estos misterios los autoriza á no creerlos; y que bajo este pretesto; desechan toda la religion cristiana, como que enseña cosas increíbles. Mi idea es, dige, el manifestarte la mala fe y la locura de esos hombres soberbios, y de ponerte en estado, si alguna vez tropiezas con ellos, de responder á sus frívolas objeciones; y por esta razon probaré, 1.^o: Que los misterios de la religion cristiana, aunque sean superiores á la razon humana, no son, sin embargo, contrarios á la razon, ó para esplicarme en otros términos, que no son absurdos, sino solo incomprendibles.

2.^o: Que lo incomprendible de estos misterios, no seria una razon para negarlos absolutamente, aunque el mismo Dios no los hubiera revelado.

3.^o: Que en la suposición de que Dios los ha revelado, lo incompre-

sible de ellos no es tampoco para los hombres un pretesto plausible para dudar de ellos.

4.º : Que estos misterios , por razon de su incomprendibilidad , dan á la religion cristiana un carácter de divinidad , que sin ello no tuviera. Esto tiene un cierto ayre de paradoja; pero suspende tu juicio , y presto verás que no lo es.

5.º : Que siendo estos misterios el fundamento de una religion tan grande , tan santa y tan augusta , que solo Dios pudo trazar su plan ; se sigue claramente , que estos mismos misterios vienen de Dios.

Tu mismo ves , Teotimo , cuan grande es este asunto : no me es permitido esperar que lo trataré con proporcion á su grandéza; pero si espero que con la gracia de Dios , lo que diré , esparcirá nuevas luces en tu entendimiento , dará un nuevo grado de viveza á tu fe , y te inspirará un justo desprecio de aquellos hombres que no combaten la religion cristiana , sino porque humilla el orgullo de su en-

tendimiento , y condena la corrupcion de su corazon.

Seguiré en esta conferencia un metodo enteramente diverso del que he seguido hasta aquí. Introduciré un cristiano , y uno de los nuevos filósofos en disputa sobre los misterios de la religion cristiana. Tu , Teotimo , serás el juez de esta disputa ; pesarás las razones que se aleguen por una y otra parte , y luego sentenciarás con imparcialidad. He creído que este nuevo modo de manejar los puntos importantes de que aqui se trata , podria recrearte agradablemente , instruyéndote solidamente , y que sacarias tambien la ventaja de aprender , de qué modo debes defender tu santa religion , si acaso alguno de estos pretendidos filósofos se atreve á combatirla en tu presencia. La disputa va á abrirse al instante : acuérdate , pues , Teotimo , que eres juez , y presta en consecuencia toda tu atencion.

El filósofo. Convengo en ello : la religion cristiana tiene sobre todas las

demas religiones, á lo menos en ciertas cosas, ventajas que no pueden contestársela. ¡Qué hombre el autor de esta religion! ¡Qué sabiduría, qué santidad han resplandecido en él! Es cierto que jamas tuvo semejante: yo me siento penetrado por él del mas profundo respeto y veneracion. Poco me falta para adorarle. Nada es tan sublime como la moral de esta religion: nada es tan puro, y nada es tan conforme al buen juicio y á la recta razon. Si todos los cristianos arreglaran á ella su conducta, serian hombres perfectos y la gloria de la humanidad; pero en fin, esta religion tiene tambien sus defectos.

El cristiano. ¡Eh! Señor filósofo, ¿cuáles son los defectos de la religion cristiana?

El filósofo. Los misterios que obliga á creer esta religion; porque estos misterios chocan á la razon, y son evidentemente absurdos. Pongamos por exemplo el Misterio de la Trinidad. ¿Cuántos Dioses hay? Uno. ¿Cuántas Personas hay en Dios? Tres: el Padre,

el Hijo, y el Espíritu Santo. ¿El Padre es Dios? Sí. ¿El Hijo es Dios? Sí. ¿El Espíritu Santo es Dios? Sí: ¿luego son tres Dioses? No; porque estas tres Personas no hacen sino un solo Dios. Ya veis que yo no he olvidado mi catecismo.

Ved, pues, aqui el Misterio de la Trinidad; y sobre él os pregunto por una parte, si puede decirse mas claramente que tres no son mas que uno, en la esposicion del Misterio de la Trinidad; y por otra, si hay en el mundo cosa mas absurda que decir que tres no son sino uno. Es así que yo no debo creer lo que es absurdo, y contradice abiertamente la razon: luego no debo creer el Misterio de la Trinidad.

El cristiano. Confieso, señor filósofo, que esta objecion deslumbra en cierto modo, y esto no debe sorprender á nadie. Vos teneis mucho entendimiento, y la materia es apropiada para emplearlo. Yo espero sin embargo responderos de un modo capaz de contentar á todo hombre

que de buena fe busque la verdad. Solamente os suplico no me interrumpáis, sobre todo con cuestiones estriñas de la materia que tratamos.

Empecemos por distinguir tres especies de proposiciones: proposiciones evidentes, proposiciones absurdas ó contradictorias, y proposiciones incomprensibles. Establezco aquí esta division de proposiciones, porque ella basta para nuestro asunto.

Una proposicion es evidente cuando nuestro entendimiento ve claramente que las dos ideas que la componen se unen y se identifican, por servirme de los términos de la escuela; y así estas proposiciones: *Dios es bueno: Dios es justo: el todo es mayor que la parte*, son proposiciones evidentes.

Una proposicion es absurda y contradictoria, cuando el entendimiento ve claramente que las dos ideas de que se compone se combaten y excluyen mutuamente; y así estas proposiciones: *Dios es cruel: Dios es*

injusto: la parte es igual á su todo, son proposiciones absurdas.

Una proposicion es incomprensible, cuando es imposible á nuestro entendimiento el ver la correlacion ó identidad de las dos ideas que la componen: tales son estas: *Un Ser que no ha existido jamas, puede recibir la existencia: un Ser que existe, puede caer en la nada*. Tal seria tambien esta para vos y para mí, si hubiéramos estado siempre fuera de este mundo, y fuera de nuestros cuerpos: *Un Ser compuesto de espíritu y de materia es posible*.

Nosotros no somos dueños, ni de asentir á una proposicion absurda y contradictoria, ni de dejar de asentir á una proposicion evidente.

Todo el mundo conviene en ello. En cuanto á las proposiciones que son simplemente incomprensibles, dos cosas son ciertas. La primera, es que nosotros no estamos obligados á recibir como verdaderas las proposiciones de este tercer género, á menos que por otra parte no tengamos pruebas

de su verdad, equivalentes á las pruebas ideales que nos faltan. La segunda, es que jamas tenemos derecho para negar absolutamente las proposiciones del mismo género, á menos que en defecto de pruebas ideales, no tengamos por otra parte pruebas ciertas de su falsedad; porque en fin, de que no veamos que dos ideas se avienen é identifican, no se sigue que se combaten y escluyen mutuamente; y de que no veamos que dos ideas se combaten y se escluyen mutuamente, no resulta que se concilien é identifiquen. Todo esto, si no me engaño, es muy claro. Ahora, señor filósofo, yo sostengo que esta proposición: *Dios subsiste en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta union de esencia, de naturaleza ó de substancia*; yo sostengo, digo, que esta proposición es una proposición del tercer género que señalé en mi division; esto es, que ella es pura y simplemente incomprendible: que por consecuencia vos no podeis negar absolutamente esta proposición (esto

es, desechar el isterio de la Trinidad), á menos que no tengais por otra parte pruebas de que es falsa, y que tenéis obligación de admitirla (esto es, de creer el Misterio de la Trinidad), si en defecto de pruebas ideales, tenéis por otra parte pruebas ciertas de que es verdadera.

Si os digeran que tres Dioses no son sino uno, ó que tres Personas no son mas que una, estas dos proposiciones serian contradictorias y absurdas, porque reunia cada una dos ideas que se escluyen mutuamente. *Tres Dioses, y un solo Dios: tres Personas, y una sola Persona.* Estas dos proposiciones serian del mismo género que esta: *El todo no es mayor que su parte*; pero os dicen: *que tres Personas no hacen sino un solo Dios.* Ahora es claro, 1.^o: Que vos no podeis demostrar que esta proposición tiene contradicción en los términos, porque cuando hablando de la Trinidad se dice *Unidad*, esta palabra *Unidad* recae sobre la substancia, y no sobre las Personas; y cuando se dice

Trinidad, la palabra *Trinidad* recae sobre las Personas, y no sobre la substancia; y así estas dos palabras *Unidad* y *Trinidad*, no se dicen la una ni la otra bajo la misma relacion y en el mismo sentido. 2.º: Es claro, que aunque tengais alguna noción de la Esencia divina, no conoceis esta Esencia adorable á fondo, para pronunciar con certeza, que no puede admitir tres Personas, y que no tenéis una idea bastante clara de lo que nosotros llamamos *Persona* relativamente al Ser divino, para pronunciar con certeza que tres Personas repugnan al Ser divino.

Esta proposicion, lo repito: *Dios subsiste en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia, de naturaleza, de substancia*: esta proposicion, pues, es simplemente una proposicion incomprendible; y por consecuencia lo es en virtud de los principios ya establecidos. 1.º: Vos no tenéis derecho para negarla absolutamente precisamente por causa de su incomprendibilidad: no

tendriais este derecho sino en tanto que os fuera demostrado, que nada es cierto sino lo que pudierais comprender, y estoy bien cierto que no os desconocereis hasta el punto de llevar vuestras pretensiones tan arriba. 2.º: En virtud de los principios ya establecidos, debéis recibir esta proposicion como verdadera; esto es, creer el Misterio de la *Trinidad*, si en defecto de pruebas ideales, tenéis por otra parte otras pruebas de la verdad de esta proposicion. Imitemos aquí vos y yo á un ciego de nacimiento, al cual nos parecemos tan perfectamente. Este ciego no ve ni el cielo ni el sol que brilla en él con tanta claridad. Todo lo que él puede decir por sí mismo es, que ni ve el cielo, ni ve el sol, y sería un temerario si digera mas, y pronunciase absolutamente que no habia cielo ni sol. Pero quando los hombres, entre los cuales este ciego vive, le dicen de concierto que hay un cielo y un sol; que ven el uno y el otro, y que se pasman

del espectáculo que ofrecen á sus ojos, él los cree sobre su palabra, aunque no tiene idea alguna de las cosas que le cuentan, y seria un loco si no las creyese. Portémonos, pues, del mismo modo, señor filósofo: este es el solo partido que sensatamente podemos abrazar.

El filósofo. Decis que los misterios de la religion cristiana no presentan al entendimiento ni contradiccion ni absurdo: está bien; pero por vuestra misma confesion, estos misterios son á lo menos incomprendibles. Ahora esto me basta, y os declaro que jamas me harán comprender que debo creer lo que no comprendo.

El cristiano. Me parece, señor filósofo, que no estais enteramente de buena fe, cuando me proponeis esta segunda objecion, despues de la respuesta que he dado á la primera; pero sea lo que fuere, no tengo reparo en daros nuevas luces.

Vos decis que no quereis creer los misterios de nuestra religion; porque

no podeis comprenderlos; pero si os manifesto que hay una infinidad de cosas que no comprendéis mejor que estos misterios, y que vos creéis sin embargo tan firmemente, que os seria imposible formar una duda seria de su existencia, ¿no os veriais obligados á confesar, que el reusaros á creer estos misterios, únicamente porque no los comprendéis, no es mas que un capricho y una obstinacion? Porque en fin, ello es mas claro que el dia, que este razonamiento: *Yo no comprendo, luego no debo creer, se estiende á todo, ó no vale nada.*

Vos decis: yo no debo creer sino lo que puedo comprender; y yo digo á mi vez, pues no creais nada, señor filósofo, de cuanto veis: no creais nada de lo que en vos pasa: no creais, ni vuestra propia existencia; porque nada de esto comprendéis.

Digo, que nada comprendéis de todo lo que veis. Este mundo que habitais, y de quien sois parte, está incessantemente espuesto á vuestros ojos: vedlo ahí: de su existencia y de la

vuestra no podeis dudar. Ahora, pretendiendo yo, y voy á demostrároslo, que no comprendeis cómo existe este mundo.

Vos convenis en que el mundo no es eterno, y en que él no se hizo á sí mismo: tambien convenis en que este mundo no es la obra del acaso, ó del concurso fortuito de los diferentes cuerpos que lo componen. Todas estas hipótesis encierran absurdos tan chocantes, que os habeis reducido á abandonarlas. (Ya no digo mas sobre estas hipótesis, mi amado Teotimo, porque lo he refutado en la primera conferencia de la primera parte.) Siendo esto así, teneis obligacion de reconocer que el mundo es obra de un Sér eterno y Todo-poderoso, infinito en inteligencia y sabiduría, porque así como es evidente que el mundo debe tener una causa de su existencia, así lo es tambien claramente que no ha podido tener otra.

Vos, pues, creéis, con los cristianos, que Dios ha criado el mundo pero concebis bien, ¿cómo no

existiendo el mundo, ni nada del mundo existiendo tampoco, ni por la materia, ni por la forma, el mundo salió de la nada á la primera orden que Dios le dió? ¿Concebís, cómo en un solo instante, y por un acto solo de su voluntad, Dios ha criado el cielo, la tierra, la mar, con todo lo que encierran? Respondedme de buena fe: ¿concebís todo esto? No, no lo concebís: vos no teneis idea alguna de la infinita eficacia de la voluntad de Dios: vos no teneis idea alguna de la relacion necesaria que hay entre el acto eterno, por el cual ha querido Dios que el mundo existiese en el tiempo, y la existencia real y efectiva del mundo. Vos no comprendeis cómo en virtud de esta palabra de Dios: *Fiat lux: hágase la luz*, la luz brilló al instante. Vos no concebís tampoco como existe el mundo. Sin embargo, lo repito, Vos no podeis dudar la existencia del mundo. Confesad, pues, que no comprendéis, no es siempre una razon para no creer.

Vos no comprendeis cómo es po-

sible que el mundo exista: añadid, que no comprendéis mejor las leyes que lo gobiernan. El mundo, dice la Escritura santa, este mundo que Dios ha hecho jugando, es un problema que ha propuesto á los hombres. Este problema no está resuelto todavia, ni jamas lo estará. Todos los ingenios grandes que ha producido el género humano, se han ejercitado en este grande objeto, sin adelantar nada. Cada filósofo ha querido construir un mundo, y todos estos mundos se han arruinado como edificios fabricados sobre arena. Han opuesto razonamientos á razonamientos, conjeturas á conjeturas, observaciones á observaciones y sistemas á sistemas. En esta guerra, que llamamos la guerra de los sabios, y que el Espíritu Santo llama una guerra de ignorancia: en esta guerra, que dura despues de tantos siglos, cada uno de los combatientes ha conseguido la victoria sobre todos los otros, y ha sido vencido por ellos á su vez, porque cada uno ha demostrado los errores de sus adversarios,

sin hallar ninguno la verdad: y si nuestra presuncion fuera capaz de ceder, convendriamos en fin en que el hombre es hecho para contemplar el mundo, para admirarlo y gozarlo, y no para conocerlo.

¡Eh! ¿cómo conoceríamos nosotros el mundo, siendo unos débiles mortales, cuando la menor criatura de las que lo componen escede á nuestra inteligencia? ¿Qué viene á ser, señor filósofo, la luz que nos alumbrá? ¿Qué es el aire que respiramos? ¿Qué es la tierra que nos sostiene? Otros tantos misterios para vos, para mí y para todos los hombres. Ved aqui una gota de agua, un grano de arena y una poca de yerba: ya veis que no busco medios de ponerlos en embudo, y que tomo por casualidad lo que cae entre mis manos. Decidme lo que es esta gota de agua, este grano de arena, y esta poca de yerba. Hacedme conocer su naturaleza íntima, y todas sus propiedades. Ponedme en estado de decir, yo comprendo esta gota de agua, este

grano de arena y esta poca yerba. ¿Quereis para trabajar en estos grandes objetos, un siglo? ¿quereis dos? ¿quereis mil? Yo os los doy, y desafiándoos á que no adelantais nada; y tambien hago el mismo desafio á todos los filosofos juntos. Es muy cierto, señor filósofo, que vos no comprendeis nada de lo que veis, y por una ilacion necesaria es cierto, que el no comprender, no es siempre una razon para no creer.

¡Eh! ¿Qué será si os manifesto que vos no os comprendeis á vos mismo, ni comprendeis nada de lo que en vos pasa?

¿Podriais vos, señor filósofo, decirme, cómo se ha formado vuestro cuerpo en el seno de vuestra madre? ¿cómo ha entrado vuestra alma en vuestro cuerpo? ¿cómo estos dos seres tan opuestos, han podido unirse tan estrechamente, mezclarse y confundirse de tal modo el uno con la otra, que no son sino un mismo todo? ¿Qué es vuestra alma? ¿dónde está? ¿cómo subsiste? vos pensais, ¿qué es

el pensamiento? vos sentis, tan presto placer, tan presto dolor? ¿qué es el dolor? ¿qué es el placer? vuestros ojos ven los colores, ¿por qué ven vuestros ojos? ¿qué son los colores que ven vuestros ojos? ¿qué sabeis vos sobre todo esto? Lo que saben los mas estúpidos; esto es, nada, nada absolutamente. Sin embargo, vos existis: veos aqui delante de mi. Habeis jamas dudado lo que en vos pasa, ¿por qué no lo comprendeis? El misterio de vuestra existencia: ¿os ha hecho jamas dudar de vuestra existencia? Convenid, pues, en que el no comprender, no es siempre una razon para no creer. ¡Qué, señor filósofo, el mundo es un misterio para vos! ¡Cada una de las criaturas que componen este mundo, es un misterio para vos: vos sois tambien un misterio para vos mismo, y quereis comprender á aquel Sér Supremo y Eterno, que ha hecho el mundo, y os ha hecho á vos mismo de la nada!

El filósofo: Es cierto que no concibo cómo el mundo ha podido y debido existir en virtud de un solo ac-

to de la voluntad de Dios; pero, en fin, yo veo el mundo, yo lo habito, yo gozo de él, y su existencia admira continuamente todos mis sentidos. Yo sé por otra parte, que el mundo no es eterno: que él no ha podido hacerse así mismo, ni ser la producción del concurso fortuito de los seres que lo componen; y de aquí concluyo evidentemente, que es Dios quien lo ha hecho de la nada.

Yo no conozco el fondo y la naturaleza íntima de ninguno de los seres que componen el mundo; pero estoy continuamente rodeado de estos seres. Yo los tengo delante de mis ojos, y entre mis manos: ellos están sometidos á todos mis usos. Yo no concibo ni el fondo de mi propio ser, ni nada de lo que pasa en mí; pero tengo conocimiento de mi ser y de sus modificaciones. Yo no tengo conocimiento alguno ideal de ninguna de esas cosas; pero en defecto de estos conocimientos; tengo las pruebas de hecho, las pruebas de sentimiento, las pruebas de experiencia, y estas pruebas me

bastan. Que me den otras semejantes ó equivalentes del Misterio de la Trinidad, y estoy pronto á creerlo.

El cristiano. Vuestra respuesta es de un hombre que tiene buen juicio, y disputa de buena fe: ella me asegura la victoria, y me alegro de ello, mas por vos que por mí, porque os importa mucho mas ser el vencido, que á mí el vencedor; y os anuncio que bien presto estaremos acordados, y que en un momento creereis el Misterio de la Trinidad, y todos los otros Misterios tan firmemente como yo los creo.

Vos concebís que el Misterio de la Trinidad es simplemente incomprendible: vos concebís tambien que hay una infinidad de cosas que no podemos comprender, y que sin embargo nos vemos obligados á creer; porque si por una parte no podemos concebir su posibilidad, tenemos por otra pruebas ciertas de su existencia; en consecuencia de esta doble confesion, vos prometeis creer el Misterio de la Trinidad, por incomprendible

que sea, si os doy pruebas ciertas de la existencia de este Misterio. Ahora voy á daros una prueba cierta é infalible de la existencia del Misterio de la Trinidad; una prueba, que no solo es equivalente á una demostracion directa é ideal, sino tambien á todas las pruebas de este género.

El filósofo. Vos prometeis mucho, y no se si podreis cumplir vuestra palabra en toda su estension: veamos, pues, esta prueba, en la cual teneis tanta confianza, y anunciáis con un ayre tan triunfante.

El cristiano. Vedla aquí: ¿no estais convencido de que Dios debe ser creído de los hombres en el testimonio que les da él mismo tocante su naturaleza, su ser, su modo de existir; y finalmente tocante sus obras? Sí, sin duda, vos lo estais de este principio; porque para negarlo, sería preciso suponer, ó que Dios no se conoce á sí mismo, ni sus propias obras, lo que sería una horrible blasfemia, ó que Dios puede dar á los hombres un testimonio falso tocante

su naturaleza, ó la de sus obras, lo que sería una blasfemia mas horrible todavia; ó en fin, que los hombres, aunque convencidos de la veracidad infinita de Dios, tienen no obstante el derecho de no recibir el testimonio que les da tocante su propio sér, ó tocante sus obras, á menos que no les dé ideas netas de las cosas que les revela, y que no se las haga comprender; lo que sería á un tiempo el colmo de la impiedad, y el último grado de la locura. Es así que Dios ha declarado á los hombres del modo mas auténtico: *Que él existia en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia, de naturaleza ó de substancia; luego vos debéis creer: Que Dios existe en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia, de naturaleza ó de substancia; quiere decir, que debéis creer el Misterio de la Trinidad, aunque es incomprendible.*

El filósofo. Los hombres estan obligados á creer todo lo que Dios les revela. Es así que Dios ha revelado á:

los hombres, que él subsistia en tres Personas perfectamente distintas, en una unidad de esencia: luego los hombres estan obligados á creer, que Dios subsiste en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad. Ved aquí vuestro razonamiento. La tercera proposición de que se compone este razonamiento, resulta claramente de las otras dos: concedo; pero para que esta tercera proposición sea verdadera, es necesario que las otras dos sean ciertas y demostradas, y hay una que no lo está. Vos decís que los hombres estan obligados á creer ciegamente todo lo que Dios les revela. Estoy muy persuadido de ello: añadís, que Dios ha revelado á los hombres, que existía en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia; y yo no lo creo. Probadme, pues, que Dios ha dado á los hombres la revelación de que habláis. ¿En qué tiempo, en qué país, y de qué manera se ha manifestado Dios á los hombres, para declararles este Misterio? ¿En qué términos ha hecho

esta declaración? ¿A quién la hizo? ¿Fue á un pueblo entero, ó á un corto número de hombres? ¿Dónde están los monumentos que testifican esta grande revelación? ¿Estos monumentos, son auténticos ó sospechosos? ¿Merecen ser creídos de las naciones? Ved aquí, pues, lo que debéis demostrar.

El cristiano. Os respondo, señor filósofo, con estas palabras de S. Juan: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros," para instruirnos y revelarnos los secretos y la voluntad de su Padre. Sí: el Verbo de Dios, la segunda Persona de esta santa y augusta Trinidad, que los cristianos creen y adoran, se hizo Hombre sin dejar de ser Dios, y este Dios Hombre es quien nos ha declarado que Dios subsistía en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de naturaleza. ®

Vos sonreís de mi respuesta, y bien veo que la miráis como una pomposa paradoja; mas espero que cuando la haya desenvuelto, juzgareis dis-

los hombres, que él subsistia en tres Personas perfectamente distintas, en una unidad de esencia: luego los hombres estan obligados á creer, que Dios subsiste en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad. Ved aquí vuestro razonamiento. La tercera proposición de que se compone este razonamiento, resulta claramente de las otras dos: concedo; pero para que esta tercera proposición sea verdadera, es necesario que las otras dos sean ciertas y demostradas, y hay una que no lo está. Vos decís que los hombres estan obligados á creer ciegamente todo lo que Dios les revela. Estoy muy persuadido de ello: añadís, que Dios ha revelado á los hombres, que existía en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia; y yo no lo creo. Probadme, pues, que Dios ha dado á los hombres la revelación de que habláis. ¿En qué tiempo, en qué país, y de qué manera se ha manifestado Dios á los hombres, para declararles este Misterio? ¿En qué términos ha hecho

esta declaración? ¿A quién la hizo? ¿Fue á un pueblo entero, ó á un corto número de hombres? ¿Dónde están los monumentos que testifican esta grande revelación? ¿Estos monumentos, son auténticos ó sospechosos? ¿Merecen ser creídos de las naciones? Ved aquí, pues, lo que debéis demostrar.

El cristiano. Os respondo, señor filósofo, con estas palabras de S. Juan: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros," para instruirnos y revelarnos los secretos y la voluntad de su Padre. Sí: el Verbo de Dios, la segunda Persona de esta santa y augusta Trinidad, que los cristianos creen y adoran, se hizo Hombre sin dejar de ser Dios, y este Dios Hombre es quien nos ha declarado que Dios subsistía en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de naturaleza. ®

Vos sonreís de mi respuesta, y bien veo que la miráis como una pomposa paradoja; mas espero que cuando la haya desenvuelto, juzgareis dis-

tintamente. Vos habeis oido hablar de los libros del evangelio, y tal vez los habreis leído. Vos sabeis que estos libros son mirados por los cristianos como su título primordial, y como el monumento auténtico de la revelacion que han recibido de Dios. Estos libros no son otra cosa sino la Historia de Jesucristo. Ahora voy á demostrar: 1.º: Que esta historia es la mas verdadera, la mas auténtica, y mas fiel en el todo y en sus partes de cuantas jamas se han escrito. 2.º: Que los libros del evangelio son libros divinos; esto es, libros escritos por inspiracion de Dios. 3.º: Que siendo esto asi, se sigue, que todos los hechos consignados en estos libros son incontestables, y que por consecuencia Jesucristo ha sido el mismo que los libros del evangelio nos lo manifiestan. 4.º: Que Jesucristo no puede haber sido como los libros del evangelio nos lo representan, si no era Dios: luego Jesucristo es Dios. 5.º: Que Jesucristo nos ha revelado el Misterio de la Trinidad, y todos los otros mis-

terios de la religion cristiana: luego es Dios mismo quien ha revelado estos misterios.

El filósofo. Demostradme las cinco proposiciones que acabais de sentar, y me hago cristiano; pero acordáos que es menester demostraciones. Empezad: vedme aqui ya pronto á escucharos.

El cristiano. Digo, pues, desde luego señor filósofo, que los libros del evangelio son la mas verdadera historia, la mas auténtica, y la mas fiel en su todo y en sus partes que jamas se haya escrito, &c. Aqui es menester probar, mi amado Teotimo, la primera proposicion, y en seguida las otras cuatro, como nosotros lo hemos hecho en la segunda parte de nuestras conferencias. Supongamos, pues: que el cristiano que habla en este diálogo ha probado estas cinco proposiciones, y escuchemos al filósofo. ®

El filósofo. Todo lo que acabais de decir tiene mucha fuerza, mi entendimiento al oirlo se ha conmovido vivamente. Cuando yo me burlaba

de la credulidad de los cristianos, que trataba ciertamente de pueril, no conocia por cierto las razones sobre las cuales está fundada su fe; hoy les hago mas justicia, y poco falta (tanto me habeis conmovido) para que crea lo que ellos creen. Pero todavia quiero, y me tomo algunos dias para reflexionar lo que me habeis dicho. Luego vendré á buscaros, y á daros parte de mi resolucion. Sin embargo, os suplico tengais la bondad de responderme hoy á algunas objeciones, de las cuales, me parece que me habeis hecho conocer la debilidad de antemano, y de las que no puedo no obstante hallar la resolucion. Este es un resto de obscuridad que permanece al rededor de mi entendimiento: la luz de la verdad comienza á disiparlo; pero no lo disipa enteramente. Ved aqui la primera de estas objeciones.

Los misterios de la religion cristiana son incomprensibles; este es un principio. Siendo estos misterios incomprensibles; son superiores á la razon; los cristianos convienen en

ello. Es asi que todo lo que es superior á la razon es contra la razon: luego los misterios de la religion son contra la razon; y de aqui pregunto si es justo obligar á entes racionales á creer cosas contra la razon.

El cristiano. (a) Esta objecion no es nueva para mi. ¿ Cuántas veces no

(a) *Nota.* Todo lo contenido entre estas palabras, " esta objecion no es nueva para mi," y estas; " por qué, pues, los cristianos," que dan principio á la segunda objecion, parecerá tal vez superior al alcance de muchas personas jóvenes. En este caso podrán contentarse con hacerlas leer la respuesta abreviada que pongo aqui, que es muy clara, y encierra todo el fondo de la respuesta grande.

El cristiano. Acabo de hacerlos convenir en que hay una infinidad de cosas que la razon de los hombres no puede comprender, y que sin embargo, esta misma razon les obliga á creerlas. Por otro lado, el simple buen juicio os convence que nada es incomprensible á la razon de Dios. Así este pretendido axioma, con el cual hacen tanto ruido en nuestros dias, y del cual se aplauden como de un raro descubrimiento: "To-

la he oído proponer? Ella ha hecho en mí toda la impresión que ha podido hacer; porque frecuentemente he reído de su extravagancia, y otras veces también me ha causado vergüenza el ver que deshonra á la humanidad. Yo sostengo que esta objecion no puede dimanar sino de personas que han jurado no dejarse jamas convencer de la verdad. La desesperacion de

«do lo que es superior á la razon, es contra la razon,» no es en el fondo otra cosa sino un juego de entendimiento, que nada significa; porque cuando se dice que «todo lo que es superior á la razon, es contra la razon;» ó quieren hablar de la razon de Dios, ó de la razon del hombre. Si quieren hablar de la razon del hombre, esta proposicion es absurda, porque el mundo presenta á los hombres evidentemente una infinidad de misterios superiores á su razon, y que esta misma razon les obliga á admitirlos; y si quieren hablar de la razon de Dios, esta proposicion es también absurda, porque suponen que hay cosas superiores á la razon de Dios, lo que choca de frente las primeras nociones que tenemos de este Sér Supremo.

El filósofo. Porque, pues, los cristianos &c.

nuestros filósofos la hizo nacer, y ella es el último esfuerzo de su mala fe.

Observemos desde luego que este principio: «lo que es superior á la razon, es contra la razon,» es nuevo. No encontrando nuestros nuevos filósofos en los antiguos principios, aquellos principios recibidos en todos tiempos, y en todos los pueblos; aquellos principios que son la luz comun de los entendimientos, y los fundamentos de la lógica ó del raciocinio; no encontrando nuestros nuevos filósofos, dije, en ninguno de aquellos principios con que combatir con éxito la religion han tomado el partido de formarse principios absurdos. Ellos sacan de estos principios todas las consecuencias que quieren, porque los han imaginado para poder sacar estas consecuencias: de que sucede, que el principio nace de la consecuencia, cuando la consecuencia debe nacer del principio. Estos señores hacen lo que un hombre que definiere al hombre: «un animal de dos pies, sin plumas» para poder deducir de

ello, que un gallo desplumado, es un hombre. ¿Hay en el mundo cosa mas ridícula y más extravagante?

Pero examinemos este principio: vos vais á ver que he dicho con mucha razon, que este es el último esfuerzo de la mala fe de los filósofos de nuestros dias.

Todo lo que es superior á la razon, es contra la razon. Distingamos desde luego la razon tomada en general, la razon por esencia, la razon del Sér infinito; esto es, de Dios, y la razon de los seres particulares, como el hombre.

La razon por esencia, ó la razon de Dios, es infinita é infalible. Es infinita, porque Dios conoce todo lo que es, todo lo que ha sido, todo lo que será, y todo lo que puede ser. Es infalible, porque Dios ve clara y distintamente todas las relaciones que todos los seres existentes y posibles tienen y pueden tener entre sí, y no puede engañarse en el juicio que forma, tocante estas relaciones. "El es, la luz misma, y en él no hay tinie-

blas; todo está desnudo y desabierto delante de sus ojos."

La razon del hombre es limitada y defectuosa. Es limitada, porque el hombre conoce pocas cosas, y no ve las relaciones que las mismas cosas que conoce tienen entre si. Es defectuosa, porque el hombre puede engañarse, y engañarse en efecto muy frecuentemente en los juicios que hace, tocante las relaciones que tienen entre si las cosas que conoce. Puede por falsos juicios, ó unir ideas que se escluyen las unas á las otras, ó separar las que se identifican, como han hecho los que han creído que el mundo era Dios, ó ó aquellos que han propalado que Dios no tiene la presencia de los sucesos que dependen de causas libres.

Por lo que acabo de decir se evidencia, que nada es superior á la razon por esencia, ó á la razon de Dios, y tambien se evidencia que debe haber, y en efecto hay, una infinidad de cosas superiores á la razon de los seres inteligentes, particulares ó criados, y sobre todo á la del hombre,

que es el mas limitado de estos seres. El hombre no tiene sino ideas imperfectas de las cosas que conoce, y hay una multitud innumerable de ellas, que de ningun modo conoce; esto es, de las cuales no tiene idea alguna. Todas estas cosas son absolutamente, ó á lo menos con ciertos respetos, superiores á la razon del hombre. Los ojos de su entendimiento, así como los de su cuerpo, llegan ó alcanzan á una cierta distancia, y abrazan un cierto número de objetos, los cuales ve de un modo mas ó menos distinto, y mas allá de esta distancia no descubre ya nada.

Así, cuando se dice en el primer miembro del principio que disputamos: *todo lo que es superior á la razon*; la razon de que quiere hablarse, no es, ni puede ser, la razon del hombre; ó si se quiere hablar de la razon por esencia, de la razon de Dios, se dice un absurdo; porque, lo repito, es evidente que nada puede ser, ni es superior á esta suprema razon.

Examinemos ahora el segundo

miembro de este principio, y comparamosle con el primero.

Todo lo que es superior á la razon, es contra la razon. ¿Qué es lo que es *contra la razon*? Sin duda lo que repugna, lo que es contradictorio, lo que se compone de ideas que una á otra se escluyen, como, *el todo es igual á su parte, un Dios sin bondad.* Estas proposiciones y todas las otras del mismo género, son contra la razon. Digo contra la razon por esencia, ó la razon de Dios, y al mismo tiempo contra la razon del hombre. Volvamos á nuestro principio; esto es, al principio en cuestion.

Todo lo que es superior á la razon, es contra la razon. En el primer miembro de este principio la palabra *razon*, no puede entenderse sino de la razon del hombre, segun lo hemos demostrado mas arriba; y así es preciso entender este principio como si se dijera: *todo lo que es superior á la razon del hombre, es absurdo y contradictorio.* Ahora, esta proposicion no solamente es falsa, sino tambien estravagante;

porque hay una infinidad de cosas que son superior á la razon del hombre, las cuales no obstante son muy verdaderas y muy ciertas: de tal modo, que el hombre mismo, que no las comprende, sin embargo se ve obligado á creerlas. Esta proposicion es tambien impía en su supuesto, porque supone que nada es cierto sino lo que está demostrado tal para el hombre; es decir, que lo que el hombre comprende, y por consecuencia, que lo que el hombre no comprende, Dios mismo no puede comprenderlo.

¿Qué quieren decir nuestros nuevos filósofos cuando sientan como un principio, *que todo lo que es superior á la razon, es contra la razon?* ¿Es que es contra la razon del hombre el creer lo que es superior á su razon, y que Dios mismo no puede obligar al hombre á creer las cosas que le revela, cuando estas cosas son superiores á su razon?

¡Pero qué! ¿El hombre no está obligado á recibir el testimonio de

Dios, á creer á este Ser Supremo sobre su palabra, á menos que no se abata hasta suministrarle las pruebas de lo que afirma? Si el Ser Supremo exigiera del hombre semejante deferencia á su autoridad, atropellaria sus derechos y seria injusto; seria un tirano. ¡Qué insolencia! ¡Qué blasfemia! ¿y son hombres los que hablan así?

Luego está demostrado: 1.º: Que nada es superior á la razon de Dios. 2.º: Que una infinidad de cosas son superiores á la razon del hombre, sin dejar por ello de ser ciertas. 3.º: Que no es contra la razon del hombre, y mucho menos contra la razon de Dios, que el hombre crea las cosas superiores á su razon. 4.º: Que la razon de Dios y la razon del hombre se reunen para decir al hombre que debe creer ciegamente las cosas que estan mucho mas allá de su razon, cuando Dios les da de ellas testimonio; porque el testimonio de Dios es de tanto peso como todas las demostraciones juntas. Siendo esto así, ya veis que este principio imaginado de nuestros nuevos filósofos;

todo lo que es superior á la razon, es contra la razon, no es otra cosa sino un tegido de absurdos, y que yo lo he caracterizado muy bien cuando digo que era el último esfuerzo de su mala fe.

El filósofo. Pero en fin, la razon es una, y por consecuencia la razon de Dios y la razon del hombre no son dos razones sino la misma razon; y por una ilacion necesaria, lo que es segun la razon del hombre, es segun la razon de Dios: lo que es superior á la razon del hombre, es superior á la razon de Dios; y lo que es contra la razon del hombre, es contra la razon de Dios.

El cristiano. Todo esto es como si digerais: el agua de una fuente es la misma agua que la del océano: la luz de un rayo de una línea de diámetro es la misma que la del sol: luego pueden regarse y fertilizarse otras tantas tierras con el agua de una fuente, como con toda el agua del océano; pueden verse tantos objetos, y verse distintamente con un

rayo de una línea de diámetro, como pueden descubrirse con toda la luz del sol. La comparacion no es todavía exacta; porque la proporcion del agua de una fuente con la del océano, y la proporcion de un rayo de línea de diámetro, con toda la luz del sol, son de pequeño á grande, en vez que la proporcion de la razon del hombre con la razon de Dios, es de lo finito á lo infinito.

Quando dicen que la razon es una, se entiende que una proposicion demostrada verdadera por un principio evidente, no puede ser demostrada falsa por otro principio evidente; porque los principios no se contradicen: de que resulta que la fe no es contraria á la razon humana; es decir, que las verdades reveladas no combaten á las que conocemos con la luz natural. ®

En este sentido es una la razon; pero por otra parte, como lo he dicho, hay una diferencia infinita entre la razon de Dios y la razon del

hombre. Dios todo lo conoce: el hombre no conoce casi nada: Dios ve distintamente todas las relaciones que todas las cosas tienen entre sí: el hombre no percibe sino un pequeño número de las relaciones que tienen entre sí las cosas que conoce, y frecuentemente percibe estas relaciones de un modo confuso. Dios juzga infaliblemente de la naturaleza de las relaciones que todas las cosas tienen entre sí: el hombre puede engañarse, y frecuentemente se engaña en los juicios que forma tocante las relaciones que entre sí tienen las cosas que conoce. Asi el hombre da en mil errores, se llena de mil preocupaciones, saca mil consecuencias falsas y temerarias; en una palabra, el hombre, este animal racional, falta á la razon á cada momento.

Quando los hombres conozcan los verdaderos límites de su razon: quando no formen ningun juicio fijo y sólido, sino con el socorro de la luz de la evidencia: quando sepan dudar á propósito, y suspender sus juicios:

quando adoren con un profundo respeto la suprema razon de Dios, y se sometan humildemente á la autoridad de esta razon infalible: entonces la razon del hombre será en un sentido la misma razon que la de Dios; porque entonces los hombres usaran de la facultad de raciocinar que Dios les ha dado, como Dios ve que deben usar de ella, y como quiere que usen.

¡Cosa asombrosa! todos los libros de aquellos hombres que llamamos sabios, estan llenos de protestas que hacen de su ignorancia. Por todas partes leo, y oigo decir, que nada es mas débil y mas limitado, que el entendimiento del hombre: que nuestra razon es obscura: que no sabemos nada: que todo lo que saben los mas sabios es, que no saben nada: que mientras mas se adelanta en la carrera de las ciencias, mas convencido se queda de que no se sabe nada; y estos mismos hombres que lloran su ignorancia en términos tan magníficos, estos hombres que vemos admirarse ellos

mismos de su profunda ignorancia, estos hombres se atreven á sublevarse insolentemente contra la ciencia de Dios, para servirme aquí de las palabras de san Pablo: se atreven á sostener á Dios, que lo que dice no es, y no puede ser: quieren someterle á darles las pruebas de ello; y tienen la temeridad de decirle, que no creerán, sino ven y comprenden lo que les revela. ¿Puede aliarse tanta presuncion, con tanta debilidad?

El filósofo. ¿Por qué, pues, los cristianos (esta es mi 2.^a objecion) dicen, que para creer los misterios de la religion, debe el hombre renunciar su razon? ¿Qué significa este lenguaje? Si el hombre está obligado á renunciar su razon para creer los misterios de la religion, estos misterios no contradicen la razon; y si estos misterios no contradicen la razon, es evidente que los cristianos se contradicen á sí mismos, cuando dicen que el hombre está obligado á renunciar su razon para creerlos.

El cristiano. Esta objecion no ha-

ce honor, permitidme que lo diga, ni á la precision de entendimiento, ni á la buena fe de aquellos que la hacen, y de quienes la habeis tomado. Ella gira sobre dos equivocaciones, que son muy fáciles de desenredar. 1.^o: Los cristianos no dicen simplemente que el hombre está obligado á renunciar la razon para creer los misterios de la religion; sino que está obligado á renunciar su razon, lo que es muy diferente. 2.^o: Cuando los cristianos dicen que el hombre está obligado á renunciar su razon para creer los misterios de la religion, toman en un sentido figurado estas palabras: *renunciar su razon.*

Todo lo que esta proposicion, *el hombre, para creer los misterios de la religion, está obligado á renunciar su razon*, significa en su boca, es que para creer los misterios de la religion, debe el hombre renunciar la curiosidad de su razon, que todo lo quiere saber y profundizar: al orgullo de su razon, que afecta una rídícula independenciancia; y la presun-

cion de su razon , que lo persuade á que lo que no comprende ni ve no puede ser cierto.

Ved aqui , señor filósofo , en qué sentido dicen los cristianos que el hombre está obligado á renunciar, no la razon, sino su razon, para creer los misterios de la religion; pero por otra parte estos mismos cristianos no renuncian así su razon, sino porque ella misma les prescribe esta renuncia. La sumision con la cual creen los misterios mas impenetrables, es una sumision racional, sirviéndome aqui de las palabras del Apóstol S. Pablo; esto es, una sumision para la cual la razon les presta los motivos, y motivos, no solamente probables y plausibles, sino enteramente evidentes. Lo que creen es obscuro para ellos, pero ven claramente que deben creerlo; no ven lo que creen, pero saben que Dios lo ha revelado, y esto les basta para creerlo tan firmemente como si lo vieran, porque estan ciertos de que la palabra de Dios tiene ella sola mas peso que todas las demostraciones juntas. Así,

cuando yo renuncio mi razon para creer los misterios de la religion, la renuncio, porque la misma razon me manda que lo haga. Yo me sirvo de mi razon para examinar las pruebas de la revelacion: yo examino los hechos, y los comparo entre si: yo peso y aprecio los testimonios: yo llevo por todas partes la antorcha de la mas severa crítica; y cuando de este examen resulta que Dios ha revelado verdaderamente al mundo los misterios de la religion cristiana, me someto sin vacilar, y los creo. ¿Puede procederse mas sabiamente? Yo camino en pos de mi razon hasta donde puede conducirme, y cuando la abandono, lo hago por consejo suyo, y para ponerme en manos de una guía infinitamente mas segura, la cual no puede jamas estraviarse, ni estraviarme.

El filósofo. Pero, en fin, ¿por qué ha querido Dios someter los hombres á creer misterios impenetrables? ¿Por qué ha querido reducir su razon á tan duro cautiverio?

El cristiano. Os respondo, en pri-

mer lugar, que Dios no tenia obligacion de llamaros á su consejo, ni tomar vuestro parecer tocante las leyes que tenia que daros: que él mismo sabe por qué ha querido poner vuestra razon bajo el yugo de la fe, y que debe bastaros que él lo sepa: que vos sois su criatura, y no su juez: que debeis adorar la conducta que tiene con vos, y no examinarla curiosamente: que todo lo que os manda os debe parecer sabio, por la sola razon de que es él quien lo manda, supuesto que es la sabiduria misma; y que si no le obedecieseis sino porque lo que os manda os parece sabio, entonces os haciais superior á él, y no obedecierais en el fondo sino á vos mismo.

Os respondo, en segundo lugar que para gloria suya, ha querido Dios someteros á creer misterios impenetrables; porque era propio de la grandeza de Dios, el prescribiros lo que debiais crear del mismo modo que lo que debiais practicar, dominando así tambien vuestra razon y vuestra voluntad. Cumpliendo, á pesar de la re-

pugnancia de vuestro corazon, y la rebellion de vuestros sentidos, los preceptos que Dios os ha dado para que fuesen la regla de vuestras acciones, honrais á Dios como Suprema Santidad. Creyendo á pesar de las oposiciones de vuestra razon, los misterios que Dios os ha revelado, le honrais como Soberana verdad. Así el hombre todo entero está como inmolado á Dios en la religion cristiana. El inmola su entendimiento, por la fe; su corazon, por el amor; su voluntad, por la aceptacion de los preceptos; y su cuerpo, por la practica de todas las buenas obras: y de todo esto resulta claramente, que una religion donde Dios propone al hombre misterios incomprendibles, es mas digna de Dios, que una religion donde no los propusiera; y por consecuencia, que la primera religion es mas perfecta, y tiene un caracter de divinidad mas que la segunda; de donde se sigue por última analisis, que bien lejos de que la incomprendibilidad de los misterios sea una razon para desechar la

religion cristiana, ella es, por el contrario, una razon mas para recibirla.

El filósofo. Nada mas tengo que objetar; pero como ya os lo he dicho, necesito algunos dias para reflexionar todo lo que he oido: despues de este término volveré á buscaros para participaros mi última resolución.

El cristiano. Cundo gustéis; y espero de la rectitud de vuestro entendimiento, y todavia mas de la gracia de Dios, que es quien puede disipar enteramente vuestras preocupaciones contra la religion cristiana, que os abrigareis en su seno. En tanto que así se lo suplico por mi parte, suplicadse lo vos tambien por la vuestra. A Dios, señor filósofo: la noticia mas agradable que podeis traerme, será la de vuestra mudanza.

Vuelvo á ti, mi amado Teotimo; ¿qué piensas de la disputa que acabas de oír? ¿En favor de quien sentencias? Pero ¿por qué te lo pregunto? Tus miradas y tu aire me lo dicen bastantemente. Tu has notado, sin duda, que bajo el nombre de cristia-

no que he introducido, probé cuatro de las proposiciones que senté; á saber:

1.º: Que los misterios de la religion cristiana no son contrarios á la razon.

2.º: Que la incomprendibilidad de estos misterios no seria una razon para negarlos absolutamente, aunque Dios no los hubiera revelado.

3.º: Que en la suposicion de que Dios ha revelado estos misterios, su incomprendibilidad no es tampoco para los hombres un pretesto plausible para dudar de ellos.

4.º: Que los misterios, por la misma razon de ser incomprendibles, dan á la religion cristiana un caracter de divinidad, que sin esto no tendria.

Luego no me queda ya mas que demostrar, sino que siendo los misterios el fundamento de una religion tan grande, tan santa, tan augusta, que es evidente que solo Dios pudo concebir su plan, se sigue de aqui claramente, que los mismos misterios son otras tantas verdades divinas.



Ahora, Teotimo, vuelvo á seguir mi primer método, dirigiendote la palabra.

Un viagero encuentra en Egipto, ó en cualquiera otra region, un edificio antiguo, que despues de un gran número de siglos se ha conservado tan bien, que parece todavia nuevo. Parece que el tiempo, que todo lo destruye, lo ha respetado á causa de su hermosura. Este edificio se eleva hasta las nubes, y ocupa por su base un vasto terreno: mientras mas de lejos se le mira, mas aturde los ojos; y cuando se le ve de cerca, sorprende todavia mas el entendimiento, que habia admirado la vista: es una obra maestra de regularidad y de magnificencia. Despues de haber contemplado largo tiempo el todo de este grande edificio, nuestro viagero considera sus partes una despues de otra y no halla ninguna de la cual no admire la belleza. Vuelve así varias veces de las partes al todo, y del todo á las partes, y siempre su admiracion es la misma. No se cansa de examinar

este vasto y soberbio monumento; y obligado al fin á retirarse de él, lleva su imagen por todas partes en el entendimiento. Este monumento da una grande idea, así del arquitecto que ha concebido semejante idea, como del poder del rey, ó del pueblo que lo ha hecho construir. Parece que este arquitecto ha querido desafiar á todos los arquitectos futuros á no imaginar nada semejante; y parece que este pueblo ó este rey, ha querido desafiar á todos los reyes y á todos los pueblos, á no egecutar nada que se le parezca. Si esto es así, no se han engañado; porque el viagero, de quien hablo ha recorrido toda la tierra, y confiesa que no ha visto nada que pueda compararse á este edificio.

Tu comprendes, Teotimo, sin trabajo, que desde la primera mirada que arroja nuestro viagero sobre este maravilloso edificio, hace juicio de lo que está oculto bajo de tierra, por lo que parece sobre ella, y que no duda que los cimientos, que no puede ver, serán de una profundidad y fir-

meza proporcionados á la altura y solidez de los muros que ve.

La aplicacion de esta especie de parábola á la materia que tratamos, es facil de hacer, y ella misma se presenta al entendimiento. Este edificio tan vasto, tan elevado, tan regular y tan magnifico, es la religion de Jesucristo. Los fundamentos de este edificio, son los misterios que sirven de base á esta religion. El viagero eres tu, Teotimo, y lo son todos los hombres, cuyo recto y simple juicio sabe discernir las cosas justamente. Cuando consideramos atentamente la religion de Jesucristo nos parece tan grande, tan santa y tan augusta, que no podemos dejar de admirarla, ni dejar de confesar que solo Dios ha podido concebir su plan. Ahora, los misterios son los fundamentos de la religion de Jesucristo. Conclu-yamos, pues, que estos misterios, por ocultos é incomprensibles que sean á nuestro entendimiento, son sin embargo otras tantas verdades divinas; porque seria á un tiempo el colmo de la locura y el de la impiedad, decir,

que la verdad de Dios está fundada sobre la mentira: que Dios ha elevado el edificio de su religion sobre falsas suposiciones, y ha edificado sobre quimeras.

No se trata ya mas, que de desenvolver las partes de este razonamiento, y para hacerlo con orden, espondré desde luego en pocas palabras los principales misterios de la religion cristiana. Te presentaré seguidamente un plan fiel de esta religion: despues de esto, te demostraré que solo Dios pudo concebir este plan; y de ello concluiré, que siendo los misterios el fundamento de este plan de religion, son por consiguiente otras tantas verdades divinas. Procuraré proporcionarme á tu edad, tanto quanto la profundidad de la materia me lo permita, y den de sí mis fuerzas.

meza proporcionados á la altura y solidez de los muros que ve.

La aplicacion de esta especie de parábola á la materia que tratamos, es facil de hacer, y ella misma se presenta al entendimiento. Este edificio tan vasto, tan elevado, tan regular y tan magnifico, es la religion de Jesucristo. Los fundamentos de este edificio, son los misterios que sirven de base á esta religion. El viagero eres tu, Teotimo, y lo son todos los hombres, cuyo recto y simple juicio sabe discernir las cosas justamente. Cuando consideramos atentamente la religion de Jesucristo nos parece tan grande, tan santa y tan augusta, que no podemos dejar de admirarla, ni dejar de confesar que solo Dios ha podido concebir su plan. Ahora, los misterios son los fundamentos de la religion de Jesucristo. Conclu-yamos, pues, que estos misterios, por ocultos é incomprensibles que sean á nuestro entendimiento, son sin embargo otras tantas verdades divinas; porque seria á un tiempo el colmo de la locura y el de la impiedad, decir,

que la verdad de Dios está fundada sobre la mentira: que Dios ha elevado el edificio de su religion sobre falsas suposiciones, y ha edificado sobre quimeras.

No se trata ya mas, que de desenvolver las partes de este razonamiento, y para hacerlo con orden, espondré desde luego en pocas palabras los principales misterios de la religion cristiana. Te presentaré seguidamente un plan fiel de esta religion: despues de esto, te demostraré que solo Dios pudo concebir este plan; y de ello concluiré, que siendo los misterios el fundamento de este plan de religion, son por consiguiente otras tantas verdades divinas. Procuraré proporcionarme á tu edad, tanto quanto la profundidad de la materia me lo permita, y den de sí mis fuerzas.

Así, en Jesucristo hay una comunicación de atributos entre las dos naturalezas que lo componen. Se dice de Jesucristo, que ha criado el mundo, que él es eterno, que es inmortal, que es impassible; y también se dice que nació en el tiempo que sufrió y murió. Se dice, hablando de Jesucristo, este Hombre ha criado el mundo, este Hombre es inmortal; y también se dice, este Dios nació de una Virgen, este Dios murió; y todo esto se dice con verdad, en el sentido propio y natural de los términos.

Tercer misterio. Jesucristo; esto es, Dios Hombre, ha sufrido y muerto por la redención de los hombres; es decir, que se ofreció á Dios como una víctima de espacion por los pecados del mundo, reparando á un tiempo por esta oblacion la injuria que los hombres habian hecho á Dios, y los males que se habian atraido ellos mismos, y reconciliando así el mundo con Dios.

Vé aquí los tres principales Misterios de la religion cristiana: el Mis-

terio de la Trinidad, el Misterio de la Encarnacion, y el Misterio de la Redencion. Mas arriba hemos dicho, que el Misterio de la Trinidad no encierra contradiccion, ó á lo menos, que es imposible probar que encierra algunas; lo mismo sucede con los demas Misterios. Pero por otra parte es evidente, que estos tres Misterios son absolutamente incomprendibles al entendimiento humano. Jamas comprenderá el hombre en este mundo ni cómo tres Personas distintas, de las cuales cada una es Dios, no son sin embargo sino un solo Dios; ni cómo una de estas Personas ha podido unirse tan estrechamente á la naturaleza humana, que de esta union no resultase sino un solo todo fisico, una sola Persona; y por consecuencia jamas comprenderá el hombre en este mundo, como puede ser cierto en el sentido propio, y segun la fuerza natural de los términos que Dios ha sufrido, y ha muerto; porque es evidente, que la incomprendibilidad del Misterio de la Encarnacion refluye

toda entera sobre el Misterio de la Redencion, si me atrevo á explicar-me así, espongamos ahora el plan de religion, del cual son el fundamento estos tres Misterios.

PLAN DE LA RELIGION

CRISTIANA.

Dios crió el primer hombre y la primera muger, despues de haber criado el mundo para ellos; los crió en el estado de la gracia santificante, con todos los privilegios que hemos notado en otra parte, y que no eran debidos á su naturaleza (a). Los colocó en el paraíso terrestre, que había adornado con todo lo mas bello que la naturaleza produce; les permitió alimentarse de todos los frutos que este jardin delicioso ofrecia con abundan-

(a) Véase la primera parte del primer volumen. Conferencia aparte.

cia, escepto del fruto del árbol llamado de la ciencia del bien y del mal, del cual les prohibió comer, bajo las mas terribles penas, pero las mas justas. Exigia de ellos esta ligera privacion, como un homenaje que debian á su soberanía sobre ellos, y como un acto de reconocimiento á los beneficios que habían recibido de él. Nada era mas fácil á nuestros primeros Padres, que el observar esta ley, y nada debia parecerles mas dulce que ella.

Sin embargo la quebrantaron; llevan la mano al fruto del árbol fatal; comen ambos de él, Eva seducida por el demonio y Adan por complacer á Eva. Las amenazas del Señor tienen su efecto desde el momento de cometer el pecado. Adan y Eva son despojados de la gracia santificante, y de todos los privilegios que la acompañaban; y por un juicio impenetrable de Dios, pero justo, toda su posteridad fue envuelta en su desgracia. Perdiéndose ellos mismos, han perdido á todo el género humano. Todos los

hombres que procederan de Adan y Eva; serán contagiados de su pecado: nacerán hijos de cólera; sujetos á la corrupcion y concupiscencia; condenados á duros trabajos, á los sufrimientos y á la muerte, y decaidos de la esperanza de la vida eterna.

Dios pudo dejar á nuestros primeros padres y á todo el género humano en el abismo de males donde estaban sumergidos; pero quiso más bien hacer gracia, que usar del rigor de sus derechos; quiso mejor criar un nuevo mundo con las ruinas de aquellos que habia infestado Satanas, que dejarle perecer. El espíritu infernal habia triunfado de él; por otra parte, el pecado de Eva era efecto de la debilidad de su espíritu; el de Adan lo era de la debilidad de su corazon; y en fin, los descendientes del uno y otro estaban condenados por el pecado de uno solo, como lo dice S. Pablo, Dios tuvo en consideracion todo esto, y se resolvió á perdonar; mas queria hacerlo como Dios; esto es, despues de haber reci-

bido una justa satisfacción; y esta era la dificultad.

Ten cuidado, Teotimo: Dios podia abandonar todos sus derechos; podia reconciliarse con los hombres, sin exigirles otra reparacion del pecado, sino aquella de que son capaces por si mismos; pero entonces habria hecho con ellos una paz poco ventajosa; su misericordia se habria manifestado con todo su esplendor, pero á espensas de su justicia. En esta reconciliacion Dios lo habria perdido todo, y los hombres todo lo habrian ganado. Dios podia castigar á los culpables segun sus méritos; pero entonces la justicia se habria manifestado sola, sin dejar lugar alguno á la misericordia. Ahora, Dios queria hacer brillar su misericordia, sin perjudicar los derechos de su justicia, y queria ejercer su justicia, sin atajar la efusion de su misericordia.

¿Y bien? ¿Cómo conciliar estos dos grandes intereses? ¿Cómo acordar juntos los dos atributos de Dios, y los mas opuestos en apariencia; la justi-

cia, que pide la venganza; y la misericordia, que solicita el perdón?

Porque de un lado el hombre pecador no podia satisfacer á Dios, por sí mismo, porque todos los homenajes de que es capaz el hombre, sean de la especie que fueren, son debidos á Dios, independientemente del pecado, y precedentemente á todo pecado; siendo Dios el fondo del ser del hombre, todo lo que nace de su fondo es tambien de Dios. Ahora no pueden pagarse dos deudas, y satisfacer de una vez dos deberes con los homenajes que no responden sino á una sola de estas deudas, y á uno solo de aquellos deberes.

Por otro lado, ninguna criatura inteligente, por perfecta é inocente que quieran suponerla, no podia, no siendo sino pura criatura, satisfacer á Dios por el hombre pecador, porque toda pura criatura debe á Dios, por sí misma, todo cuanto puede. Una criatura que hubiera ofrecido á Dios, para reparacion de los pecados del hombre, los homenajes de que era capaz

se habria quedado insolvente con respecto á ella misma; habria presentado á Dios un pago de la deuda del hombre; un bien que era ya de Dios, y esto habria sido emplear lo ya empleado.

Por otra parte, la injuria que la criatura hace á Dios por el pecado, debe medirse por la grandeza de Dios, y por consecuencia es infinita. La gloria que á Dios da la criatura con todos sus homenajes, debe medirse por la bajeza del hombre, y por consecuencia es nada; y así ningun homenaje de la criatura puede reparar pecado ninguno de ninguna criatura. En examinando de cerca cuanto aqui se dice, se halla conforme á la razon natural.

Sigo el asunto. El hombre no hallaba nada en sí mismo que poder ofrecer á Dios por precio de su redencion; y así no podia reconciliarse con Dios sino por la intercesion de un mediador. El mediador del hombre no podia ser una pura criatura, porque los homenajes de ésta son insuficientes

para la reparacion del pecado; y así era necesario que fuese Dios el mediador del hombre; pero por otro lado, un puro Dios no podía ser mediador del hombre, porque un puro Dios no puede, ni rendir homenaje, ni ofrecer satisfacciones.

La funcion de mediador entre Dios y los hombres era, pues, á un tiempo ya superior á un puro hombre y ya inferior á un puro Dios. Un puro hombre no era digno de entrar en esta grande empresa, y era indigno de Dios el encargarse de ella.

Luego no habia sino un Dios-Hombre que pudiera hacerse mediador entre Dios y los hombres, porque solo él podia espiar el pecado en rigor, reparando la injuria que este hace á Dios. Era, pues, necesario que el mediador fuera á un tiempo Dios y Hombre, á fin de que reuniendo en su persona la naturaleza que habia hecho la ofensa, y la que la habia recibido, pudiera manejar los intereses de la una y la otra; era necesario que fuese Hombre, á fin de que esta cua-

lidad lo llenase de ternura y compasion por sus hermanos; era necesario que fuese Dios, á fin de que la ternura y compasion que tendria por sus hermanos, no le hicieran olvidar el celo que debia tener por la gloria de su Padre; era necesario que fuese Hombre, para encontrar en sí mismo la materia del sacrificio que su Padre exigía; era necesario que fuese Dios, á fin de poder santificar y consagrar esta materia; era necesario que fuese Hombre, á fin de poder pedir, de humillarse, de sufrir y morir; y era necesario que fuese Dios, á fin de poder dar un precio infinito á sus súplicas, á sus humillaciones, á sus sufrimientos, y á su muerte.

Asi se esplicaba san Pablo, quando despues de haber manifestado en la Epístola á los hebréos, que la ley antigua no habia tenido sino ceremonias imperfectas é impotentes, y que con todos sus sacrificios no habia podido abolir jamas el pecado, ni hacer perfectos los hombres, segun la conciencia; concluye de este modo su dis-

curso: "Necesitabamos, pues, un
 „pontífice que fuese santo, inocente,
 „sin mancha, separado de los pecado-
 „res, y mas elevado que los cielos."

Dios escogió aquel medio admirable, que siendo el único que puede satisfacerlo todo, es tambien propio por sí mismo para hacer brillar sus atributos en toda su plenitud. La Encarnacion del Verbo fue resuelta en el augusto consejo de la Trinidad. El hijo de Dios se hará Hombre en la plenitud de los tiempos, para redimir los hombres. Dios anuncia esta gran nueva á Adan y á Eva para endulzarles la amargura de la sentencia que pronunció contra ellos despues de su pecado. Y ya en vista de los méritos futuros de este Salvador, da á los dos culpados la gracia de la penitencia: los purifica de su pecado: los reconcilia con él; y los restablece en los privilegios esenciales de su primer estado.

Las mismas gracias fueron preparadas á todos los hombres procedentes de Adan y Eva, antes que el Salvador

pareciese en el mundo. A todos serán ofrecidas: todos tendrán socorros sobrenaturales, suficientes para obrar la salvacion por la fe en el Salvador prometido de Dios; y todo esto en vista todavia de los méritos futuros de este mismo Salvador.

Dios no permitirá jamas que la fe del Salvador prometido al mundo se pierda enteramente entre los hombres. Se lo promete de nuevo á Abrahan, á Isaac, y á Jacob. Lo revela de un modo todavia mas claro y mas circunstanciado al pueblo judayco, descendiente de estos tres grandes patriarcas, segun lo hemos dicho en su lugar.

Los tiempos predichos llegaron. Dios, segun lo habia anunciado por el profeta Agéo, se prepara á conmover el cielo y la tierra, la mar, y todo el universo; va á conmover todos los pueblos; va á criar un nuevo orden de cosas que medita, y cuyas disposiciones hace despues de quatro mil años; va á formar un nuevo mundo, ó mas bien va á dar al mundo su mas bello adorno, y su última per-

feccion por la formacion de Jesucristo. Las nubes, segun la sublime expresion de Isajas, van á hacer llover el justo por excelencia, la tierra va á hacer nacer su Salvador. El Verbo Eterno é increado, que es la imagen perfecta de la bondad del Padre, y el espejo completo de todas sus perfecciones, en el cual el Padre se contempla todo entero, y que él mismo estaba todo entero en el seno del Padre, descendiendo al seno de la Virgen Maria, y allí se reviste de un cuerpo mortal, formado por obra del Espíritu Santo. El Verbo se hace hombre.

En el momento de su Encarnacion, que es el de su entrada en el mundo, ofrece su mediacion á Dios su Padre por los hombres. (Salmo 29 v. 2.) "Vos no habeis querido, le dice, hostia ni oblacion, pero vos habeis formado un cuerpo. (Epístola á los Hebreos, cap. 10. v. 5.) Vos no habeis aceptado los holocaustos ni los sacrificios por el pecado... Vedme aquí, yo vengo, segun está escrito de mi en el libro,

„para hacer, ó Dios, vuestra voluntad.„

Dios acepta la mediacion de Jesucristo; la acepta libremente, asi como Jesucristo la habia ofrecido sin tener obligacion de ofrecerla. El grande asunto de la reconciliacion del género humano con Dios, se trata entre Dios y el Dios Hombre. Dios exige que Jesucristo nazca en un establo: que pase los primeros treinta años de su vida en la obscuridad: que consagre sus tres últimos años á la predicacion de la ley evangélica: que muera en una cruz; y que cumpla todo lo que los profetas han predicho de él. A este precio será el Redentor del mundo, y les serán dadas todas las naciones, como su conquista y su herencia; á este precio se le promete un nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre de Jesus toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Jesucristo acepta las condiciones que su Padre le propone, y él le pide á su vez, por precio de sus sufrimientos y de su muer-

te, la abolicion de los pecados de los hombres, su reconciliacion con Dios, su restablecimiento en los derechos y privilegios de que estaban privados; y todo esto en la forma mas propia para dar grandes caractéres á su redencion, haciendo brillar con el mayor esplendor los atributos de su Padre. Todo quanto pidió Jesucristo, se le concedió: el tratado quedó concluido, y ve aqui las principales cláusulas.

1.º: Todas las naciones son dadas á Jesucristo como un bien que debe comprar con su sangre y su vida. Está establecido jefe de la naturaleza humana, primogenito de todas las criaturas, Rey de los Reyes, Señor de los Señores, y todo poder se le ha dado en los cielos y en la tierra. El gobernará el mundo con un imperio absoluto, y al fin de los siglos lo juzgará.

2.º: El mundo le es dado á Jesucristo para que lo salve. Jesucristo morirá, pues, por todos los hombres en general, y por cada uno en

particular, y por su muerte merecerá para todos los hombres en general, y para cada uno en particular, la gracia que hace los justos, y la gloria que hace los escogidos. Así como todos los hombres han pecado en Adán, así todos los hombres serán justificados por Jesucristo. Como todos los hombres murieron en Adán, todos los hombres resucitarán en Jesucristo. Como todos los hombres se perdieron por Adán, todos los hombres serán salvos por Jesucristo; es decir, que la gracia santificante, la resurreccion dichosa y la gloria eterna, serán preparadas y ofrecidas á todos por los méritos de Jesucristo; y que ninguno de los que se perderán, no podrá imputar su pérdida sino á sí mismo.

3.º: Todos los hombres que han precedido á la venida de Jesucristo, han recibido ya la gracia en vista de sus méritos. Todos los santos que el mundo ha visto desde Adán, deben su santificacion y su salvacion á Jesucristo; pero despues de su muerte, la gracia se esparcirá sobre todo el géne-

ro humano con mas abundancia que antes. Los unos , es cierto serán mas favorecidos que los otros en la distribucion de este don celestial; pero todos tendrán á lo menos el necesario, y ninguno podrá quejarse de haber sido abandonado.

4.º : Los hombres que correspondan fielmente á las primeras gracias de Jesucristo, las recibirán mas abundantes ; luces mas claras brillarán á sus ojos ; sus corazones serán tocados de sentimientos mas vivos ; su voluntad será movida mas fuertemente ; y asi será, que por su libre cooperacion á las gracias actuales , que les serán dadas gratuitamente por los méritos de Jesucristo; se dispondrán á recibir sucesivamente la Fe , la Esperanza y la Caridad, virtudes sobrenaturales é infusas , puro Don del Espíritu Santo, que derramará gratuitamente en sus almas, y que ellos mismos recibirán y conservarán libremente.

5.º : Fe, Esperanza, Caridad : tres virtudes sobrenaturales , que encierran toda la religion , y que unidas

constituyen la santidad del hombre en el estado presente. La Fe , por la cual cree el hombre todo lo que Dios ha revelado por Jesucristo , es el fundamento de la Esperanza, por la cual el hombre espera de Dios todos los bienes que Jesucristo le ha merecido. La Fe y la Esperanza son el fundamento de la Caridad, por la cual el hombre ama á Dios sobre todas las cosas. Estas virtudes son separables en un sentido ; porque puede tenerse la Fe sin la Esperanza , y la una y la otra sin la Caridad. Pero en otro sentido: estas virtudes son inseparables ; porque no se puede tener ni la Caridad, no teniendo al mismo tiempo la Esperanza y la Fe : ni la Esperanza , si no se tiene la Fe ; pero estas virtudes son siempre virtudes distintas la una de la otra , hasta en los justos.

6.º : Desde el momento que el hombre está santificado por la infusion de la Caridad , se borran todos sus pecados. El Espíritu Santo , que es el Espíritu de Jesucristo , toma posesion de su alma para habitar en ella ; y asi,

animado este hombre del Espíritu de Jesucristo, es su miembro vivo: ya no es él el que vive, sino Jesucristo vive en él. El está revestido de Jesucristo; y porque este hombre es el miembro vivo de Jesucristo, también es en esta cualidad, Hijo adoptivo de Dios y heredero de su reyno. La resurrección bienaventurada y la gloria eterna le son debidas á título de justicia, en virtud de la estrecha unión que tiene con Jesucristo, la cual por sí misma y por su naturaleza, lleva todos estos derechos y todos estos privilegios; esto es, que todo esto es debido á Jesucristo en la persona de sus miembros vivos.

Porque este hombre es miembro vivo de Jesucristo, todas las acciones que hace por movimiento del Espíritu de Jesucristo, que habita en él, merecen la vida eterna á título de justicia; porque entonces es Jesucristo quien obra en él; esto es, quien pide, quien sufre, y quien hace buenas obras en él; porque Jesucristo ha adoptado las acciones que sus miem-

bros vivos hagan por movimiento de su Espíritu, y ha querido que fuesen reputadas suyas. Bajo estos respectos deben tener y tienen en efecto un mérito infinito. La santidad de los justos es, pues, una comunicación de la de Jesucristo, y la gloria de los escogidos será como una extensión y como una transfusión que se hará en ellos de la de Jesucristo. Así, todos recibimos de la plenitud de Jesucristo, de la plenitud de su gracia en este mundo, y de la plenitud de su gloria en el otro.

7.º: No todos los hombres llegarán á la justificación, porque no todos se aprovecharán de las primeras gracias. No todos los justos perseverarán en la justicia, porque no todos querrán perseverar.

Es cierto que todas las gracias son dadas gratuitamente á los hombres, y que no hay ninguna que no sea un puro don de la misericordia de Dios y de Jesucristo; pero al mismo tiempo no hay hombre alguno á quien Dios no de gracia suficiente para obrar

su salvacion. Es cierto que Dios no debe á nadie, ni tampoco á los mas justos, la gracia que hace perseverar en la justicia; pero esta gracia, que pone el colmo á todas las otras, no se rehusará jamas á los que la pidan con humildad. Dios no abandonará jamas al justo, si él no se abandona primero.

La gracia de Jesucristo lo hace todo en el hombre (a); mas tambien con el hombre es ella la que enseña el bien: ella es la que determina al bien: ella obra en nosotros la buena voluntad y la buena accion. Por la gracia conoce el hombre sus deberes, por la gracia ama sus deberes, y de la gracia recibe el poder llenar sus deberes, y por la gracia llena en efecto sus deberes; en fin, por la gracia perse-

(a) Entiéndase en el orden sobrenatural, y relativamente á la salvacion; porque el hombre puede tambien con sus propias fuerzas naturales, y sin el socorro de la gracia, tener virtudes morales, y hacer acciones moralmente buenas, pero inútiles para la salvacion.

vera el hombre en sus deberes. Sin embargo, el hombre es siempre libre bajo la accion de la gracia; obedece á la gracia, porque quiere obedecerla; y resiste á ella, como dueño perfectamente de lo uno y de lo otro. La gracia lo hace todo en él, y por él, y él mismo lo hace todo por la gracia, y con la gracia.

Asi aquellos que hacen bien, no pueden gloriarse de ello; y los que hacen mal, no pueden atribuirlo sino á ellos mismos. Asi los que se salvan deben su salvacion á Jesucristo, y los que se pierden son ellos solos la causa de su pérdida. Asi los méritos de los santos son verdaderos méritos, pero debidos á la gracia de Jesucristo. Los deméritos de los pecadores son verdaderos deméritos, pero no tienen otro principio que su mala voluntad. Asi Dios, coronando en el cielo los méritos de los santos, corona sus propios dones; y castigando en el infierno los crímenes de los pecadores, no castiga sino su propia maldad.

8º: No hay pecados irremisibles,

por enormes y multiplicados que sean, y así el mas grande pecador debe siempre esperar, si se aparta del pecado. No hay vida pasada tan santamente que asegure infaliblemente la salvacion; y así el mas justo debe humillarse bajo la mano poderosa de Dios, y obrar el bien con temor y temblor.

9.º: Jesucristo, pues, ha restablecido á los hombres en la adopción divina, de la cual el pecado de Adán los habia hecho caer; pero la segunda adopción es mucho mas gloriosa y augusta para los hombres, que la primera; porque en calidad de miembros vivos de Jesucristo Dios y Hombre, no haciendo con él sino un cuerpo místico, y un solo todo moral, son hijos adoptivos de Dios; de suerte, que esta segunda adopción es en ellos como lo dice el príncipe de los Apóstoles, una participación de la naturaleza Divina.

10.º: La redención de Jesucristo no solo es llena y entera, sino tambien superabundante. Sin em-

bargo, todos los hombres serán concebidos en pecado original, todos nacerán contaminados de este pecado; y ademas, todos los hombres hasta despues todavía de que el pecado original haya sido borrado en ellos por el Sacramento instituido para ello por Jesucristo, llevarán aun en la carne el aguijon de la concupiscencia; los movimientos turbulentos de las pasiones agitarán sus sentidos, y turbarán sus almas; porque es preciso que cada hombre sienta, desde su entrada en el mundo, la necesidad que tiene de la redención de Jesucristo; porque es preciso que cada hombre sienta en todos los movimientos de su vida la necesidad que tiene de la gracia de Jesucristo; porque es preciso que el poder de la gracia de Jesucristo sobresalga en las victorias que hará ganar á sus miembros vivos sobre todas las pasiones; porque es preciso que los miembros de Jesucristo, siempre en guerra con el demonio, con el mundo, y con su propia carne: siempre luchando contra las tentaciones

y los obstáculos, honren á Dios por el heroísmo de su virtud, tanto cuanto puede ser honrado por puras criaturas.

11.º: Aunque la redención de Jesucristo sea plena, y hasta superabundante, el hombre pecador no podrá jamás volver á entrar en gracia con Dios, si no se convierte; esto es, si no se arrepiente de su pecado sinceramente, y del fondo de su corazón; y siempre será necesario que este arrepentimiento tenga por motivo á un Dios ofendido por el pecado; porque es contra la naturaleza de Dios el reconciliarse con la criatura que no aborrece su pecado, ó que no lo aborrece sino por motivos estraños á Dios, y en los cuales no tiene Dios parte alguna.

Será necesario, además, que el hombre pecador espie sus pecados por las obras trabajosas de la penitencia; porque es preciso que el hombre pecador contribuya con todo lo que pueda á la reparación de su pecado; porque no es justo que el castigo del pe-

cado caiga todo entero sobre el jefe, que es inocente, y que los miembros, que son los solos culpados, queden exentos.

Hasta los mas justos estan obligados á hacer penitencia; porque no hay justo que no peque; porque no hay justo que no esté espuesto á pecar, y porque la penitencia no es menos el preservativo, que el remedio del pecado; porque es necesario que los miembros de Jesucristo se hagan semejantes en este mundo á su Divino jefe para poder parecerlo en el otro; que partan en este mundo sus humillaciones y sus sufrimientos, para poder partir en el otro su gloria y su felicidad. Así, Jesucristo no murió para dispensar á los hombres de combatir en la tierra, sino para darles el valor y fuerza que necesitan para vencer en el combate. Jesucristo no murió para dispensar á los hombres de hacer buenas obras, sino para santificar sus buenas obras, y darlas un valor que no pueden tener por sí mismas. No murió para dispensar á los hombres de la obligacion de

hacer penitencia, sino para hacer su penitencia meritoria y agradable á Dios. Asi, Jesucristo ha pagado la deuda que los hombres habian contraido pecando; pero á condicion de que por su parte darian cuanto estuviese en sus manos. Asi, los miembros de Jesucristo cumplen con sus buenas obras y con sus sufrimientos, lo que en algun modo falta á la Pasion de su gefe, como lo dice San Pablo.

12º: Desde la prevaricacion del primer hombre, y por una ilacion funesta de esta prevaricacion, el pecado se ha extendido sobre la tierra como un horrible diluvio de aguas corrompidas y mortíferas. Despues de la muerte de Jesucristo, y por un feliz efecto de esta muerte, la gracia se ha derramado sobre la tierra como una inundacion de aguas saludables y vivificantes. Se verán formarse de un golpe pueblos enteros de Santos y escogidos. Allí donde el pecado habia sido abundante, la gracia será superabundante, como dice San Pablo. Jesu-

cristo dará la gracia por sí mismo inmediatamente; pero la comunicará tambien por los Sacramentos que instituirá. Estos Sacramentos en número de siete, serán como otras tantas fuentes, siempre abiertas, de donde los hombres podrán sacar la santificacion y la salvacion. Cada uno de estos Sacramentos conferirá á los que los reciban dignamente una gracia particular, que responderá á un cierto fin; y todos juntos responderán á todas las necesidades de la Iglesia, y á todas las de cada fiel.

El mas admirable de estos Sacramentos será el de la Eucaristia, en el cual Jesucristo mismo se encerrará todo entero bajo los símbolos del pan y del vino. Asi, Jesucristo habitará hasta el fin de los siglos en medio de los hombres, rescatados por él, para honrarlos con su augusta presencia, para recibir sus homenajes, para consolarlos y protegerlos en persona, en el lugar de su destierro, por ser el lugar de la comunicacion entre su Padre y ellos; pero sobre todo, será pa-

ra darles su Carne y su Sangre, en calidad de alimento espiritual de sus almas, y unirse así á ellos del modo mas íntimo.

13.º: Jesucristo, pues, alimentará sus miembros de sí mismo, y ellos lo comerán como una víctima inmolada para ellos; porque la Eucaristía será á un tiempo un Sacramento y un Sacrificio, Sacrificio en el cual Jesucristo mismo se ofrecerá cada día á su Padre, por el ministerio de los Sacerdotes de la nueva ley, y este Sacrificio sacará toda su virtud del Sacrificio de la Cruz, y será el mismo sacrificio, pero ofrecido de un modo no sangriento. En este sacrificio, Jesucristo se ofrecerá á Dios con sus miembros, y sus mismos miembros lo ofrecerán á su Padre, y se ofrecerán con él por las manos de los Sacerdotes. Así, el sacrificio ofrecido una vez por todos y en nombre de todos; pero en presencia de un corto número será renovado cada día, á fin de que cada uno pueda asistir á él, y ratificarlo en su propio nombre, y

participar de la víctima inmolada para él. Así, Jesucristo estará á un mismo tiempo en los cielos y en la tierra. Estará en el cielo como Abogado de los hombres, para interceder por ellos con su Padre; y estará en la tierra como víctima de los hombres, para inmolarse cada día á su Padre por ellos. Estará en los cielos para preparar tronos de gloria á sus miembros que combaten en la tierra. Estará en la tierra para socorrerlos poderosamente en sus combates, y asegurarles la victoria. Estará en los cielos para poner en posesión de la vida eterna á aquellos miembros suyos, que dejan la tierra despues de haber salido victoriosos del último combate. Estará en la tierra para dar con su Cuerpo y su Sangre la prenda y el gusto anticipado de la vida eterna á los que despues de haber vencido estan todavía destinados á nuevos combates. Así, Jesucristo será todo para los hombres.

14.º: En fin, Jesucristo, despues

de su resurreccion, y antes de subir á los cielos echará los cimientos de su reyno espiritual ó de su Iglesia en la tierra. Establecerá en este reyno Pastores y Doctores, á los cuales comunicará diferentes grados de poder, todos los cuales estarán subordinados á un gefe, que será en la tierra su Teniente y su Vicario, el Pastor de todo el rebaño, y de los mismos Pastores. Las funciones de estos Pastores y de estos Doctores serán, instruir, gobernar y santificar el pueblo de Jesucristo. Instruirán con la predicacion de la palabra divina, con la interpretacion de las santas Escrituras, con las sentencias que darán para terminar las contestaciones que se levanten en el reyno de Jesucristo tocante la creencia: gobernarán por las leyes que den para prescribir la forma del culto público, para arreglar las costumbres del pueblo cristiano, para mantener una justa subordinacion entre las diversas clases de fieles que compongan este pueblo; y santificarán por la admi-

nistracion de los Sacramentos que se les confiará.

Jesucristo, despues de su ascension á los cielos, enviará su Santo Espíritu á su Iglesia. Este Espíritu estará enmedio de ella para dirigirla invisiblemente hasta la consumacion de los siglos. Se reposará sobre los Pastores y sobre sus Ovejas. Sobre los Pastores para inspirarles lo que deben predicar, lo que deben decir, y lo que deben ordenar. Sobre las Ovejas para hacerlas dóciles á la predicacion, á las decisiones y á las ordenanzas de los Pastores. Asi, la enseñanza, y la legislacion del cuerpo de los Pastores, siempre conformes á la verdad y á la justicia bajo la direccion del Espíritu de Cristo, serán siempre recibidas con sumision por la impresion del mismo Espíritu. Asi habrá siempre una verdadera Iglesia, que será el fundamento y la columna de la verdad, la cual, por la pureza de su fe, la magestad de su culto, la santidad de sus leyes, y las virtudes que serán practicadas por sus hijos,

será digna de ser reconocida de todas las naciones para ser sola, esta esposa sin mancha y sin defecto, que Jesucristo ha adquirido con su Sangre preciosa.

Ve aquí, mi amado Teotimo, un plan fiel de la religion de Jesucristo, y muy bien ves por tí mismo que este plan está fundado sobre los misterios, y depende enteramente de ellos. En este plan hay alguna cosa obscura é impenetrable al entendimiento humano: preciso es convenir en ello; pero también es preciso convenir en que la luz de Dios brilla en él por todas partes con tanta claridad, que no es posible mirarle como una invencion del entendimiento humano.

Figúrate lo que sucede algunas veces en un dia de tempestad, cuando el sol penetra de un golpe las nubes que lo ocultan á nuestros ojos: un torrente de luz se escapa súbitamente al través de un conjunto de tinieblas. Este primer instante es como una mezcla del dia mas bri-

llante y la mas obscura noche. Nada hay mas admirable; y cuando el sol se manifiesta todo entero en medio de un cielo puro y sereno, no hace una impresion tan viva en nuestros sentidos y en nuestra imaginacion como en aquel caso. Aquí sucede lo mismo: al través de las tinieblas esparcidas en toda la religion, Dios se manifiesta con tanta gloria y magestad, que no puede desconocérsele, ni dejar de adorársele con un religioso temblor.

Tu has notado ya sin duda, por tí mismo que en este plan de religion, todos los atributos de Dios, su grandeza infinita, su poder, su sabiduria, su misericordia, su justicia, su bondad y su independenciamanifiestan del modo mas sensible y mas admirable: que cada uno de estos atributos obra con toda la fuerza que es propia, y segun su verdadero carácter; y esto con un concierto tan admirable, que ninguno de estos atributos no es obscurecido por otro alguno. A la vista de este

será digna de ser reconocida de todas las naciones para ser sola, esta esposa sin mancha y sin defecto, que Jesucristo ha adquirido con su Sangre preciosa.

Ve aquí, mi amado Teotimo, un plan fiel de la religion de Jesucristo, y muy bien ves por tí mismo que este plan está fundado sobre los misterios, y depende enteramente de ellos. En este plan hay alguna cosa obscura é impenetrable al entendimiento humano: preciso es convenir en ello; pero también es preciso convenir en que la luz de Dios brilla en él por todas partes con tanta claridad, que no es posible mirarle como una invencion del entendimiento humano.

Figúrate lo que sucede algunas veces en un dia de tempestad, cuando el sol penetra de un golpe las nubes que lo ocultan á nuestros ojos: un torrente de luz se escapa súbitamente al través de un conjunto de tinieblas. Este primer instante es como una mezcla del dia mas bri-

llante y la mas obscura noche. Nada hay mas admirable; y cuando el sol se manifiesta todo entero en medio de un cielo puro y sereno, no hace una impresion tan viva en nuestros sentidos y en nuestra imaginacion como en aquel caso. Aquí sucede lo mismo: al través de las tinieblas esparcidas en toda la religion, Dios se manifiesta con tanta gloria y magestad, que no puede desconocérsele, ni dejar de adorársele con un religioso temblor.

Tu has notado ya sin duda, por tí mismo que en este plan de religion, todos los atributos de Dios, su grandeza infinita, su poder, su sabiduria, su misericordia, su justicia, su bondad y su independenciamanifiestan del modo mas sensible y mas admirable: que cada uno de estos atributos obra con toda la fuerza que es propia, y segun su verdadero carácter; y esto con un concierto tan admirable, que ninguno de estos atributos no es obscurecido por otro alguno. A la vista de este

acuerdo de los atributos de Dios; exclamó en otro tiempo David en un enagenamiento profético: „La justicia y la misericordia han venido á encontrarse la una y la otra, y se han dado mutuamente el ósculo de paz.“

Tratemos, Teotimo, de penetrar todavía mas adelante, tanto cuanto nuestras débiles fuerzas lo permitan, en las profundidades de los designios de Dios; pero que siempre sea con respeto, con sumision y con un santo temblor. Hay una curiosidad orgullosa que Dios reprueba, y castiga castigando á aquellós en quienes la advierte; y hay otra tambien humilde, que Dios aprueba en sus siervos, la cual recompensa comunicándoles preciosas luces.

Consideremos desde luego que en el plan de religion que acabamos de esponer, es un Dios-Hombre el adorador, el Pontífice y la víctima de Dios. Dios recibe de Dios-Hombre los homenajes que responden perfectamente á la escelencia y á la subli-

midad de su ser. Dios recibe, por la inmolacion que Dios-Hombre le hace de sí mismo, un sacrificio que repara abundantemente toda la ofensa que todos los pecados de los hombres han hecho á su gloria. Tan grande como es Dios no puede aspirar á mas que á estos homenajes. Tan santo y tan severo como es Dios no puede exigir nada mas que este sacrificio. Dios recibe por Jesucristo todo el honor y gloria que merece por su grandeza; todas las satisfacciones que le son debidas por los pecados de los hombres, y el justo precio de todos los beneficios que puede dispensar al género humano. Puede, pues, dejar caer decentemente de sus manos los rayos vengadores de que se habia armado para castigar á los pecadores, y puede derramar con dignidad sobre todos los hombres todas las riquezas de su misericordia.

Antes de la Encarnacion del Verbo, Dios no era sino el Dios de los hombres y de los ángeles, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de

los Egércitos, el Dios del cielo y de la tierra: estos eran sus mas bellos nombres y sus títulos mas augustos. Despues de la Encarnacion del Verbo, Dios es el Dios de Dios-Hombre. Por el cumplimiento de este misterio no se ha hecho Dios mas grande que era; pero su grandeza se ha manifestado en todo su esplendor. Cuando veo á Dios-Hombre prosternado delante de Dios para adorarle, inmóvil en una Cruz para satisfacer á Dios, me siento agoviado bajo el peso de esta Suprema Magestad, á quien una tan grande víctima puede ofrecerse sin degradarse.

El Verbo Eterno es una misma cosa; esto es, una misma naturaleza con su Padre. El Hombre con quien el Verbo Eterno se ha unido, se ha hecho por esta union inefable, una misma cosa; esto es, una misma Persona con el Verbo. Jesucristo, pues, es de la misma naturaleza que Dios, y es tambien de la misma naturaleza que los hombres; y así los hombres han contraido la mas estrecha union con Dios, y en-

tre ellos por el Verbo Encarnado. ¡Qué gloria para la naturaleza humana el tener un gefe tan Augusto! ¡Qué motivo tan urgente de amar á Dios, y de amarse los unos á los otros, son para los hombres las relaciones que tienen con Dios, y entre ellos por Jesucristo!

Los hombres, á no considerar sino su condicion natural, no eran mas sino las criaturas y los esclavos de Dios; y si se considera el estado al cual el pecado los habia reducido, no eran sino los enemigos de Dios, los objetos de su aborrecimiento y las víctimas de sus venganzas. En virtud de la union que los hombres han contraido con Jesucristo por los Misterios de la Encarnacion y Redencion, se han hecho hijos adoptivos de Dios, y herederos legítimos de su Reyno, porque en virtud de esta union, son miembros de Jesucristo, Hijo único de Dios. ®

Considerados los hombres en su condicion natural, no podian ofrecer á Dios sino homenages de nin-

gun valor, sacrificios sin virtud y un culto estéril; los hombres, en virtud de la union que han contraido con Jesucristo por los Misterios de la Encarnacion y Redencion, honran á Dios de un modo digno de él, porque los homenajes que presentan á este Ser Supremo, los sacrificios que le ofrecen, y el culto que le dan, son ennoblecidos y consagrados por Jesucristo, cuyo espíritu está en ellos para animarlos.

Considerados los hombres en su condicion natural, no teniendo otro lugar junto á Dios que el de simples criaturas racionales, no podian ser santos sino de una santidad natural. No siendo santos los hombres sino de una santidad natural, no podian merecer por sus virtudes sino una recompensa puramente natural: todas sus pretensiones se limitaban á esto.

Los hombres en virtud, de la union que han contraido con Jesucristo por los Misterios de la Encarnacion y de la Redencion, union que los hace miembros de este Dios.

Hombre, tienen junto á Dios la augusta clase de hijos, y en esta calidad de hijos son santos de una santidad sobrenatural, y por consecuencia merecen por sus virtudes la recompensa de los hijos, que es la herencia del padre.

En una palabra, no formando el gefe y los miembros sino un mismo todo y un mismo cuerpo, se sigue de aqui, que todo es comun entre ellos. Todo lo que pertenece al gefe, pertenece á los miembros; y todo lo que pertenece á los miembros, pertenece al gefe; sus intereses son indivisibles: sus personas son inseparables, y no hay para el gefe y para los miembros sino una misma suerte y un mismo destino. Iguales al gefe deben ser los miembros: donde está el gefe, alli deben estar los miembros: la vida del gefe, es la vida de los miembros: los méritos del gefe, son los méritos de los miembros; y la patria, la gloria y la dicha del gefe, son la patria, la gloria y la dicha de los miembros.

Así consintiendo Dios en la union de su Verbo con la naturaleza humana, ha elevado los hombres á la clase mas sublime que podian subir: los ha hecho tan grandes y tan santos como podian serlo; les ha dado los derechos mas magnificos y las mas altas esperanzas; pero al mismo tiempo ha hecho todo esto de un modo tan gratuito, con tanta magestad é independenciam, que no ha dejado á los hombres motivo alguno de llenarse de orgullo, ni de prevalerse de sus ventajas.

Recapitulemos en pocas palabras todo lo que se ha dicho. El Verbo se hace Hombre, y por este medio se une estrechamente á los hombres.

El Verbo hecho Hombre, ó Jesucristo, es el lazo sagrado que une á Dios con los hombres, y los hombres entre sí.

Jesucristo adora á Dios, y se inmola á él con los hombres, y los hombres á su turno adoran á Dios, y se inmolan á él por Jesucristo.

Jesucristo adora á Dios, y se in-

mola á él con los hombres, y en los hombres. Los hombres á su vez adoran á Dios, y se inmolan á él con Jesucristo y en Jesucristo.

Dios ama á los hombres en Jesucristo y por Jesucristo. Los hombres á su vez aman á Dios, y se aman entre sí por Jesucristo y en Jesucristo.

En fin, Jesucristo glorifica á Dios por sí mismo y por los hombres, y Dios á su vez corona eternamente á Jesucristo ya en su propia persona, y ya en los hombres, que son sus miembros.

Todo, pues, se reduce á la unidad en este magnífico plan de la religion. El mundo es para los hombres, los hombres son para Jesucristo, y Jesucristo es para Dios. El mundo esta santificado por los hombres; los hombres estan santificados por Jesucristo, y Jesucristo está santificado por la Uncion de la divinidad. Los hombres son una misma cosa con Jesucristo, y Jesucristo es una misma cosa con Dios. Todos los beneficios de Dios corren sobre los hombres por

el conducto de Jesucristo. Todos los homenajes de los hombres suben al Trono de Dios por la interposicion de Jesucristo. Por Jesucristo se derrama de arriba toda la gracia sobre los hombres: por Jesucristo se da á Dios todo honor y gloria. Asi Jesucristo es el centro de todo, y Dios es el principio y el término de todo: asi Dios es todas las cosas en todos, en tiempo y eternidad: Asi Jesucristo Crucificado, que es un escándalo para los judios, y una locura para los gentiles, es en efecto la fuerza y la sabiduria de Dios mismo: asi el Misterio de la Cruz, que siempre ha parecido, y parecerá siempre á los espíritus soberbios de este siglo, la locura de Dios mismo, como lo dice S. Pablo es infinitamente superior á la mas profunda sabiduria de los hombres: asi el mundo, que no habia sabido reconocer la sabiduria de Dios en la creacion, donde se manifiesta de un modo tan pasmoso, se ha visto al fin obligado á admirarle en el Misterio de la Cruz, y en la obra

de la redencion, que no presenta á primera vista sino una insigne locura.

Ve aqui, lo repito, mi querido Teotimo el plan de la religion cristiana. Hay en este plan una mezcla de luz y de obscuridad; pero me atrevo á decirlo, asi como luego que Dios dió su ley al pueblo Judayco sobre el monte Sinai, la nube tenebrosa que le cubria, no hacia menos sensible su presencia que los relámpagos, los truenos, los rayos, los remolinos de llamas y el terrible son de la trompeta celeste, que salian sin cesar de enmedio de esta nube; del mismo modo no se manifiesta Dios menos sensible en lo que este plan de religion encierra de misterioso é incomprendible al entendimiento humano, que en lo que este mismo plan le presenta mas claro y perceptible. Reyna en este gran sistema de teologia una magestad que eleva al alma, la llena de las mas altas ideas, y de los mas nobles sentimientos. Todo es grande en él, y todo lleva el sello de la divini-

dad. Hay entre las partes que componen este sistema una armonia tan perfecta que de ella resulta el todo, no solamente mas regular, sino tambien el mas magnífico y mas sublime: es una obra maestra de las mas profundas combinaciones. Aquel que no conoce en este sistema alguna cosa superior al hombre, esta privado de todo sentimiento. Mas entremos en algunos pormenores.

Notemos en primer lugar: (todo lo que voy á decir aqui, Teotimo, no lo comprenderás bien, hasta que el estudio de la filosofia, el de tu alma y sus facultades, y el de las lecturas reflexionadas, te hayan dado la madurez de razon y los conocimientos que hoy no tienes). Notemos, digo en primer lugar, que este gran sistema de teologia que Jesucristo ha dado al mundo, es de tal naturaleza, que es evidentemente imposible que sea invencion del entendimiento humano. ¿Por qué? Porque es evidente que el entendimiento humano no ha podido sacar jamas este siste-

ma, ni de aquel fondo de ideas y de nociones puramente intelectuales que Dios le comunica como autor de la naturaleza, las cuales contienen los principios de la religion natural, y los de las ciencias y artes: ni de aquel tesoro de imagenes que se forma en él de los diferentes objetos que percibe por los sentidos. En una palabra, los hombres no han podido hallar jamas ni en su entendimiento, ni en su memoria, nada que puedan poner en egecucion para formar este gran sistema; porque ninguna de las ideas que entran en este sistema les ha sido dada por la naturaleza, y porque nada experimentan en sí mismos que se parezca á este sistema.

En vano nos hablan de las invenciones del entendimiento humano: en vano nos dicen que hay entendimientos criadores. Cuando se esplican así, hablan muy impropriamente. El entendimiento del hombre compara las ideas que recibe de Dios: percibe sus conveniencias ó sus oposiciones: des-

cubre la trabazon y la consecuencia; pero no se da á sí mismo ideas nuevas. El entendimiento del hombre encuentra en esta multitud de imagenes que le cercan los sentidos materiales siempre prontos, de los cuales forma á su gusto una infinidad de cuadros mas ó menos regulares, mas ó menos risueños, ó mas ó menos extravagantes; pero no se da á sí mismo ninguna imagen nueva. Asi compara el entendimiento del hombre, asi junta, compone y finge; pero no inventa.

El paganismo ha tenido sus teólogos: estos eran los filósofos y los poetas; todo el mundo conviene en ello.

Lee los libros de los filósofos, y verás en ellos, que cada cual ha dado al mundo alguna observacion: que cada uno ha introducido en el mundo muchos errores nuevos: verás tambien que alguno de ellos no ha dado al mundo ninguna idea nueva: que todo lo que han descubierto en sus profundas meditaciones de cierto y sólido, tocante la existencia, la naturaleza y los atri-

butos de Dios; tocante lo que son los hombres con respecto á Dios, y lo que es Dios con respecto á ellos, es lo que cada hombre encuentra en sí mismo desde que quiere reflexionar. Los filósofos no han enseñado nada á los hombres: les han acordado lo que ya sabian; ó mas bien se lo han hecho advertir. Verás en fin en ellos, que cuanto han pensado los filósofos, sea cierto ó sea falso, relativamente á la religion, no tiene semejanza alguna con el gran sistema de teología que Jesucristo ha dada al mundo.

Lee los poemas griegos y latinos: lo maravilloso reina en ellos por todas partes; pero este maravilloso tiene dos caractéres que son inseparables de ello; porque, primeramente está lleno de indecencia, degrada la divinidad, haciéndola ridícula y despreciable; y en segundo lugar, todo este maravilloso está tomado de la naturaleza: la naturaleza es su fundamento: lo que vemos todos los dias es lo que ha dado la idea; en una palabra, todo está

compuesto de este fondo de imágenes que los sentidos trasladan al entendimiento: basta saber que los hombres nacen los unos de los otros para hacer nacer también los dioses unos de otros, y dar á cada uno de ellos un padre y una madre. Basta conocer el oro y el leño, un hombre y un árbol para imaginar la metamorfosis del leño en oro, y del hombre en árbol. Hállanse en el almacén de la imaginación, si puedo explicarme así, materiales para construir el carro del Sol, los de Neptuno, Anfritre, Juno y Venus, y formar sus horribles Ciclopes. Todo esto está sacado de aquel fondo, y de aquel tesoro de imágenes, de lo cual he hablado tantas veces; y todo esto no tiene todavía semejanza alguna con el plan de religión que Jesucristo ha dado al mundo; y parece que Dios no ha permitido que el entendimiento humano se ejercitase durante muchos años en meditar y fingir, sino para convencer á todos los hombres de que el plan de la religión cristiana no pue-

de ser una invención, ni un descubrimiento del entendimiento humano; de que estas ideas tan sublimes de un Dios hecho Hombre, y muerto en una cruz para reconciliar los hombres con Dios, y darles con este Sér Supremo las relaciones más íntimas, para hacerlos capaces de honrar á Dios de un modo digno de él, para hacerlos participantes de la naturaleza de Dios, de la santidad de Dios, de la gloria de Dios, de la felicidad de Dios; de que estas ideas tan sublimes, que componen el fondo de la Religión de Jesucristo, son tanto más superiores á las ideas del hombre, cuanto el hombre mismo es inferior á Dios.

Notemos, en segundo lugar, que este gran sistema de teología, del cual los más sublimes y profundos ingenios, los Homeros, los Sócrates, los Platones, los Aristóteles y los Cicerones no tuvieron jamás la menor idea, ha sido dado al mundo por un solo hombre: que este hombre es Jesucristo: que el mismo Jesucristo, que ha dado al mundo este gran siste-

ma de teología, fue á un tiempo el mas excelente modelo de sabiduría y de santidad que haya visto el mundo; que durante su vida llenó toda la Judea de milagros; y que despues de haber muerto en una cruz, se resucitó á sí mismo: que este mismo Jesucristo, que ha dado al mundo este gran sistema de teología, es el autor de un cuerpo de moral, que es tan santa, tan sabia, y tan proporcionada á las necesidades de los hombres, que los hombres se ven obligados á convenir en que Dios mismo no podia concebir nada mas perfecto en este género. Este sistema de teología debe, pues, tener los mismos caracteres que se han observado con admiración en la persona, en la moral, y en las obras de Jesucristo: de otro modo sería necesario decir, que este mismo Jesucristo ha producido á un tiempo maravillas que aturden el entendimiento, y monstruos que lo espantan: que por las primeras ha manifestado que era Dios; y por los segundos, que era menos que hombre;

que ha dado un cuerpo de religion, cuya moral es divina, cuando los dogmas son absurdos; y que, sin embargo, por el reencuentro mas estravagante, la moral de esta religion, que es todavia divina, está estrechamente ligada á los dogmas que son absurdos; y que estos dogmas mismos, que son absurdos, son, no obstante, los fundamentos necesarios de esta moral, que es toda divina.

Conclusion. El plan teológico de la religion cristiana es evidentemente divino. Los misterios son el fundamento de este plan: luego los misterios, por impenetrables que sean al entendimiento humano, son otras tantas verdades divinas; porque lo repito, sería á un mismo tiempo, ó el colmo de la locura, ó el colmo de la impiedad el decir, que la verdad de Dios está fundada sobre la mentira: que Dios ha elevado el edificio de la religion sobre falsas suposiciones; y que ha edificado sobre quimeras.

CATECISMO

DE LA SESTA CONFERENCIA.

Sobre los misterios de la religion cristiana.

P. Jesucristo es Dios: vos lo habeis probado tan claramente, que me veo obligado á convenir en ello. Si Jesucristo es Dios, debemos, pues, creer todo lo que él ha revelado, y practicar todo lo que ha mandado. Esta consecuencia me parece tambien evidente; pero confieso sin embargo, que los misterios de la religion cristiana aturden de tal modo mi razon, que me cuesta trabajo el creerlos.

R. Conviniendo por una parte en que Jesucristo es Dios, y por otra en que es Jesucristo quien ha revelado los misterios de la religion cristiana, es evidente que debes creer tambien, que estos misterios son otras tantas

verdades incontestables; porque para dudarlos, seria necesario suponer, ó que Dios se ha engañado á sí mismo, ó que ha querido engañar á los hombres, y lo uno y lo otro horroriza.

P. Conozco toda la fuerza de este razonamiento; pero en fin, los misterios de la religion cristiana me parecen otros tantos absurdos, y no veo en ellos otra cosa, sino contradicciones.

R. Los misterios de la religion cristiana no son absurdos, ni encierran ninguna contradiccion manifiesta: ellos son simplemente incomprendibles.

P. Pongamos por egemplo el misterio de la Trinidad. Un solo Dios en tres Personas: ved aqui este misterio. Ahora, decir que tres Personas no son sino un solo Dios, ¿no es decir, que tres no son sino uno? Y decir que tres no son sino uno, ¿no es una contradiccion, y un absurdo manifiesto?

R. Te engañas: seria contradiccion, y por consiguiente un absurdo

manifiesto, decir que tres Dioses no son sino un solo Dios, y que tres Personas no son sino una Persona; así como sería también un absurdo manifiesto, decir que tres hombres no hacen más que uno solo, ó que uno solo hace tres; pero no hay absurdo manifiesto en decir, que tres personas no hacen sino un solo Dios; porque, en fin, no es negar precisamente, y en términos formales de una cosa, lo que se afirma de la misma cosa, según se ha manifestado en la conferencia.

P. Está bien: los misterios de la religión cristiana no son sino incomprendibles; pero yo os declaro al mismo tiempo, que esto me basta para no creerlos.

R. ¿Crees, por ventura, que no debes creer más que lo que comprendes?

P. Así lo pienso sin duda.

R. Pues bien, no creas nada de cuanto ves á tu rededor, ni nada de lo que experimentas dentro de tí. No creas tampoco, ni hasta tu existencia;

porque te declaro que tu no comprendes nada de todo esto.

P. ¿Yo no comprendo nada de todo esto?

R. No, tu no comprendes nada. El mundo te rodea por todas partes: velo ahí. ¿Cómo existe el mundo? Tu vas á responderme, porque Dios lo ha criado; pero yo te pregunto todavía, si comprendes ¿cómo Dios ha criado el mundo, ó si te parece, cómo en virtud de un solo acto de la voluntad de Dios, el mundo ha salido de la nada? Tu ves la luz; pues dime, ¿qué cosa es la luz? Tu experimentas tan presto placer, y tan presto dolor: define el placer, define el dolor. Tienes un alma: ¿qué viene á ser esta alma? Tu piensas: que cosa es el pensamiento? Yo podría llevar este pormenor hasta lo infinito; pero esto sería superfluo. Ahora, si tu crees todas estas cosas sin comprenderlas, ¿por qué no has de creer los misterios de la religión, aunque no los comprendas?

P. Hay una grande diferencia entre los misterios de la naturaleza, y los de la religion. Yo no tengo ninguna prueba ideal de la posibilidad de la existencia del mundo: yo no tengo nocion clara de la naturaleza del mundo, ni de la de los seres que lo componen; y no conozco mejor mi propio sér y mis propias modificaciones; pero, en fin, yo veo el mundo y gozo de él: yo conozco, y siento que existo, y tengo esperiencia de mis propias modificaciones; y esto me basta, y debe bastarme ciertamente.

R. Muy bien: es decir, ¿qué tu crees lo que no comprendes, cuando, en defecto de pruebas ideales, tienes por otra parte pruebas equivalentes?

P. Eso mismo es.

R. No necesito mas, y sostengo que, segun tu respuesta, estas obligado á creer todos los misterios de la religion cristiana, aunque no los comprendas; porque en defecto de pruebas ideales, tu tienes por otra parte una prueba

de la existencia de estos misterios, la cual es equivalente á todas las pruebas ideales.

P. ¿Y cuál es esta prueba?

R. La palabra de Dios, que ha revelado estos misterios; porque es evidente, que siendo Dios la verdad misma, ni puede engañarse, ni engañar sus criaturas.

P. Pues ¿por qué nos dicen que es menester renunciar nuestra razon para creer los misterios de la religion?

R. Facil es de ver que, esplicandose asi, se habla impropriamente, y que todo lo que quiere decirse es, que para creer los misterios de la religion debemos renunciar el orgullo y la curiosidad de nuestra razon.

P. Pero ¿por qué ha querido Dios obligar á los hombres á creer unos misterios que no comprenden?

R. No te hago ver que esta cuestion es temeraria, y me contento con decirte, que Dios, para gloria suya, ha querido someterte á creer miste-

de la Fe.

304

rios incomprensibles; porque era propio de su grandeza el prescribirte lo que debes creer, asi como lo que debes obrar, y el dominar de este modo sobre tu razon y sobre tu voluntad.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.
Y DEL TOMO TERCERO.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





...D. ANTONIO VALENZUELA...
...CONSEJO GENERAL DE LA...
...NUEVA...
...LIOTECA...